



El blog de María Martín Recio & Federico Del Pup presentan:

Desafío Literario n° 9

1 frase = Un relato de 300 palabras

¡CUALQUIER PERSONA MAYOR DE EDAD PUEDE PARTICIPAR!
ÚNETE AL MOVIMIENTO LITERARIO AHORA EN WWW.MARIAMARTINRECIO.COM

Desafío Literario nº9 - Blog María Martín Recio

Martes 28 de marzo de 2020

El pasado domingo 26 de abril, presenté junto a Federico Del Pup la final del desafío literario con más de 80 personas siguiendo el directo en Instagram. Este desafío ha sido probablemente uno de los más interesantes, debido a las circunstancias en las que nos encontramos actualmente, inmersos en una pandemia mundial, que no nos permite llevar a cabo lo que estábamos acostumbrado a llamar vida.

En menos de 2 semanas recibimos un total de 303 historias, algo que honestamente no esperamos en tan breve periodo de convocatoria. Por otro lado, me gustaría destacar una entrevista maravillosa que Federico y yo disfrutamos con Sara Gil y Helena Marcén, dos estudiantes del máster de periodismo de la Universidad Ramon Llull de Barcelona. Una vez la entrevista esté lista, la compartiremos con todos los suscriptores, ya que uno de los temas más importantes de la misma fue resaltar la importancia de nuestra comunidad literaria que cada mes se sumerge en un objetivo común, el amor por la escritura.

Para aquellas y aquellos que descargan por primera vez nuestro libro electrónico, me gustaría añadir como siempre una breve presentación de los creadores del desafío:

Mi nombre es María Martín. Nací y crecí en Ibiza, me diplomé en la Universidad de Barcelona, maduré en Inglaterra y desde hace casi 6 años medito mi futuro en la fría Alemania. Siempre he disfrutado escribiendo he ahí la naturaleza de este blog. Este hecho



no me convierte en escritora, así que puedes definirme como una humilde bloguera. El resto del tiempo me lo paso entrenando para triatlones, leyendo novelas o devorando series y documentales en Netflix.



Federico Del Pup, nació en Buenos Aires y es escritor, editor, fotógrafo y fundador de Pensamientos literarios. Ama el mate, como buen argentino; una enriquecedora conversación

sobre política o filosofía y los asados de domingo. Publicó recientemente la novela *Enigmas de una ilusión*, que no deberíais perderos bajo ningún concepto.

El microrrelato es y será nuestra composición estrella. Sabemos que es una estructura difícil debido a su brevedad, y como solo queremos ayudar a mejorar, cada mes nos frotamos las manos para ver de qué manera podemos complicar el asunto y hacer que los participantes expresen al máximo sus cerebros. Los participantes tuvieron que expresar toda su imaginación en 250 palabras y empezar los relatos con la frase inicial “*Cuando abrió el grifo de la ducha recordó que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual*” obligatoriamente.

¿QUÉ ES UN MICRORRELATO Y CÓMO ESCRIBIRLO?

- Un microrrelato o microcuento, es una historia contada en pocas palabras. No es en ningún caso un resumen de un cuento más largo o relato.
- Como su propio nombre indica “cuento”, este tendrá un planteamiento, un nudo y un desenlace en un tiempo que normalmente es breve, entre su planteamiento y final y un mismo escenario.
- Suele tener entre uno y dos personajes, tres son multitud en esta construcción literaria.
- El título es importante ya que ayudará a describir la historia. Huye de lo abstracto.
- Sé original, no cuentes lo mismo que otros ya hayan escrito.

Volviendo a la participación, fueron 21 países los que contribuyeron con sus escritos: Andorra, Alemania, Argentina, Bolivia, Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, El salvador, España, Haití, Honduras, México, Nicaragua, Paraguay, Perú, República Dominicana, Uruguay, Estados Unidos, Países Bajos y Venezuela.

Las ganadoras y finalistas de esta novena edición son los siguientes:

GANADORAS:

- Denise Schenkman - Argentina - El olor
- Marta Carballo – España – Maldita libertad

FINALISTAS:

- Stiffani Rodríguez – Venezuela – De vuelta a la vida
- Isabella Moreno – Venezuela - Soledad
- Edwar Stheven Ariza Torres – Colombia – No todos somos astronautas
- Inés García Polo – España – La jaula

Enhorabuena a todos los participantes. No salir elegido entre los finalistas, no significa que los relatos sean mejores o peores, el hecho de compartir historias convierte a sus escritores en héroes desde el minuto uno. Que nadie se rinda, nosotros estaremos aquí para dar voz a esos escritos.

El pasado 11 de marzo el desafío literario cumplía un año. Desde entonces, no hemos dejado de crecer y recibir el cariño de mucha gente, que es lo que realmente nos empuja a seguir. Esperamos seguir leyendo muchas más historias durante este 2020.

Y con esto me despido un mes más. A continuación, los relatos que participaron en esta novena edición.

Un saludo y mucha literatura,

María Martín

Relatos de los participantes del desafío literario n° 9

1. Denise Schenkman - Argentina - GANADORA:

El olor

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Al principio los problemas habían sido leves, falta de internet, malas comunicaciones y el aburrimiento que se sufría normalmente si uno estaba encerrado en su casa.

Al cabo de los días, los meses, la situación había empeorado. Pero el colmo llegó cuando se fue la luz. El aburrimiento duraba las veinticuatro horas, ya no había televisión ni comunicaciones. Aun así el mayor problema comenzó cuando la comida empezó a caducar. La casa se había llenado de olor a podrido y ya no podía soportarlo. Así que luego de cuatro meses la falta de contacto con el mundo exterior se rompió.

Sabía que la policía podría detenerlo, pero ya no lo soportaba. Llovía fuera, por lo que se colocó un impermeable y salió con dos bolsas llenas de carne podrida, una en cada mano. El olor era desagradable. Al acercarse al contenedor, una de las bolsas se rompió y las cabezas rodaron por el suelo. Y ahí, fue cuando realmente comenzó el infierno.

2. Marta Carballo - España - GANADORA:

Maldita libertad

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Cuatro meses de libertad, pero ella seguía presa.

Abrió el grifo de la ducha y recordó la inseguridad con la que encendía la televisión cada mañana, la nostalgia con la que veía pasar las horas a través de la ventana y lo feliz que estaba de tenerlos a todos con ella.

Al finalizar la cuarentena las familias se reubicaron, las habitaciones de las casas se vaciaron de nuevo y Julia, como siempre, volvió a quedarse sola.

Ahora que eran libres nadie tenía tiempo que perder con una mujer de 80 años.

Con varias cartas en el bolso, la mirada decidida y la espalda encorvada, salió a la calle. Dejó cada una de las cuatro cartas en su buzón correspondiente y volvió; porque sabía que volver siempre había sido lo correcto.

Al día siguiente el timbre le hizo levantarse del sofá:

– ¿Quién es? –descolgó.

– Abre, mamá.

Detrás de la puerta, con los ojos brillantes y las manos temblando, esperaban los cuatro: avergonzados, tristes, mudos... Se abrazaron uno a uno al cuello de su madre con delicadeza, con cuidado de no romperla más aún.

Y justo antes de hacer lo mismo, con lágrimas en los ojos y la nariz sonrojada, la más joven de los cuatro dejó caer la carta al suelo:

"Si pudiera, declararí yo misma otra cuarentena."

Mamá

3. Stiffani Rodríguez - Venezuela - FINALISTA:

De vuelta a la vida

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Las peleas con su marido habían terminado, ya no le gritaba ni la golpeaba, no le prohibía nada, ni le revisaba el celular o redes sociales en búsqueda de idilios inexistentes, tampoco había vuelto a estrellar vasos y platos por las paredes, o patear los muebles y mesas de la casa, dejó de humillarla, de restregarle a sus amantes en la cara y de amenazarla con matarla si lo dejaba. Ahora podía salir libremente, y, vestirse como quisiera. Su aspecto también había mejorado notablemente, nada de moretones

o rasguños por su cuerpo. En su lugar, se encontraba radiante y la imagen que le devolvía el espejo era la de una mujer joven, guapa y feliz sin ningún resquicio de miedo. Después de todo, la pandemia no había sido tan mala, al menos no para ella, la verdad es que le había devuelto la vida y para conmemorarlo decidió hacerse un tatuaje, algo que siempre había querido hacer, pero su esposo nunca la había dejado, sin embargo, ahora todo era diferente. Luego de ducharse y desayunar, se dirigió a la tienda de tatuajes más prestigiosa del estado, y mientras la aguja penetraba su piel, una sonrisa se dibujó en sus labios al tiempo que rememoraba la imagen de su esposo siendo enterrado en una fosa común en New York debido al COVID-19.

4. Isabella Moreno - Venezuela - FINALISTA:

Soledad

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Dejó que el agua la recorriera, tratando de llevarse los pensamientos que la abordaban.

En cuanto salió de la ducha, se dio cuenta de lo aterrador que podía ser el silencio. Hacía meses que no escuchaba alguna voz que no fuera la suya. Algunas veces hablaba en voz alta para sentirse en compañía, la hacía mantenerse optimista.

Los libros se habían convertido en su mejor amigo, mientras que las películas en su amante. Por la mañana se tiraba en el sofá a recitar sus citas favoritas del libro que estuviera leyendo, y por la tarde imaginaba que era la protagonista de las historias que pasaban por la televisión.

Trataba de que no le afectará la soledad, pero había llegado a corroerle poco a poco, como un potente ácido. A veces se sentaba frente a la ventana a admirar los tonos rojizos del atardecer, pero cuando el sol se ponía, igual lo hacía su cordura.

Podía pasar días sin salir de la cama, mientras lloraba y se hundía en la almohada. Estaba completamente sola y por más que gritara, nadie respondía. Pensó que si desaparecía a nadie le importaría. El encierro la estaba destruyendo, su mente había sucumbido ante sus más terribles pensamientos. Si había algo que este tiempo aislada le había enseñado, es que el lugar más oscuro se encontraba dentro de su mente.

5. Edwar Stheven Ariza Torres - Colombia - FINALISTA:

No todos son astronautas

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual, todo lo pasado existía en un mundo muy lejano. Pero ahora nada de eso importa, no necesitaba nada de eso que había dejado atrás. Ahora su mundo era más pequeño para la mayoría, pero la verdad es relativa, para algunos un país entero es una prisión, para otros una ciudad, incluso la misma tierra es una prisión; todo depende de el prisionero, para él, su casa era su mundo. El agua del grifo eran sus ríos, la ducha era su lluvia, su techo era su cielo, la bañera era su mar, los muebles sus montañas y su cama era aquella meseta donde se acostaba a observar la mancha en el techo que iluminaba sus noches.

Pero todo este paraíso llegó a su fin, era hora de dar su primer paso, un gran paso. Abandonar el mundo en el que uno vive no es fácil, por eso no todos son astronautas, pero cuando abrió el grifo, las gotas frías de la ducha lo despertaron de su sueño, se dio cuenta que su gran paso estaba próximo. El paso a un mundo nuevo, a un mundo olvidado, un mundo que solo veía a través de la seguridad de su ventana, a un mundo hostil. Un mundo al que nunca había pertenecido y al que nunca quería volver.

6. Inés García Polo - España - FINALISTA:

La Jaula

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Mientras corría el agua, recordó su vida anterior y se sintió contrariada.

Sonó el teléfono y fue apresurada con restos de jabón aún por su delicada piel.

Como siempre, nadie contestó.

Todo volvía a empezar.

Se puso más guapa que nunca y mientras terminaba de pintarse los labios, alguien llamó a la puerta con tres golpes secos.

Fue de puntillas a observar el exterior por la mirilla, pero no vio nada.

Esa “nada” ya estaba sentada en su sofá para cuando Ella se dio la vuelta.

Ella miró a Nada con extrañeza durante largos segundos, se acercaron y para cuando Ella quiso percatarse de su mano sobre su cuerpo, ya estaba muerta.

Sonó el despertador, y un día más Ella asumió que Nada volvería a adueñarse de su alma, y seguiría sin poder salir a la calle.

7. Isabel Silva Vega - Chile:

El gato que salvó a su dueña

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual, su gato enfermo maullaba de dolor, pues no podía llevarlo al veterinario, ella era muy estricta con el tema de la cuarentena, sentía mucho miedo y no arriesgaría su vida, ya que era asmática. A ella lo único que le quedaba en la vida, era su gato moribundo que fue lo único que le dejó su madre antes de suicidarse por depresión y su papá que vive en otra ciudad, no tenía a nadie más, se sentía más sola que otra años, sentía que no podía más, que en algún momento terminaría con su propia vida, pero tenía que luchar, por su papá, y por su familiar gatuno, que era lo que más amaba. Pasaron días y llamaba a su padre, que por primera vez no contestaba las diez llamadas por día que ella le hacía, era obvio, su papá estaba probablemente muerto, ella solo quería tomar un cuchillo y dejar de sentir tantas emociones a la vez, no se si quería morir, pero quería dejar de sentir tanto dolor, quería opacar el dolor del corazón haciéndose daño físico. Ella limpiándose las lágrimas de los ojos, se levantó, y se dijo a sí misma ``hoy no`` decidida, dejó el miedo de lado, abrió la puerta y llegó a mi consulta, conversamos de cómo se sentía, mientras yo atendía y revisaba a su familiar gatuno.

8. Mauro Montiel - Argentina:

Pesadilla

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Había muerto mucha gente, la economía del país había quedado devastada. De todos modos, el médico tenía que volver a trabajar. Lo invadía el dolor por las noches, la peste había sido fatal. En Argelia estaban en pleno shock

todavía. Igual, salió a la calle, Rieux, para ir al trabajo, y se dio cuenta de que todo era una pesadilla. Preguntó la fecha a una mujer y al escucharla se golpeó la frente con la palma de la mano. Nada había cambiado y nada era igual, pero Rieux quería volver a ser un personaje.

9. Johanna Vigliani - Argentina:

La dicotomía de la vida

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Desolada, solitaria, allí estaba con el miedo a flor de piel.

Tan solo quedaban en la memoria aquellos días de encierro absoluto, donde un abrazo era mortal y un beso te podía matar.

Un escenario en donde la grieta se marcaba entre las persona que se salvaban; y los que con dolor y sufrimiento, despedían a su familiares sin siquiera velarlos.

La angustia aún se apoderaba de su mente. Las horas pasaban, pero no se detenían. ¿Qué hace un alma tan triste y solitaria? ¿Qué hace un cuerpo moribundo y abandonado?.

Mientras tanto, el agua recorría su piel, pero no la sentía, estaba perdida en un mar de dudas. Sabía que era libre, pero no su mente y su alma inquieta seguía buscando las respuestas; aún sin encontrarlas.

Y ahí está ella, con el agua recorriendo cada centímetro de su piel, presa en su libertad, ahogándose en su propia tempestad.

Qué más podía hacer. ¿Le quedaban opciones? Salir, en su mente, seguía siendo un riesgo. Pero se estaba muriendo, la angustia la estaba consumiendo.

No quería. No quería que ese fuese su fin. Su alma silenciosa se ve atrapada, y en medio de las lágrimas, sabía que solo le quedaban dos opciones: morir o vivir.

Cerrando el grifo tomó su decisión, y aferrándose a la única fuerza que le quedaba, eligió salir al exterior.

10. Isidora Hormazabal Henríquez - Chile:

El infierno de los muertos

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó de la cuarentena. Ya nada era igual. Cada mañana después de preparar su café observaba a través de su ventana que todo había cambiado, quizás para siempre, cientos de personas morían día a día y esas almas sin vida eran las más afortunadas, todo lo que quedaba aquí abajo era solo caos, este virus no ha terminado. "Esto va a empeorar, quizás las teorías estudiadas y el miedo que teníamos tan solo éramos nosotros mismos en un futuro, y a llegado el fin". Cada noche se repetía lo mismo una y otra vez hasta ser comido por el sueño. Día a día estaba más solo, sus seres queridos ya se habían ido como ángeles, y la soledad y melancolía lo estaban volviendo loco, perderlo todo de la noche a la mañana es un castigo enorme, al día siguiente después de su rutina de cada mañana mientras veía a través de su gigante ventana y observó que los peores seres humanos estaban con él y pensó: realmente este era el infierno, donde solo quedaban los demonios y los que realmente estaban muertos.

11. Kristal Sthefannie Enciso Posada - Colombia:

Solo un juego

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena ya nada era igual pues aquel día se lo había encontrado en la escalera cuando él la había salvado de caer rodando al lograr levantar la vista lo vio; alto, ojos claros, Moreno. La sostenía de la cintura -lo siento- fue lo único que puedo balbucear, en ese momento supo que se llamaba David.

Sus conversaciones eran cada vez más íntimas, pasaban horas hablando y riendo, sus salidas que comenzaban con regalos sencillos, siempre terminaban de una forma inesperada, pues sin decir nada él se iba, al otro día no había explicaciones, ni preguntas, seguían como dos amigos; pero una semana antes de cumplir 4 meses de haberse conocido, mientras conversaban él la beso, sin saber porque ella respondió a ese beso y terminaron teniendo relaciones, Stefany creyó

que aquello iba a cambiar algo entre ellos, pues había amanecido en su cama y entre sus brazos, y si, las cosas cambiaron pero no como ella se lo imaginaba, David comenzó a ignorarla, ya no le contestaba las llamadas, si la veía en la calle se cambiaba de andén, Stefany quería saber que era aquello que lo había hecho cambiar. Y lo consiguió, saliendo de su casa esa misma mañana, David besaba a otra chica con la misma pasión que lo había hecho con ella. Así que Stefany entendió que había sido un juego y todo en ella cambió.

12. Daiana Elizabeth Bubans - Argentina:

A mil metros

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Sonó el móvil que estaba en la otra habitación, informando que era hora de trabajar; se duchó rápido y corrió hacia la cocina en busca del desayuno, encendió la computadora y se sentó a trabajar.

Hace once meses atrás, el terror se sembró en el mundo, con el comienzo de una pandemia ocasionada por un virus llamado Coronavirus, éste arrasó con un tercio de la población mundial, cuando se encontró la cura, toda la humanidad festejaba gozosa del derrocamiento del enemigo invisible. Todo parecía haber vuelto a la normalidad cuando de pronto apareció otra pandemia, y otra, y otra... Todo el planeta fue golpeado reiteradamente con enfermedades distintas surgidas en todas partes del globo. La actual tecnología permitía que fuera fácil el contagio, nadie estaba a salvo. La economía de los países se fue a la borda, miles de muertes se registraban por todo el mundo a cada hora y la población humana comenzó a preocuparse sobre una posible extinción.

Muchos investigadores profesionales comenzaron a cuestionarse sobre cuál podría ser la cura que permitiera total inmunidad al ser humano frente a microorganismos por lo que la única respuesta favorable que nos dieron fue vivir alejados del suelo, por ello, se entregó a cada hogar micronaves, nuestras vidas se redujeron en un mundo totalmente virtual a mil metros sobre la superficie terrestre, hasta nuevo aviso.

13. Ricardo Parra Montenegro - Colombia:

Aferrado a la fe

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Cuando comenzó la cuarentena, su esposa se había marchado con su pequeño hijo, sabía que era decisión de ella haberse marchado y él no tuvo reparo en ello; respetó su decisión, después de todo su salud era importante.

Retomó su vida como chef. Sin embargo; las últimas semanas no eran favorables para su labor, mucha gente no pasaba por allí, aún quedaban secuelas de la pandemia que azotó el mundo y eso lo desanimaba bastante, pues siempre supo que sus platillos eran deliciosos. Con los últimos sucesos, era como si hubiese comenzado desde cero.

Extrañaba a su esposa y a su hijo, pero ellos habían decidido continuar su vida lejos de él, o al menos ella así lo pensaba, en los últimos cuatro meses solo los veía por videollamada y era lindo, eso le hacía feliz; no obstante, muy dentro de su ser se sentía solo, como una hoja que se desprende de un árbol y va cayendo lentamente al suelo. Recordar hizo que sus lágrimas se mezclaran con el agua que caía de la ducha. Debía continuar. Tal vez algún día ella cambiara de idea y regresara con él, aunque se conformaba con compartir unos minutos con su pequeño, jugar juntos y poderlo abrazar. Un hilo de fe se aferraba a él; después de todo, ella decía que aún lo amaba. Eso decía.

14. Vanessa Ojeda Osuna - Venezuela:

Cambiaste tu vida por el amor o por otra vida

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levanto la cuarentena. Ya nada era igual, eso era seguro, antes de que anunciaran que podriamos salir hablaban de quien seria la primera persona que verían o una fiesta quizás, pero ella no; sabia que su mundo no había cambiado tanto, claro estaría perfecto poder ir a Starbucks por un frapuccino ya que en Lecheria-Venezuela, hace calor. En parte ella siempre tuvo esta vida; dejar de comer a las horas, estar en casa sola por semanas, meses para aprender algo que en un segundo puede salvar a alguien y usar tu ultimo esfuerzo porque si das la dosis incorrecta podrias perder una vida, era estudiante del cuarto año de medicina, por elección así como el actor hace arte y el musico nos regala sus piezas ella empezaba una cuarentena autoimpuesta, a veces ayudar a otros requiere sacrificio propio. Al terminar su baño vio al chico acostado en su cama y dijo entre rizas recordando esos días- tengo que buscarme una mejor

compañía - y salio a correr. La vida para un practicante a cirujano es distinta, vives al día, porque no sabes cuando tendrás tiempo para hacerlo de nuevo, me gustan mis disfuncionales decisiones, si tuviese que pasar por esto de nuevo decearia que fuera con alguien a quien amara, un sacrificio por otro, cambiarías tu mil vidas por el amor? Como se que es verdad... esa chica soy yo.

15. Yuliana Mesa - Uruguay:

La eternidad del vivir

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Risas con un deje de tristeza invadieron su aprisionada mente, sus murallas cayeron como el último dominó que jugó aquella tarde donde la muerte arribaba la ciudad. Los demonios no cesaban, ciento veinte eran lo que lo aprisionaban, cada uno tenía nombre. Lunes lo hizo llorar como un pequeño en busca de amor, martes le hizo gritar, sentir la sofocación por primera vez y domingo le destruyó, lo golpeó tanto que no puedo pararse y dar su último grito.

Hace cuatro meses que siente, que valora, que perdona, que evoluciona. Cuatro meses de eterno cambio, en un mundo que nunca dejó de transmutar. Nunca había pensado, evasión era su nombre, sentir era para débiles se repetía. En el segundo mes la pregunta llegó, la evasión se rompió, ¿soy miserable o mi vida lo es? La amada muerte lo transformó.

Hoy es diferente, hoy siente, hoy llora, hoy muere por reír, hoy siempre es. En el ayer era sin ser, en el hoy el ayer era muerte, y su vida la eterna miseria.

Por fin es un eterno niño, finalmente es feliz, o suele pensarlo, su hoy es su eterno suspiro.

La vida te rompe, te transforma, te entristece, te felicita, te grita, te llora, es el eterno vivir. Al salir de la ducha caminó sin prisa, sin prisa se vistió y sin prisa vivió.

16. Maria Alonso Rodríguez - España:

Torture

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Mirando como fluía el agua comienza a recordar, como todas las noches tenía las mismas pesadillas.

Sentía esos enormes brazos sobre los suyos, apretándole las muñecas, mientras las mejillas se quedaban heladas por el frío de los azulejos y cuando por fin podía gritar para pedir ayuda, para liberarse, se despierta tomando una gran bocanada de aire, mirando a los todos los lados, comprobando que estaba sola, y solo había sido otra pesadilla más, mientras en su cabeza retumbaba el apodo “Muñequita mia” y rompe a llorar.

Por Fin se había podido huir de aquella tortura.

17. Laura Nohela Naessens Montanaro - Argentina:

Todo color de rosas

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

¿Cómo podía serlo si la vida con su familia había cambiado? Antes ni se veían y ahora que retomaban sus actividades, se extrañaban. Pese a todo pronóstico, nadie había matado a nadie y las relaciones se habían fortalecido y recreado. El intercambio de perspectivas los había llevado a ver la vida de otra manera y a contribuir al mundo desde lo individual.

El ejemplo había tomado el eje principal de lo que se decía, la coherencia se disfrutaba y los malos entendidos se disminuían.

Hace cuatro meses todo era color de rosas.

Un detonante fue dos meses después, los ingresos. La crisis mundial llegó a casa y los roces llegaron a los golpes.

La situación no podía seguir así y con todo el pesar, se fue. No había un lugar determinado pero se las tenía que arreglar.

Una pensión con baño compartido, hoy era ese aire fresco que le permitía mirar para atrás.

Golpes en la puerta, alguien más quería entrar. Se había terminado el momento consigo mismo, las fuerzas recobradas tenían que alcanzar para enfrentar la vida y solucionar sus problemas. Se encontraba solo y ni él se reconocía.

Su brillo se fue, y solo quedaron cargas. Su cotidiano se basaba en responsabilidades y deberes sin apoyo de nadie.

Ya había aprendido que no para todos existían las mismas posibilidades.

18. Marisol Sepúlveda - Chile:

La visita

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

La pandemia dejó a miles de personas sin familia o sin amigos, y en su caso, solo dejó a su hermano. Recordó la última vez que disfruto estar sentada en la mesa con su mamá y su papá, riendo de alguna bobada. Por alguna extraña razón ella no se contagió, pero el virus se llevó lo que ella más quería. Le destrozaba el alma pensar que sólo unos días más y se hubieran salvado. Su hermano suele visitarla cada noche antes de dormir, la consuela y se va a su casa.

Sacude la cabeza para despejar su mente de los recuerdos que la atormentan, sale de la ducha y se va al cuarto, se mira en el espejo y no se reconoce, está tan delgada que parece enferma, como si no comiera de hace días.

El sonido del teléfono la saca de sus pensamientos, es su cuñada, está llorando y dice que lo extraña, no lo entiende, sabe a quién se refiere, pero no entiendo porque, su hermano no le ha contado nada sobre alguna discusión o algún divorcio.

Sus ojos se dirigen a la puerta, ahí está él, como si le hubieran invocado, le sonríe y le estrecha la mano, va a preguntar cuando ve su cuerpo tirado junto al teléfono. Comprendió de inmediato, luego de 4 largos meses, los volvería a ver.

19. Celeste Cerezo Martínez - España:

Yo conmigo mismo

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Al principio estaba tranquilo, pero poco a poco fui creando un ser en mi interior que hizo que me transformara. Creo, que algo en mi cerebro decidió pulsar durante este paréntesis vivido, un interruptor interior y empezar así: Había colocado un folio delante de mí y escribí todo lo que deseaba hacer en la vida. Lo desarrollé todo en una cartulina gigante, un esquema colocando información general. Mi mano escribía sola, lanzaba las flechas aleatoriamente desde el centro de aquel amarillo caramelo. Notaba como una parte del cerebro me iba dirigiendo y como mi consciencia le iba frenando, una lucha en la que yo no podía intervenir. Dadas las circunstancias, no tenía nada mejor que hacer que escuchar como estos dos seres intercambiaban opiniones... Esto hizo que me diera cuenta, que ese periodo fue clave para lo que estoy haciendo ahora mismo. Todos nos hemos

vuelto vulnerables, hemos conocido a la muerte desde cerca y llevándonos por delante como si de un huracán se tratara. No podíamos hacer nada, había gente luchando y solo pensábamos en nosotros, en salir fuera y ser libres. Pero ahora sé, que estoy cumpliendo un sueño tras otro desde que lo escribí. Mi autoestima creció, mi mente se despejó, la vida fluía y éramos libres del mayor mal en el que pudimos caer juntos: estar siempre yo conmigo mismo.

20. Laura Lis Rodríguez - España:

Estáis por todos lados menos aquí dentro

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Hacía mucho que no sentía de verdad la ausencia de un abrazo o un beso, cada mañana se levantaba e imaginaba con los ojos encharcados vidriosos como sería volver a verles después de tanto tiempo, también se sintió algo culpable ya que nunca había valorado tanto como lo estaba haciendo ahora esas pequeñas grandes muestras de afecto, recordó que alguna vez fue ella quien rechazó un beso o la primera que dejó de apretar a la persona que tuviera entre sus brazos, menuda idiota, prometo que la próxima vez no será así.

Siento el agua caliente deslizándose por mi cuerpo y pienso en cada persona que forma parte de mi lista de imprescindibles, recuerdo hasta las arrugas de sus rostros al sonreír, tan pequeñas, tan especiales; el agua está ardiendo, me gusta que esté así, pero aquí dentro hace frío, ¿cómo es posible que estéis tan cerca y tan lejos al mismo tiempo?.

Me muero de ganas de reencontrarnos todos de nuevo, de que vuestra forma de mirarme y vuestras carcajadas vuelvan a enamorarme más de lo que ya lo estoy si se puede, abrazaros durante mucho tiempo, que me digáis que conocéis un lugar genial al que ir y yo reírme sin decir nada porque no me imagino un lugar mejor que el espacio que ocupó entre vuestros brazos.

21. Antía Xiana Vizcaíno López - España:

Promesas que no se pueden cumplir

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Puede que el mundo siguiera girando ahí fuera, pero el suyo había frenado en seco.

Se metió en la ducha y dejó escapar despacio el aire que contenían sus pulmones. Recordó las promesas. Recordó que habían prometido que, cuando acabaran con el “bicho”, todo volvería a ser como antes. Sabían que sería difícil, pero juntos podrían.

Les habían prometido que volverían a abrazar, que volverían a besar, que volverían a disfrutar del sol en la terraza de un bar junto a todos los que de verdad importan. Y se lo habían creído. Pero, un día, una llamada de teléfono y una confesión hicieron que su mundo dejara de girar. No habían cumplido. Algunos se quedarían por el camino.

No pudo estar con él y decirle que lo quería, no pudo abrazarlo, ni si quiera tuvo la oportunidad de ver como las llamas lo engullían y entender que, con ellas, ardía también su esperanza de verlo una última vez.

Salió de la ducha, enrolló una toalla sobre su cuerpo, se encaminó al dormitorio y se preparó para enfrentar un gris y nuevo día. Como todos desde que el “bicho” apareció. Como todos desde aquella llamada. Como todos los que vendrían porque ya ninguno volvería a brillar igual.

22. Laura Galán - España:

Presente

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Todo había cambiado. Después de estar un año entero en casa por precaución, a inicios de año dejaron las puertas abiertas al mundo. Creo que aunque hayan pasado ya esos cuatro meses, nada ha vuelto a la normalidad. La sociedad había cambiado con la situación tan extrema que se nos había colocado enfrente, las personas ya no eran las mismas, el comportamiento humano e había radicalizado. Los primeros días fueron una total masacre en los centros comerciales y espacios públicos, la gente estaba ansiosa de salir y poder vivir. Pero después de esa primera revolución, la gente ya no era tan egoísta. Veías todos los días ayudas a la gente mayor, a gente con pocos recursos, porque todos se habían dado cuenta de que no todo es perfecto y que la soledad es muy perjudicial. No se si es bueno o malo, pero tuvimos que vivir una experiencia agobiadora y trágica para que el mundo entero se diese cuenta de que no todo gira alrededor suyo. También se quedó como costumbre aplaudir a las ocho de la tarde a los sanitarios, porque aunque ya no hubiese

pandemia. Ellos seguían hasta altas horas de la noche con los enfermos, no paraban de estar ahí para cualquier cosa y supongo que eso lo entendimos todos a la fuerza. Ya nada era igual, este era el presente.

23. Elena García Sánchez - España:

Primer día de trabajo

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Mientras dejaba correr el agua por mi pelo, a las siete de la mañana de un lunes, no dejaba de pensar en cómo sería llegar al hospital por primera vez para comenzar mi residencia como médico especialista. Acudir, al que había sido prácticamente, el hogar de aquellos a los que aplaudíamos a las ocho en nuestros balcones, durante los últimos meses. Empecé a recordar entonces porque me gustaba tanto la medicina, como desde pequeña me dedicaba a cuidar a mis hermanas como si de mí dependiera que no les ocurriera nada; como sin tiritas ni gasas se podía ayudar, con un simple gesto, como el de un “ sana sanita culito de rana , sino sana hoy sanará mañana “. Hace ya un tiempo que el mundo se paró en seco y dejó que la gente mostrara, lo que realmente tiene innato; ayudar. Y fue entonces cuando me di cuenta de que había elegido la mejor profesión del mundo, sentir que podía dar lo mejor de mi hasta en aquellas situaciones en las que una sonrisa es un mundo para muchos. Cerré el grifo y salí de la ducha, me miré al espejo y sonreí, dispuesta a comenzar lo que sería el principio de una nueva forma de vida, pues como dije al principio, ya nada era igual y el mundo lo estaba esperando.

24. Janice Marrero Hernández - España:

En cuarentena me sentía más querida

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Todavía sentía que vivía en un capítulo de Black Mirror.

Aún veía a algunas personas con guantes y mascarilla. Sus amigos no se comportaban igual. Ya no compartían tapas en el bar de siempre, ahora cada uno pedía su plato. Los abrazos con su familia duraban menos que antes y los dos besos al saludar en su casa ya casi no existían.

Era muy triste pero sentía más cariño cuando hacía videollamada con los suyos durante el aislamiento. Recordaba lo que se decían y se sentía engañado. "Vamos a salir de fiesta en cuanto esto termine", "la de abrazos que te voy a dar cuando te vea", "no sabes las ganas que tengo de verte y pasar la tarde viendo series en tu casa".

Mentira. Todo era mentira. Eso nunca pasó. "Es que después del virus nunca se sabe lo que puede pasar. Mejor no acercarnos mucho y tener precaución". Estaba harta de escuchar una y otra vez esa maldita excusa. Tampoco pretendía convertir en su siamés a cada persona de su entorno. Sólo quería volver a la normalidad. Pero parece que se iba a quedar en un simple deseo.

Cerró el grifo de la ducha y salió de ella. Se puso su albornoz y volvió al sofá, su mejor amigo desde hace meses. El único que no le ponía excusas cuando se acercaba.

25. Inmaculada Concepción Regalón Boudry - España:

La pérdida

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. La falta de su esposo le pesaba cada día en el corazón. Ese maldito virus se lo arrebató de entre sus manos sin que ella pudiera hacer nada. Desde ese día, tenía cada semana una cita con el psicólogo y se enfrentaba a la duda existencial de si podría volver a su trabajo algún día. La idea de salvar otras vidas la carcomía por dentro; la culpabilidad de no haber sido capaz de sacar a su amado de esa pesadilla no la dejaba dormir por las noches, ni comer con normalidad, ni vivir. Cuando presenció su marcha, cuando ni el respirador le daba el poco aire que necesitaba, cuando los pitidos de la máquina a la que estaba enchufado se iban haciendo cada vez más largos, cuando ya nada era suficiente, sintió que las piernas le fallaban y que su mundo al completo se tambaleaba. Luchó para mantenerlo con vida, para mantenerlo a su lado, pero no sirvió ningún esfuerzo. Lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas, pero ella ni siquiera se percató de ello. Estaba entregada en cuerpo y alma a

salvar a esa persona que le había dado tanto, que le había enseñado tanto. Pero nada funcionaba. Empezó a llamarlo entre lágrimas. Abrió los ojos y la miró intensamente.

- Te amo.- Dijo con su último aliento.

Y se marchó para siempre.

26. Jael Estefania Marro - España:

Las manos de Julia

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual, la vida se había detenido hacía semanas. El agua brotaba sobre su espalda, blanca, como la de alguien que no ha visto por largo tiempo el sol.

Sus manos, rugosas, sólo la trasladaban al verano anterior.

Julio era su mes favorito, como el masculino de la mujer que amaba.

Los recuerdos atormentaban sus noches.

La culpa no la dejaba en paz.

¿Cómo sentirse después de ese viaje?

Volver a casa era su ilusión más grande. Pero la casa ya no era hogar.

Las ventanas no olían a pastel.

Nadie la acobijaba en su cama.

¿Desde cuándo sabía a vacío volver?

Sus manos no amasaban ningún pan, ni le colocaban oliva a sus tostones.

Todavía bailaba un flamenco como la bailarina que tenía sobre el mueble del living, con él, tirado en el sofá, que hacía palmas porque con las castañuelas no tenía compás.

Sus lágrimas cayeron en la bañera y se mezclaron con los restos del acondicionar, su cabello no volvería a ser trenzado.

Los domingos ya no eran de a tres. Y su par favorito, se había vuelto sólo uno.

Aún se olía el café caliente, casi tanto como del vapor que ahora golpea su mejilla.

Entonces entendió que, aunque no existieron adiós, debía seguir corriendo porque el reloj no discriminaba por dolor y el tiempo no iba a regresar.

27. Valentina Diatto - Argentina:

El temor

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Desde allí le invadió el temor de que algún día se durmiera y que no despertará. Ya estaba envejeciendo y pronto moriría, eso le atormentaba, su diabetes y problemas de hipertensión de a poco lo iban consumiendo.

Era un viejo que se encontraba solo, su esposa ya hacía años que se durmió y no despertó. Aún así, a pesar de la depresión y la inmensa angustia que sentía por dentro, el quería seguir viviendo.

Al principio el continuaba haciendo las compras, y eran varias las personas que se acercaban a regañarlo.

Fue entonces donde una señora muy amable desde allí, le comenzó a hacer las compras y a llevarlas a su casa, aunque al principio el se negó aceptar su solidaridad, debido a que hacer las compras era su manera de hablar con las demás personas y sentirse de alguna forma contento, no le quedó otra opción.

Se sentía muy solo, muy deprimido, y continuaba envejeciendo, ya le costaba respirar y no podía ir al hospital, lo atemorizaba, lo más probable era que contraiga el virus y se muera más rápido y él quería seguir viviendo de todas formas.

Suena el teléfono, la primera vez en meses. Atiende. ¡Hola abuelo!

Era la primera vez en meses que sintió una gran alegría y afición.

Esa noche su temor desapareció y al día siguiente no despertó.

28. Isaac Alejandro Espinosa Castillo - Ecuador:

Malas compañías

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

-Deberías dejar de pensar en eso Ricky, no te hace bien-

-El doctor dijo que si tomaba las suficientes pastillas dejarías de aparecer. Parece que aun no he llegado al límite requerido, eso o, me mintieron- Dijo Ricky Felaps esbozando una pequeña sonrisa mientras el agua de la ducha seguía corriendo.

- Soy como la mala hierba Ricky, nunca muero, y si muero, regreso mas fuerte que antes. Ahora porque no cierras la ducha, sabes perfectamente que las tarifas de agua, luz y el nuevo elixir

Vitelium están por los aires. Porque mejor no vemos una película, regreso al futuro, me encanta es un cla..., vaya aun sigues pensando que no soy real. -

Ricky sostenía en su mano, una glock modelo 40, el último recuerdo de su padre. -Creo que si no desapareces por las buenas ¡seré yo, el que te mate Vinnie!, ahora, ¡largo de mi puta casa!, - Ricky disparo y la bala atravesó el cuerpo de Vinnie impactando directamente contra el televisor.

- ¡Oh!, ¡maldita sea Rick!, no la televisión, - Vinnie suspiro al inclinarse para ver lo que había quedado del viejo Sony Bravia, Ricky lo observaba aun sosteniendo la Glock, no parecía sorprendido con lo que acababa de pasar, -Bien Ricky- Dijo vinnie incorporándose, - ¡Yo soy real! -.

La ducha sonaba.

La habitación estaba vacía.

29. Cristina García Fernández - España:

El nuevo virus

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Las calles volvieron a llenarse del bullicio de siempre, pero notabas las miradas de recelo de la gente: nadie se quería acercar más de la cuenta. Se volteaban si te oían toser: aún, en nuestra psique, teníamos implementado el miedo a volver a caer.

Hacía ya mucho de aquello, lo suficiente para no hablar del tema, pero no tanto como para que, por las noches, la pandemia se hubiese convertido en nuestra más recurrente pesadilla. Todavía no sabíamos cómo nos libraríamos de ese nuevo virus: el miedo a morir. El miedo a ver morir a los nuestros. Desde que nos miró a los ojos, y nos sonrió, ya no sabemos vivir sin su sombra.

30. María Rocío Rosado - Argentina:

A mano propia

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual para ella. El aislamiento podía ser algo

llevadero para familias que pasaban el tiempo apoyándose, pero ese no era su caso y la soledad puede hacer destrozos a una mente fuerte, a una persona cansada y triste desde antes del aislamiento puede convertirla en un monstruo que deja atrás cualquier atisbo de humanidad. Por eso ella creó “eso”, los meses que duró la cuarentena fueron un tiempo para pensar y en su caso, que solo tenía rencor y odio, alimentó esos sentimientos hasta que la consumieron y se convirtieron en su todo. En su mente lo único que se había interpuesto entre ella su familia había sido aquel presidente, que con su arrogancia destruyó todo lo que ella había construido, su forma de vengar a su familia, que a consecuencia de la ineptitud de un gobernante ignorante ya no volverían, fue crear algo peor que el virus que acababan de superar, quería que él sufriera, por eso cuando, como todos los 14 de febrero, entró a comprar un ramo de flores le entregó su pedido con un agregado creado por ella que le quitaría lo más importante para él: sus hijos. No le importaban los otros niños que se perderían en el proceso ella había vengado a su sangre y ahora, pensó tragando la pastilla bajo el agua tibia, podría descansar.

31. Catalina Amador - Colombia:

La bañera

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Si vida había dado un vuelco de 180 grados. Lorena simplemente pensó en ese día en el que había salido por última vez con su madre a una plaza, pensó en ese momento en donde pasaron los niños riendo, pensó en lo último que su madre le había dicho-no se te olvide llamar a tu tía, ha pasado días difíciles- y aunque le había contestado que lo haría, no tenía la intención de hacerlo.

Quito esos pensamientos de su cabeza, y se metió de lleno a la bañera que ya se había llenado. Pero no pudo evitar recordar todo lo que había sucedido.

Todo lo que mundo había cambiado hasta ese punto. Lo tanto que extrañaba a su familia, y lo mucho que deseaba que todo volviera a lo que era antes.

Tomó un gran suspiro y se hundió completamente en la bañera para que el suplicio se terminará, para todo dejara de girar.

Todo había llegado a su fin, pero cuando por fin siento que se dejaba ir, un ruido exorbitante la hizo despertar, y de un salto salió abrió sus ojos y vio como su habitación seguía siendo su

habitación y como esta tenía el mismo olor de siempre y, tocó su cama como si no pudiera creer que fuera real.

Fue todo un sueño, pero nada volvió a ser igual.

32. Raquel López Martínez - España:

El mejor segundo del día

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Aunque algo sí: que ella seguía ensayando a las ocho y media de la tarde.

Se enjabonó con la rapidez de una gacela, para salir y ponerse la sudadera con el pantalón corto, limpio, fresco.

—Hija, siéntate a cenar.

—No tardo nada, papá. No tardo nada, de verdad —aseguraba mientras corría descalza hacia su cuarto por el pasillo.

Sentándose en el alféizar de su ventana, la vio en frente, tan concentrada, con su banda roja para retirarse el pelo de la cara mientras cantaba, acariciando las corcheas ligadas de Sabina, de las cuales levantó la mirada al notar su presencia, como cada tarde.

—Hola.

—¿Hola?

Cerró contenta sus partituras a la vez que se asomaba a la ventana de su cuarto.

—Te echaba de menos.

—Shh...

Una minúscula risa salió de la garganta de la pianista, cuando sus labios se encontraron sobre aquel patio de luces en un beso temerario y fugaz, tras el cual no hubo más despedida que un guiño con el corazón acelerado.

Así todos, todos los días, desde que acabó la cuarentena, todo el verano viéndose a escondidas, a veces solo un segundo, a veces toda la tarde en cualquier parque de la ciudad.

—¿Qué hacías? —Se interesó el padre, antes de sorber la primera cucharada de sopa.

—Nada —respondió sentándose—. Decirle a la vecina que se callara.

33. Miguel Ángel Gómez Luque - España:

Baño de realidad

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Todo había cambiado desde la sonora ausencia de prórroga para el confinamiento, y salvo algunos precavidos, todos habían salido a festejar una libertad renovada y reencontrada. Su marido, siempre tan ingenuo, había sido uno de ellos, y pese a la algarabía que describía en cada esquina, cada carbónico que se agotaba a ritmo frenético tras esas persianas tanto tiempo bajadas, ella no se atrevía a salir hasta que su presidente no le diese permiso para hacerlo.

Primero, contadas ausencias, debidas probablemente a eventos familiares o turismo de interior. Después, bares abiertos sin dueños en su interior, tal vez cambiando billetes en algún otro comercio. Al mes, las salas de cine abarrotadas únicamente por refrescos bebidos a la mitad, cintas cinematográficas girando aún días después de haber acabado la película. Y su marido excusando cada desaparición con coartadas cada vez menos coherentes, incapaz de renunciar a su recobrada libertad.

Hasta que un día faltó él, y nadie le dio a ella ninguna explicación, al menos no hasta hoy, no hasta que enchufó la radio. Si la fase de mitigación no funciona, explicaba el durante semanas ausente presidente, una fase de exterminio había sido siempre la recomendación de nuestro consejo científico, y la única forma de acabar verdaderamente el confinamiento.

La bañera estaba, por fin, llena. Ahora solo hacía falta ahogarse con la voz del presidente.

34. Maricarmen Argüelles Benito - España:

Rutinas covidianas

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual, pero Evicle se acostumbró a vivir en aquel claustro mientras estudiaba un seminario. A pesar de que se suspendieran las clases y las actividades lúdicas, aprovechó para hacer otras rutinas en ese tiempo.

Una de ellas, sería estirarse en un banco de ese complejo monumental y escuchar el sonido de los pájaros y ese viento que pasa por las hojas de los árboles haciéndolas sentir, era el momento más perfecto de su cuarentena, podía hasta oler esa pequeña naturaleza viva.

Otra rutina que hacía era recorrer todo el complejo monumental donde estudiaba, para así lograr encontrarse con alguien de su curso y poder conversar a una distancia de seguridad, ya

estaba casi curada del virus y nadie quería hablarle; quería dar calma con sus palabras a sus acompañantes del seminario, pero no lo lograba.

El día empezó a oscurecerse y se retiró a sus aposentos, donde la cocinera le había dejado el menú nocturno con un plato de verdura al vapor, una tortilla de patatas y una manzana al horno con canela y exclamó con fe:

-¡Qué delicia! ¡Gracias Señor, por estos alimentos que me has proporcionado, por estar aquí, ya cuatro meses y haberme adaptado tan bien a esta nueva vida. Gracias Señor, porque sin las oraciones que me enseñaste no sería lo feliz que soy, ya que tu luz me irradiaba siempre!

35. Lizette Barrera Morales - Colombia:

El enemigo

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. En ese momento, una gota suavizó tenuemente su rostro, inválido aumentó la sinrazón de su pensamiento, cabizbajo lloró y recordó su trabajo, su viejo amor y hasta su padre (fallecido por la enfermedad). Aquel viernes soleado —el último antes de la cuarentena— parecía un nuevo comienzo, el proyecto de mercadeo que presentó fue aceptado por los jurados, y él permanecía sentado junto a su amada en el parque hablando de banalidades. Veían a los niños jugar en el parque y aunque ella no lo dijo, pensaba en la posibilidad de formar una familia y más ahora que su novio adquiría prestigio en el mundo laboral. Ella no se quedaba atrás, era docente en una de las universidades más costosas de Bogotá. A él no se le pasaba por la cabeza el hecho de formar una familia, pero aún así, estaban juntos sobre el pasto del parque sin saber que durante el encierro gritarían hasta ahogar sus penas. Se odiarían por su amor encuarentenado. La furia de las palabras adquiriría cada vez más fuerza. Todo lo imaginado se iría al carajo. El ambiente cambiaría, el amor soñado no le volvería a hablar, y él se desconocería porque conocería al mayor enemigo de su vida, él mismo.

36. Ana Rosa Fernández Miñán - España:

Origen

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. La gente había perdido el miedo a todo. Ciertos grupos de jóvenes antigobierno habían tomado los edificios principales y, los progobierno, estaban arrestados o muertos. La anarquía reinaba en todo el mundo.

Él la esperaba en el coche. Había tenido que robar el todoterreno de su vecino para poder escapar. Total, a él ya no le iba a hacer falta: había muerto a manos de un antigobierno porque su hija había matado a la hija del otro por una vacuna. Las vacunas eran el nuevo “dinero”. Eso y los pocos víveres que quedaban en alguna despensa olvidada.

Salió de la ducha: el agua estaba fría, como aquella habitación de hospital donde había estado su padre hace un mes. Por suerte dejó de sufrir antes de aquel incendio, provocado por los progobierno para evitar que los antigobierno se sublevaran. Pero aquello fue la gota que colmó el vaso y tuvo el efecto contrario. La historia dio un vuelco y el miedo cambió de bando.

Se vistió rápidamente, cogió poca cosa, pues a donde iba no necesitaba mucho más que unas bragas. Salió por la puerta cerrándola sin demasiada fuerza. Dentro ya no quedaba nada ni nadie que le pudiera importar. Se subió al todoterreno con decisión, cogió un fusil que había a sus pies y partieron hacia donde se originó todo: hacia una muerte segura.

37. Maximiliano Verduz - Argentina:

Aplaudir el caos

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual, la canilla salió despedida y golpeó con la potencia del chorro de agua fría contra el extremo opuesto de la bañera, mientras trataba de arreglarlo pensaba si habíamos aprendido la lección? todo volvía lentamente a la normalidad, seguíamos de a poco reventando los recursos del planeta, consumiendo todo lo que no necesitamos y ni siquiera la muerte de nuestros seres queridos nos había hecho reflexionar, puso firmemente un pie fuera de la bañera y después el otro, escuchó el ruido de los camiones militares pasando por fuera llevando los cuerpos de quienes sucumbieron a la enfermedad hacia un lejano pozo en un descampado, se vistió, se colocó el barbijo, cumplió con todas las medidas de higiene y salió, la enfermedad seguía entre nosotros y la vacuna estaba lejos, aunque la cura existía y era el respeto, la solidaridad y pensar en el otro, pensó que la enfermedad había expuesto lo peor de la miseria humana como habría pasado en tiempos distantes con pestes y epidemias, es que en situaciones extremas sacamos lo peor de nosotros mismos, ahora más que

la cura, existía la locura, el virus cada vez se hacía más fuerte, llegó al hospital, el reporte indicaba cuarenta casos nuevos confirmados, confinados en una sala, enchufados a respiradores, se puso los guantes, la máscara y pensó: "los héroes no existiríamos sin los villanos".

38. María Fernanda Uceda Luna - Perú:

Su llegada

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Personas habían muerto o habían perdido a seres queridos y las que no, compartían el dolor ajeno. Dolor ajeno que se representaba en muchos aspectos, en su caso, el no estar presente en el nacimiento de su sobrina y el haberla conocido con 2 meses de edad, le partía el alma.

El solo pensar en ella, le causaba dolor y hacía sangrar su corazón, no pensó que uno de los días más importantes de su vida pasaría de la manera en la que le pasó; las visitas se habían restringido en el hospital y ese día no podía ver a quien llevaba tanto tiempo esperando.

Los decretos se volvieron más duros y ya nadie rondaba por las calles y todos tenían dos cosas en común: el pánico y una mascarilla en sus rostros, la cual había sido usada por tanto tiempo, que era extraño que no se haya adherido a la piel.

Las cosas también se volvieron complicadas a la hora de conocer Emilia. Solo poder estar 20 minutos en su casa le dolía y no poder llenarla de besos hasta semanas después hizo que derramara lágrimas después de cada visita.

Hoy tenía la seguridad de que no le pasaría nada y que cuando llegara a la celebración por sus 6 meses, podría llenarla de besos y ver su sonrisa al tenerla cerca.

39. Sandra Patricia Mora Mora - Colombia:

Tiempo después, seguía igual

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual, se habían acostumbrado a la vida en sus encierros. El estado provenía de suministros y entretenimientos, bastaba con dejar del otro lado de la puerta una nota. Escuchó un ruido sordo, practicaba tejido, reía de sus antiguas locuras,

limpiaba y escribía una nota que dejó debajo de la puerta principal. Se recostó a los pies de su ventada, le acariciaba el humo de las afueras, reflejándose en sus pupilas adentrándose en su ser, le llamaba y ella correspondió. Acudió al balcón, contemplaba la nevada, asomaba la vista más allá de las manchas estancadas derramando sus aguas, apoyó su cuerpo sobre el barandal y exhaló la invitación dejándose caer. Pisos más arriba, se abría una ventana.

40. Fernando Martín Segovia Ezcurra - Argentina:

¿Seguir mi sueño?

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual, pero había algo dentro de su cabeza una pregunta que le había sacado el sueño la noche anterior. Mientras se cambiaba para salir al trabajo, vio aquella cicatriz en forma de “E” y recordó aquella promesa con su amigo de infancia, ese amigo que durante la cuarentena había fallecido y él nunca pudo despedirse como le hubiera gustado. Mientras desayunaba leía su libro de turno; un libro sobre herrería, mientras pasaba páginas hasta llegar donde se había quedado se dio cuenta que todo a su alrededor había cambiado pero él no, él seguía igual y se preguntaba ¿Por qué yo no cambié? Cerró el libro y se quedó sentado en el comedor divagando en su mente tratando de encontrar la respuesta durante el resto de la mañana. Cuando reloj marcó las 12 AM salió del departamento camino a la confitería de la esquina para pedir una hamburguesa y en el camino encontró la respuesta al interrogante de la noche anterior, él no había cambiado porque en la promesa con su amigo de infancia habían acordado seguir sus sueños y él antes de toda esta crisis que pasó en el mundo iba bien encaminado a cumplir su sueño de poder vivir de sus esculturas en madera.

41. Emilse del Carmen Suarez Cuellar - Argentina:

Memorias

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Dejó que el agua rodara suavemente por su piel y se dedicó a disfrutarla como si fuera la primera vez que lo hacía. Vio su cuerpo humedecerse lentamente, se detuvo en sus cicatrices,

esas que había juzgado y rechazado durante tanto tiempo y las sintió bellas, las sintió propias, las sintió parte de su historia.

Sentir. Que hermosa palabra pensó. Es lo que nos hace humanos, lo que nos empuja a decidir, muchas veces, en contra de nuestra propia razón.

Sabía que el cerebro humano decide en base a sus emociones, los estudios de neurociencias ya lo habían demostrado. Y cientos de años atrás un poeta había enunciado: “Somos nuestras memorias”. Y entonces, si somos nuestras memorias ¿Que quiero ser cuando todo esto acabe? Cuatro meses atrás se había hecho esa pregunta. Hoy era la respuesta.

Era el café que ya no bebía apurada en las mañanas, el mensaje diciendo te amo cada día, la oración de las noches dando gracias, el abrazo fuerte, la palabra honesta, la ayuda sincera, la sonrisa iluminando todo a su paso.

Al igual que ella, el mundo necesitó perderse para encontrarse.

Cuando cerró el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Ella era parte del mundo y el mundo era mejor.

42. Venus Escritora - España:

Lunes o martes

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Se miró al espejo y no se reconocía.

Tuvo que lavar su cara varias veces para poder despertarse, porque estaba acostumbrado a levantarse tarde, pero hoy el sueño le había ganado la partida. Entonces, como cada mañana, encendió la radio esperando oír la nueva cifra de contagiados, escasos curados y muertos, pero parecía que la vida estaba jugando con él, solo se oían chirridos. Lleno de rabia, su radio se cayó al grifo, gritó y golpeó el espejo. Con las manos llenas de sangre empezó a llorar. La cuarentena había convertido sus días en un huracán de emociones, sobre todo desde que su casa se vació, dejándole a él con sus pensamientos.

Fue entonces cuando sonó su teléfono, las redes sociales ardían. Él sabía que quedaban pocos días para que se acabara el estado de alarma, pero cuando llevas tanto tiempo encerrado, tu vida ya no son lunes o martes, sino días y noches, no tenía noción del tiempo. Le había llegado la noticia con la que había soñado: ya podía salir.

Recordó los largos paseos de la mano de su mujer o los sábados de cine con su hija, sin embargo, de él solo salían lágrimas de dolor, la noticia en él no surtió el efecto esperado porque, ¿qué iba a hacer solo? ¿Estamos dispuestos a salir de nuestra burbuja tras la tragedia?

43. Fernanda Tapia - Alemania:

Fermín

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. O eran cinco? sea como sea el tiempo ya no tiene sentido. Abrir ese grifo le grita a la cara como este mundo ya no es el mismo. Mojarse la cara, comerse una manzana, tomarse una cerveza para curar esta sed infinita, ya nada de eso forma parte de su vida cotidiana. Ahora todo se ve como una realidad muy lejana y el ruido que las cañerías sedientas hacen al abrir el grifo se lo recuerda con descaro. Ya no confía en nadie, algo se rompió. Sus vecinos lo invitaron a formar parte de una comunidad, pero él no se atreve a salir de casa, a abandonar sus cosas, son lo único que le queda: murió Elena, murieron sus padres, no sabe de Juan o Matías desde que se cortaron las comunicaciones, y de sus amigos menos. Seguramente están todos muertos. No entiende porque el no se contagió. Porque el no pereció. Ahora está solo con Elvis - su fiel labrador -, comprobando todas las mañanas si el agua vuelve a salir del grifo, si esto acaba y la vida vuelve a la normalidad. Y que todo esto haya sido solamente un mal sueño.

44. Paula Ameijeiras Moreno - España:

Corazón en cuarentena

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual, a pesar de que todo volvió a la "normalidad".

Sabía que todo esto había marcado un antes y un después, no sólo en su vida sino también a nivel global. No sólo fue importante el impacto en la economía y en la política, también el que hubo en su corazón. Su mente y su corazón, por una vez en la vida, iban al mismo son. No sanaban. El mundo estuvo en cuarentena sanitaria, pero sus demonios regresaron. A pesar de ya no tener prohibido el salir de casa, no le apetecía ir a hacer el café de cada tarde con sus

amigos. No le apetecía salir a pasear, ir a hacer una escapada al monte u organizar una barbacoa con sus amigos.

Todos los días continuaban siendo un domingo para él. De la cama al sofá, del sofá a la cocina, de la cocina al escritorio para desahogarse en sus libretas y vuelta a empezar. No era capaz de soltar ni una lágrima, pero sabía perfectamente que lloraba a diario.

Se acostumbró tanto a estar en casa, que más que refugio, al final fue cárcel. Ayudó a salvar el mundo de una pandemia, pero no pudo salvarse de sí mismo.

45. Luis Felipe Medina Campo - Colombia:

Un falso renacimiento

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Se sentía casi que palpable el vacío físico y sensacional de algunas personas que perecieron; no obstante se respiraba cierto aire de cambio en la actitud social, se escucharon más ecos de risas en las parques circunvecinos, los pitos de los carros se negaban a generar ruido, ya el afán del vivir diario menguó. A lo lejos se escuchaban canciones imperceptibles de cantantes anónimos que se quedaron olvidados, pues después de 4 meses todos debieron volver a sus lugares habituales de esparcimiento; de trabajo, de educación y otros con menos suerte a seguir divagando por las calles de una ciudad renacida, pero no renacida para ellos. Las calles estuvieron repletas de nuevo, los grandes centros de acopio de gente también lo estaban, todo parecía regresar a la normalidad; pero no, cuando cerró el grifo de la ducha y el frío de su cuerpo lo devolvió a la realidad, sintió lo que no podía ocultar; estaba latente el vacío en su interior, los lugares donde vio a los seres queridos que perdió para él seguían estando vacíos y ya nunca volverían a estar allí, ni en ningún otro lado diferente a los tres diferentes sitios donde permanecen los fallecidos: en el cementerio bajo tierra, dentro de su cabeza en los recuerdos de su memoria, y más fuertemente presente, en el pecho, en su desconsolado corazón.

46. Alejandra Soto Moreno - España:

Vuelvo a casa

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Había decidido dejar Madrid y volver a

casa, con los suyos. La soledad le había hecho replantearse la decisión por la cual abandonó a su familia hacía más de tres años y la excusa de querer conocer nuevos mundos ya no le parecía suficiente.

Cogió el AVE a Sevilla de las seis. Iba a darle la sorpresa a su madre. Había dejado su trabajo en el banco e iba a montar algo nuevo por su cuenta. En Santa Justa le esperaba su hermano en coche, llevaba pocas maletas, pero demasiados recuerdos. Pararon en la floristería que hay de camino a casa, un jazmín, su planta favorita, seguro que le hace ilusión a mamá, pensó.

A medida que se bajaba del coche le temblaban las piernas, su madre llevaba años esperando la vuelta de la hija pródiga, en su última videollamada no le había comentado nada, solo que la quería, que la quería más que a nada en el mundo. Quizás su madre empezara a entrever con esas palabras su cambio de parecer, aunque claro, las madres siempre callan.

Se plantó delante de ella, como quien aparece de la nada, sacó la mejor de sus sonrisas picarescas, le cambió las flores secas por el jazmín y le dijo susurrante a la lápida: Mamá vuelvo a casa.

47. Andrea Sierra Ibarbia - España:

Acariciar el agua

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. La propia ducha que se estaba dando era un disfrute en sí mismo, al igual que el resto de actividades que antes parecían meros trámites para ir del trabajo a cualquier sitio y que requerían rapidez y eficacia. Ahora, las gotas de agua habían tomado una personalidad y ella se paraba a percibir su sonido contra el cristal y su calidez en los hombros. Llegaba un momento, incluso, que la humedad taponaba su nariz sin haberse percatado nunca antes. El olor que desprendía el champú era relajante, le hacía cerrar los ojos mientras podía sentir con todo lujo de detalles los mechones de su pelo impregnándose del líquido con un suave masaje de sus manos. Todas esas cosas, que antes de la cuarentena eran automáticas, ahora parecían tener un valor inconmensurable. Por no hablar de las cosas del exterior: ahora podía tomarse un café con alguien sin que la conversación fuera un ruido de fondo mientras su estrés la mantenía alejada en esa fecha de entrega próxima o a esa discusión que había tenido. El aroma, el sabor amargo o el sonido de la cucharilla contra la taza absorbían todo el protagonismo del momento mientras conversaba tranquila. Ya nada era igual.

48. Laura González Pazos - España:

Ironía del destino

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Ya casi no pensaba en él. Había empezado la cuarentena sumida en una profunda tristeza, añoraba dormir con él y el simple hecho de pensar que ya nunca más volvería a despertarse a su lado le dolía en lo más profundo de su alma. Su relación fue extraña, de esas que llaman cortas pero intensas. Mientras salía de la ducha esa mañana, recordó cuánto le había costado superar esa tristeza sola en su casa. Pero lo hizo. Salió de casa de camino a su nuevo trabajo. Había vuelto a coger las riendas de su vida, limpió su alma de personas tóxicas y se mudó. Como cada mañana, compró su café para llevar y una pequeña magdalena. Un día es un día se dijo. Y fue lo último que dijo. Mientras cruzaba despistada la calle, un coche también despistado se atravesó en su camino y en su destino. Qué ironía, cuando su vida volvía a tener sentido, se truncó. Y esto os lo cuento yo, porque ella ya no puede.

49. Anahi Carabajal - Argentina:

Metamorphosis

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena.

Ya nada era igual.

Había días en que se despertaba y en su mente divagaba la idea del que sucedió, quería entender porque todo era diferente.

¿Cómo es posible que todo cambiará tan drásticamente?.

No lo lograba deducir. Todo iba más allá de su comprensión. Por eso siempre optaba por omitir aquellos pensamientos.

El agua golpeó suavemente su piel y el calor la reconfortó, cerró sus ojos y un color gris se impregnó en sus recuerdos. Fue entonces que un ligero dolor se situó en su pecho, sus latidos se aceleraron y todo en ella tembló.

Cerró el grifo y envolvió una toalla alrededor de su cuerpo, se limitó a caminar sin importarle mojar el suelo de su departamento. Sus pasos fueron rápidos pero silenciosos. Llegó hasta la cocina donde de encontraba su niña de ocho años.

Fue entonces cuando su mirada conectó con los ojos color gris de aquella pequeña, que entendió todo.

No nos había aislado, no nos había perjudicado.

Nos había ayudado.

Luego de la cuarentena la gente no desperdiciaba tiempo. Ahora lo cuidaba como si fuera el tesoro máspreciado. La gente ya no pasaba mucho tiempo fuera, ya no se preocupaba en tonterías. La hostilidad, la avaricia, la maldad, todas las emociones negativas habían desaparecido en su mayoría.

La esperanza existía, la humanidad ya no estaba tan perdida.

La cuarentena nos había salvado.

50. Aranza Quiroz Bravo - Chile:

Realidad

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual, por primera vez su hogar parecía un refugio reconfortante, el único lugar en el cual la vida parecía ser segura. Al ingresar a la ducha, el primer chorro de agua fría calmaba los tormentos de los recuerdos que no le permitían avanzar.

El reloj marcaba las nueve de la mañana y yo la esperaba al otro lado de la puerta del baño, rogando que no tuviese una crisis de angustia, como suele suceder al iniciar cada día.

El vapor del café me atrapa, y mientras lo observo detenidamente, recibo un abrazo inesperado. Su mirada esperanzada me asegura que está bien, y luego de cuatro meses puedo contemplar nuevamente esa sonrisa radiante de la que me enamoré. Sus manos ya no tiemblan al acercarse a mi cara, me besa, y puedo jurar que en ese momento la palabra libertad quedaba pequeña en comparación al inmenso sentimiento que invadía la habitación.

No intercambiamos ni una sola palabra, no fue necesario. Las gotas de agua se deslizaban por su cuerpo, de la misma forma en la que los miedos parecían alejarse de nosotras.

La pandemia alteró por completo nuestra vida, y después de tanto tiempo, hoy no volvíamos a la supuesta “normalidad”. Al contrario, hoy nos encontramos en un nuevo punto de partida, llamado realidad. Y ya no nos sentimos invencibles como antes, nos sentimos reales. Juntas.

51. Erica Echilley - Argentina:

Desde el balcón

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Las persianas de su cuarto parecían murmurar a sus espaldas que la depresión había llegado para quedarse.

No podía borrar esas imágenes de su mente, cuando veía su cama vacía al llegar del hospital no le asaltaban las ganas de zambullirse y abrazarse a la almohada, solo pensaba en salir corriendo, desinfectarla y traer un paciente más, como si aún fuese abril, como si aún luchase contra la desidia.

Sus ojos de repente se habían llenado de inviernos, el ruido de un respirador era la banda sonora de sus mañanas y su desayuno, casi siempre, olía a desinfectante. Aunque no estuviese allí, aunque hubiesen pasado ya cuatro meses.

Miles de retóricas le acompañaban cada tarde, mientras un zumbido en el pecho le recordaba que todo había terminado, pero que las heridas de guerra estaban tanto en su mente como en su cuerpo.

Una tarde de septiembre me llamó, filosofamos sobre lo que nos había dejado la cuarentena y le dije que estaba orgullosa, que no existía en el mundo nadie como ella, que pudiera ponerse en los zapatos del otro aunque fuesen tres números más grandes. La escuché reír. Ella era ese diez por ciento de la humanidad que me hubiera gustado que poblara el mundo.

A la mañana siguiente, los vecinos vieron como un ambo blanco se precipitaba desde su balcón.

52. Valentina Suleiman Abraham - Argentina:

Amistad de cuarentena

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Esta ducha fue de reflexión, Alicia no podía dejar de pensar en todo lo sucedido, le partía el alma recordar esos momentos de sufrimiento en los que tenía que ver a gente sufrir. Ella recordaba lo horrible que fue para ella pasar toda una cuarentena sola, fue una etapa difícil, hasta que llegó una persona que cambió su vida.

Alicia entraba en la edad de riesgo de este virus, lo cual no le permitía salir de su casa por nada en el mundo. Pero en todo esto, una luz llegó a su vida, María. Ella era una joven que vivía en su edificio que la ayudó a poder sobrevivir en esta pandemia sin salir ni siquiera un segundo a la calle. María la ayudaba con las compras y con la limpieza, y poco a poco se fue convirtiendo en una compañera de vida para Alicia.

Al terminar esta horrorosa situación, Alicia y María se convirtieron en una amistad inseparable, a pesar de la diferencia de edad.

53. Mauricio Alejandro Herrero - Argentina:

El karma del verdugo

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Aun sin desvestirse, entró a la tina con la carta en sus manos, debía estar listo para el reencuentro con su amada, por lo que dio un último vistazo al papel antes de concretar su expiación:

Para los sobrevivientes: Sepan que soy el verdugo, que sin salir de mi laboratorio, acabe con la vida de muchos, y sin intención, con la suya. No hay día en el que no me arrepienta, más el infierno que desate en tierra consumió su cuerpo, pero no su alma...

Ella no cesó sus visitas, aparece en sueños, tapando su cara, recordándome que debo enmendar mi error, alentándome a encontrar la paz, a dejar todo para poder reencontrarnos, y si mi vida es el requisito para reunirme con quien le dio sentido, estoy mas que dispuesto a pagar el precio, después de todo, fue por no escucharle que hoy no está...

Con la carta en sus manos y agua carmesí envolviéndole, abandonó la vida.

Despertó en un pasillo largo, con su amada casi inerte al final de este, usaba ropajes negros, y ocultaba su cara en un velo rojo. El se acercó a zancadas, mas al quitar el velo de su rostro, el pánico le consumió, por fin comprendió que lo que le esperaba no era su amada, sino la muerte, la muerte vestida de princesa.

54. Javier Velez Duran - Colombia:

La gravedad y el balcón melancólico

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Los abrazos fraternales y de apoyo se acabaron. Los besos se limitaban y después de saludarse con la mano se la limpiaban. Las reuniones se reemplazaron por videollamadas mientras el teletrabajo se volvía una costumbre. El contacto humano se extinguía ante las pantallas.

Sintió un ardor en su pecho que aumentaba con angustia por su tórax. Repentinamente Ella apareció en sus pensamientos.

Sentía que el cuerpo le pesaba más que antes. La gravedad emocional era más fuerte también. Ahora sus pensamientos se desviaban a todo tipo de situaciones que iban desde los problemas laborales hasta resolver relaciones de amistad pasadas, recordando remotos eventos incómodos.

Cada pensamiento y rememoración traía consigo una emoción diferente, alternando la tristeza con la valentía y el remordimiento con alguna sonrisa.

El ardor volvía y necesitaba detenerlo. Llevaba mucho tiempo sintiéndolo y se acrecentó en la cuarentena. Abstrayéndose de sus pensamientos volvió en sí en un balcón. Su vida era una rutina donde toda novedad con el tiempo se consumía en la cotidianidad. Se asomó mirando el vacío y la vio a Ella con claridad. Solo Ella calmaría su ardor. Cerró los ojos y cayó con una fuerza de gravedad aumentada chocando su cabeza contra el suelo de cemento. El violento golpe lo despertó nuevamente en el balcón mientras miraba al horizonte, pensando en el mundo afectuoso que nunca volvería.

55. Adrián López Guerrero - España:

El día que el virus nos cambió la vida

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Mientras me duchaba como siempre hacia antes de irme a trabajar, se me vino a la memoria los días que permanecimos encerrados en nuestras casas, parecíamos que estábamos en Auschwitz, todos reclusos y sin poder salir.

Meses y meses sin ver a mi familia, a mi abuela y a mi novia. La única solución era vernos a través de videollamadas, se me estaba haciendo duro no poder darle un beso a mi novia o abrazar a mi abuela.

El día que pudimos salir definitivamente todo había cambiado, veía como la gente se saludaba dándose la mano y no había ni un simple abrazo entre amigos. Mi abuela en cambio no me quiso dar dos besos por el hecho de que volviera a venir el virus y solamente me cogió la mano y me dijo: Me siento super orgullosa de volver a estar todos juntos. Tras finalizar la frase no pude contener las lagrimas porque toda mi familia y yo habíamos superado con fuerza el virus. Tras visitar a mi familia, me disponía a visitar a mi novia después de tres meses sin verla; y lo hicimos de la mejor manera posible en el restaurante que nos conocimos.

Cuando salgo de la ducha dispuesto a vestirme e ir camino del trabajo, se me vino a la mente que ya no somos las mismas personas.

56. Lorena Pérez Moreno - España:

Cuando pase la marea

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. La mitad de su tripulación había muerto en la isla de Lazzareto, y se le saltaba una lágrima al recordar los resoplidos de dolor y extenuación de sus marinos, remando de vuelta a casa sin una gota de energía. Un llanto desconsolado le sacó de sus pensamientos, seguido de una canción de cuna, que relajaba a todos los habitantes de la casa. Virginia entró canturreando como un milagro, estaba muy delgada, parecía que sus huesos cederían al andar, pero seguía en pie. Era una superviviente. Cogió la esponja y la pasó por su espalda. "¿Cuándo volverás a la mar? Gracia necesita pan y leche para hacerse fuerte" le susurro ella. El barco estaba resquebrajado, no tenía marinos, mercancía, dinero o patrón. No tenía respuesta, se limitó a abrazarla con fuerza como si eso pudiera llenar las carencias que la peste había dejado a su paso. Lloraron abrazados. Sabiendo que sería difícil hacerlo, pero lograría sobrevivir, como siempre. Al día siguiente Sauro reunió a sus hombre para rearmar el barco y levantar los ánimos. Irían paso a paso.

57. Sindi Agreda - Ecuador:

El mundo superó el virus, nunca el miedo

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Salió de la ducha, secó su cuerpo y siguió a vestirse. Era un día frío. Usó su bufanda preferida, una de tonos pastel que le regaló su amiga. Tenía algunos pendientes: pagos en el banco y compras de alimentos. Realizaba esto cada mes.

Se dirigió a una cajonera que tenía en la sala. Encima de esta, estaba una lista con las cosas necesarias para comprar; dentro de los cajones algunos papeles y facturas necesarios para el banco. Tuvo a mano sus documentos de identidad, tarjetas de crédito y su teléfono móvil.

Faltaban unos minutos para las 8 de la mañana, así que aprovechó para llamar a su mamá. Le dedicó 5 minutos, donde le preguntó por su bienestar. Los abrazos, los besos y los buenos deseos a distancia. Tomó en sus manos todo lo necesario para sus diligencias, caminó hacia la sala y se sentó frente a la computadora. Iniciando. "Su turno para el banco móvil es el 32. Por favor, espere."

Las calles aún siguen vacías. Nadie tuvo la confianza de salir nuevamente al mundo. Ella, al igual que los demás, conoció la infamia de la pueden ser capaz los humanos, el egoísmo. Prefirió quedarse en casa. No hay vecinos, no hay lugares de uso común. No hay familias, no hay amigos, no hay amor.

58. Javier Garrido Rosario - España:

La cuarentena nos prestó la libertad

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Prácticamente había olvidado qué se sentía al tocar la piel de otra persona. Su mente había borrado los aromas que seguían como estelas invisibles a las mujeres con las que tan solo unos meses atrás intimaba hasta su alcoba. Sus labios habían erradicado el sabor de ese beso de hasta mañana o ese gemido de ámame ahora. Ya nada era igual. Ya todo era diferente. La cuarentena había acabado. La enfermedad se había disipado. Pero de la misma manera que el miedo se esfuma ante los primeros rayos de sol, sabes que una nueva noche llegará para conquistar tu cordura y arrastrarte de nuevo a tus pesadillas. Por ese motivo, la cuarentena se había levantado, pero la reclusión dentro de nosotros mismos nos continuaba teniendo apresados.

Esta era la sociedad que la cuarentena nos había regalado. Una libertad apresada por el miedo a un retorno indeseado de la muerte y del enemigo invisible. Por ese motivo, después de cerrar el grifo de la ducha, cada día, nos vestimos con el traje aislante, nos encajamos el casco, con más odio que temor, y volvemos al exterior. Regresamos a esa libertad prestada como si la tuviésemos que devolver en breve, sabiendo que nunca más nuestras manos volverán a tocar otro cuerpo y, nunca jamás nuestro corazón volverá a sentir qué es amar.

59. Doménica Córdova Nájera - Ecuador:

A(r)marse en tiempo de cuarentena

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. La vida sonreía de manera distinta, el juego se torno un tanto oscuro y las personas aun mantenían ese metro de distancia con la paz. Fue una catarsis necesaria; llorar y gritar a los cuatro vientos de su cuarto, ahogarse en las olas del

tiempo y quemarse en sus pensamientos. Caer en un abismo y desarmarse, ser un rompecabezas con fichas faltantes, fichas ocultas por el irracional miedo al futuro, armarse de a poco cuando el sol la iluminaba y descansar sollozando cuando este se iba, extrañar los momentos, esos que tienen nombre y apellido, esos que dan un abrazo y te sacan una sonrisa. Los días pasaban, parecían ser los mismos, no había forma alguna de distinguirlos. Armarse era una misión casi imposible, el miedo crecía sin parar y el sol ya no iluminaba con tanta frecuencia. A pesar de toda adversidad, aprovechaba esos pequeños momentos de luz y los disfrutaba para reconstruirse, para darse cuenta que nunca estuvo completa, que las fichas las encontraría de a poco y eso estaba bien, el sol iluminaba espectacularmente. Un viaje inolvidable, un misterio envuelto en una enigmática verdad imposible de describir, encontrarse con ella misma y revelar que a veces el miedo no es tan malo como parece, tal vez sea esa enajenación dulce como una anestesia creada a partir del dolor para el dolor.

60. Irene Fernández Martínez - España:

Un partido inusual

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Pero dentro de ese “ya nada era igual”, seguía sin poder creer lo que le había pasado esa tarde.

Cuando se levantó por la mañana para ir al instituto, todo era normal. Como cualquier mañana de un estudiante de primero de Bachillerato. El día transcurrió normal. Clases, risas con sus amigos, la comida con su hermana y, a las cinco, entrenamiento de baloncesto.

Un día aparentemente normal hasta que llegó al polideportivo. Había un chico hablando con su entrenador. Un entrenador de baloncesto como todos nos imaginamos. Y eso no era lo más sorprendente. Lo más sorprendente era que allí había treinta sillas más. Quince ocupadas y quince vacías. Una para cada compañero de equipo. “Al parecer, esto del coronavirus ha despertado unas ansias de solidaridad y comprensión inusuales”. Aunque no era la primera vez que lo veía.

El entrenamiento empezó como cualquier otro. Correr, pases, canastas... Lo de siempre. Siguió un poco diferente, ya que tocaba aprender a utilizar las sillas. Y acabó con un partido de

baloncesto. Un partido que fue mucho más divertido de lo que esperaba y que no le había dejado indiferente. La cosa se complica cuando no puedes valerte por ti mismo al cien por cien. “No me puedo imaginar cómo habrá sido la cuarentena para ellos”, pensó antes de entrar en la ducha y abrir el grifo.

61. Theo Godoy - Argentina:

Dualidad Desoladora

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual desde ese terrible periodo, donde se vio obligado a interactuar con su compañero.

Prefería ser un ente solitario, vivía su vida como una película metafórica en blanco y negro; su compañero a diferencia, lo hacía como una realista y technicolor. Naturalmente discutían, siempre interiorizando sus conflictos. Entre ellos no hablaban, solo se entendían, eran análogos.

Mientras cenaban en el colorido departamento, tuvieron una última gran pelea sobre si dejar “Casablanca” o “El mago de oz”, se amenazaban diciendo macabras formas de acabar con sus vidas, pero no llegaban a tocarse, aunque lo desearan no podrían.

Rabiosamente se encerró en el baño monocromático (para su conveniencia) y abrió el grifo para impedir que escuchara sus pensamientos. Quería asesinarlo... volvió la impotencia de estar encerrado con su enemigo aquel periodo de insolación; Todo desbordaba... el roce de la cena había despertado su cólera; Estaba pensando demasiado... la habitación estaba inundada, sentía como lo insultaban a través de la puerta.

Desesperadamente agarró una toalla y se sumergió en la bañera aunque la habitación ya era como una inmensa pecera. Apoderado por su anhelo, se ató al grifo para no flotar y cerró los ojos.

Abriéndolos fuertemente debajo del agua vio en la bañera a su compañero, quien lo miraba desesperado tratando de nadar a la superficie.

Pero no podría, estaba fuertemente atado con una toalla al grifo.

62. Leonardo Oyarzún Velásquez - Chile:

La angustia de inexistir

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Acabó de ducharse y miró por la ventana. ¿Cómo podía haber un día tan hermoso y al mismo tiempo tanta gente sufriendo?

Se trataba de una extraña enfermedad que no tenía un nombre universal. Esta es capaz de deteriorar todos los sentidos de su portador, dejándolo inhabilitado. Pues el no tener sentidos es similar a no existir, decían.

Evitar aglomeraciones, bañarse constantemente, alejarse de la sociedad. En otras palabras: es quedarse encerrado y mirar por la ventana a ver cómo al vecino se lo comen las moscas en su zaguán.

Se prepara un cigarrillo, probablemente el último. Hace unas semanas había ayudado a la familia que vivía al frente a sacar el cuerpo del abuelo, la imagen no se le iba de la cabeza. El cuerpo estaba tibio, pálido y con cara de desesperación. Aún existían dudas de si los enfermos dejaban de pensar o estaban sumidos en una súbita oscuridad, desnudos y desesperados por una muerte rápida, ya cansados de sí mismos.

Cuando acabó su cigarrillo encendió la radio para distraerse y evitar la tristeza de sus recuerdos. No escuchaba nada del aparato. Cambiaba la frecuencia rápidamente, quería oír lo que sea, todos sus actos eran mera desesperación ciega e inocente. Se paró precipitadamente y echó un grito ahogado, nada salió de su boca más que saliva. Entre sollozos silenciosos aguardó su inexistencia.

63. Nora Mateo Elizalde - España:

Día tras día

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. O eso decían.

El agua caliente le abría los poros de la piel, y con ello buscó una excusa para vulnerar también sus lagrimales. Las gotas le encharcaban las heridas, y los moratones que comenzaban a disiparse le recordaban el terror al que se veía sometida.

Se envolvió en su toalla en cuanto pudo, maquillándose cualquier rastro de piel que pudiera delatar al culpable. Encubrir delitos llevaba siendo rutina desde hacía décadas. Los dedos arrugados se confundían con los párpados de una vida de agonía. Y aun así, el sentimiento se escurría latente bajo su piel. Una pasión tan profunda que llevaba fumigándola, más por dentro que por fuera, durante lo que ya parecía una eternidad. Por ello era que no le ponía fin. El amor que radica de la costumbre es, tal vez, el más peligroso de todos.

Fuera de su crisálida, todos aplaudían y sonreían a las 8 por la ventana. Ella también, pero buscando con la mirada una vía de escape; ella también, pero las palmas escocían. No más que al hombre que, a su lado, sonreía al resto del vecindario.

Seguía escuchando quejas a raíz del confinamiento, pero no se identificaba. A fin de cuentas, era prisionera de un amor que, día tras día, la destruía. Y, de vez en cuando, incluso agradecía las migas de pan a su carcelero.

64. Carolina Repila - Argentina:

Encerrada con la locura

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Millones de vidas afectadas, al igual que la suya. Observó las gotas cayendo sobre su cuerpo con cicatrices que sabía, eran inborrables - "...este virus maligno es la perfecta imitación de una gripe común".

Durante ese distanciamiento social, como escritora pensó que debería sentirse afortunada ya que tenía días interminables para escribir y bailar junto a su imaginación. Pero un día no sabe exactamente cuál, -había perdido la noción del tiempo- se sintió perdida, su inspiración voló lejos, no la encontraba y se creyó en depresión. Quemó sus escritos. Quería que terminaran en un mismo lugar donde se puedan hacer realidad, y luego reunirse con ellos, vivir esos sueños

plasmados en hojas viejas. Así que un día sin nombre ni número, ardió en llamas, se quemó en donde cenizas de papeles todavía reposaban débiles. ¿Se fue con ellos?

Despertó temblando, cuerpo cubierto en tinta, palabras ilegibles por brazos, piernas, cara. Manos chorreando sangre, muñecas con frases escritas con algún elemento filosófico. Hojas alrededor de ella, encerrándola, abrumándola. El fuego del hogar, apagado, sin rastros de cenizas.

Se escucha el ruido del televisor junto a la lluvia artificial -"...este virus maligno es la perfecta imitación de una gripe común, pero además, provoca alucinaciones, pérdida del control y por consiguiente, la muerte. China es el único país afectado por el momento." Silencio. De repente, todo es oscuridad.

65. Danilo Aguilar Aguirre - Ecuador:

Un corazón que se despide

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Las flores de su patio habían marchitado, el parque que siempre visitaba ya no se sentía igual. Había perdido a su amada, pero no por ninguna pandemia o virus, ella se alejó, quiso buscar calor en otros brazos y simplemente se alejó, sin decir adiós o hasta luego. El quedó ahí, con miles de abrazos y centenares de besos que le faltaron dar, se quedó con ganas de matar su pasión con ella y luego despertar con un café y un te amo. A pesar del dolor seguía yendo al parque de siempre, con la esperanza de volver a encontrarla, sabiendo que ya habían pasado cuatro meses, y los que aún faltaban por pasar por su vida. Los meses pasaban, otoño, invierno, primavera y verano, dolieron mucho, aunque pasaron tan rápido como en las cuatro estaciones de Vivaldi. Y ya pasó año y medio, aún seguía yendo al parque, pero sin esperanzas, hasta que un día de verano, vio esos inmensos ojos grises acercándose y esa sonrisa que a cualquiera hechizaba. Venía revoloteando su hermosa cabellera castaña, venía muy risueña, se reía, reía mucho, pero con alguien más. Fue entonces cuando, junto con su corazón hecho añicos, decidió no volver más a aquel parque, no mirar más sus fotos. Fue entonces cuando decidió que era momento de acabar con todo recuerdo. Y dijo adiós.

66. Fernando Pavón - Honduras:

Conflicto de intereses

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Salió del baño secándose el cabello, con la cabeza nublada y llena de pensamientos tristes. Se vistió y fue a la cocina por una taza de café. Mientras preparaba el desayuno escuchaba las noticias en la radio; habían muerto ya tres médicos especialistas que fueron contagiados del virus. Se sintió impotente ante la tragedia, pero también culpable. —"¿Qué medidas debemos tomar ahora? Estamos todos encerrados, ¡No sé qué más hacer!"— Se decía a sí mismo, tratando de pensar en un modo de combatir la epidemia. Los doctores le decían que la población debía seguir en cuarentena, pero el sector empresarial presionaba por suspender la cuarentena, amenazando con la suspensión de los contratos de muchos empleados. —"¿Salud o economía?"— se preguntó.

De tanto pensar, se le hizo tarde. Cuando miró el reloj eran las nueve y cuarto. Su chófer lo esperaba para llevarlo a una reunión con los dirigentes del sindicato del hospital nacional, pero cuando terminó de vestirse y se paró frente al espejo se estremeció. Le pareció haber visto un monstruo. Dos minutos después, un ruido ensordecedor asustó a su chófer y al guardaespaldas, quienes subieron rápidamente para ver qué estaba pasando.

Al día siguiente en las portadas de los diarios: «Presidente se Suicida en medio de crisis por la epidemia » .

67. Jhoselyn Terán Valencia - Ecuador:

Recuerdos

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Los pensamientos le venían a la mente de los primeros días cuando todos podían salir, al principio a la gente le dio miedo tener contacto social, continuaron con el uso constante de mascarillas, no se saludaban de beso y mucho menos con las manos. La economía del mundo cambió y hubo tantas muertes que el poder aceptar la realidad fue un momento casi utópico. Se pasó ese tiempo de encierro como en estado de guerra

y con el pasar de los meses se vio el instinto de supervivencia psicológica que las personas trataban de crear, espacios sociales en un medio digital, aunque también los gobiernos llegaron a vencerse en breves momentos hasta que cierto día una luz de esperanza le permitió a la gente adentrarse nuevamente en las ciudades y en el mundo que les rodeaba. Ahora todo es tan distinto, se recuerda aun los días donde se podía caminar y unirse entre personas libremente y sin problemas, las leyes no eran tan rigurosas como ahora y la apertura a los eventos sociales sin un distanciamiento eran posibles, las ciudades se amurallaron y el contacto entre ellas es plenamente digital, sin embargo se mantiene un leve distanciamiento social y la vida ahora es tan extraña que esos días del pasado son distantes, pero aun anhelo con volver a ver el mundo como era antes.

68. Orquidia Virginia Flores Muñoz - Venezuela:

La soledad

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Solo podía sentir el vacío de la casa, el sol Sevillano, aún entraba por las rejillas de puerta y ventanas, haciéndola sentir más sofocada, y acalorada, ansiando entrar a la ducha para sentir el agua refrescante sobre su cuerpo, y lograr olvidar el olor a hospital que la envolvía, así como, la soledad a su alrededor, necesitaba que el agua borraría los días en que a diario veía como cada uno de sus familiares desaparecían, saliendo solo con la bendición y la esperanza de regresar, acompañados por unos hombres vestidos como astronautas, que apenas veíamos sus caras detrás de la máscara que usaban.

Su hermana primero, quien durante días evitaba toser para que ningún vecino la escuchara y la señalara, pero era inevitable ver sus ojos enrojecidos de tanto aguantar sus ganas de toser, ver el sudor sobre su frente que empapaba su cabellera, nos angustiaba porque nada aplacaba los síntomas. Mami preparaba su tè de jengibre pero el efecto era nulo, solo quedaba, esperar lo peor. Verla salir, y decirnos “yo vuelvo”, esas palabras retumban en mi cabeza, mamá se derrumbo sobre la cama de la nena, fue lo peor, sabíamos que esa partida la mataría y así fue en pocos días, recibimos la noticia a Dalila la cremarian, y allí a la orilla de la cama, mamá también ese día moría.

69. Martín Rodríguez - Argentina:

La pérvida Albión

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Las lágrimas se mezclaban con el agua tibia que corría por su rostro, era imposible asimilar la pérdida.

El aislamiento por la cuarentena no fue problema, ella viajaba mucho. Después de cada viaje, él la esperaba con una cena, en la que no faltaba detalle. Todo su amor quedaba plasmado en esa simple mesa de vidrio redonda, unas fresias recién cortadas, sin importar qué época del año fuera. Ella nunca supo como las conseguía. Una botella de vino tinto Malbec, obviamente porque a ella le encantaba, él, siempre prefirió el Cabernet Sauvignon. El banquete era siempre una sorpresa, lo único del ritual que ella no sabía. Pero este viaje fue diferente, más allá de la cuarentena y el aislamiento. Ella nunca volvió.

La extrañaba. Tanto, que no podía olvidarla. Tomó el primer buque rumbo a Inglaterra, pensando lo peor. Llegó a Poole, se dirigió al hospital, que todavía tenía secuelas de la pandemia. No figuraba en la lista de fallecidos.

Extraviado, apesadumbrado, caminando por la calle, la vio... Allí estaba, hermosa y radiante como la recordaba. Dio unos pasos hacia ella, pero una voz gruesa detuvo su andar... "Vamos mi amor". No le hablaban a él precisamente. Ella sin titubear un segundo, olió unas fresias y apuró el paso.

Ya el agua no sale tibia. Cerró el grifo. Pero sus ojos aún siguen mojados.

70. Paloma Rueda Roper - Argentina:

Un resquicio de humanidad

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Se quitó la ropa y observó su rostro en el espejo del baño. Sus ojos hundidos en unas oscuras ojeras, recordaban el cansancio acumulado. La vida que conocía hasta el día en que se desató la catástrofe, cambió. Andrea había sido enfermera, estuvo al pie del cañón desde el primer momento y recuerda el día que comenzó todo como si fuera ayer.

Era miércoles y, aunque no trabajaba esa mañana, madrugó igualmente, fue a la ducha y tras salir, se dirigió a la cocina a desayunar mientras escuchaba las noticias. Hacía unos meses que

un nuevo virus comenzó a expandirse por el mundo y en España llevaba unas semanas atacando. El número de contagiados aumentaba cada día, y Madrid, su ciudad, era uno de los focos principales. “Todo pasará, como siempre”, pensaba de forma recurrente, pero esta vez fue distinto. Comenzaron los días de angustia sin descanso, sin materiales, sin protección. Comenzaron días de muerte por doquier, y todo se volvió oscuro.

No hubo forma de controlar el virus, no hallaron vacuna. Los negocios quebraron y la gente asaltó las tiendas. El crimen reinaba en la calle. El fin de la cuarentena decretó un “sálvese quien pueda”. La película de ciencia ficción se hizo realidad. Andrea cerró el grifo y salió a la calle dispuesta a encontrar un resquicio de humanidad.

71. Florencia Magalí Pagnucco - Argentina:

El diván

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual y como desde ese entonces el agua no corría por la cañería , aunque el sudor brotaba de su piel, el aire acondicionado no funcionaba en pleno verano, la comida era escasa y el destino estaba echado, pero de algo era consiente , la suerte estaba de su lado. El cómo unos pocos había sobrevivido , aunque la sonrisa no saliera de su rostro él lo sabía ,quizás un empezar de cero sin sistema ni personas lo mejoraría. Su deber era hacerse cargo ,crear un equilibrio , ayudando a todos por igual y no dar vueltas en círculos.

"Padre", recordaba el, todo el esfuerzo hecho en vano , una empresa fundada quedando en el vaivén de una sociedad derribada, saqueos , personas malvadas , contagiaron al resto como animales solo por una paga.

Si, el mundo se acababa , daba miedo , aunque la idea de ser un líder comenzaba a gustarle. Desde chico soñaba con ser comandante pero eso lo veía imposible, el amaba a la gente pero la corrupción era irrompible. En esto vio la esperanza de arrancar algo nuevo, estrecho e incompatible , con leyes y normas ,pero el amor siendo lo más firme , el sueño crecía y crecía ¡ring! Sesión terminada, ya te tengo agendado para la próxima semana.

72. Nerea Erdozain Toribio - España:

El virus inmortal

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. El temor y la desconfianza se esparcieron más rápido que el Covid-19 creando una nueva pandemia maligna y estúpida, en el que el propio infectado no sabía que lo estaba. Se comportaban como autómatas programados para vivir en una sociedad en la que el miedo y las mentiras se apoderaron lentamente del pensamiento. El propio caos que ellos mismos crearon les volvió ignorantes e hizo olvidarlos de su propio espanto, haciéndoles caer en una rutina de compras excesivas, saludos a distancia y aplausos a las ocho. Este virus tan silencioso y malvado se refugió en la estupidez humana y fue cogiendo fuerza mientras ésta se difundía. Los infectados, los cuales sentían que vivían en una rutina feliz, vivían en una pesadilla que ellos mismos habían creado huyendo de un virus ficticio que supuestamente se encontraba en las calles, lo cual era mentira. Los inmunes con esta pandemia tan silenciosa y letal no tuvieron más opción que acomodarse a la nueva situación, porque aun sabiendo la cura no podían despertar a los infectados ni hacerles ver que estaban enfermos. Este virus se había dispersado como el vaho en el baño. Él sabía que un chorro de agua fría acabaría con el vaho, pero el agua caliente le hacía sentir bien y cayó en los síntomas del virus más dañino y malicioso de la humanidad.

73. Paula Viñas Romar - España:

No fuimos unos genocidas (o no en un principio...)

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Desde el baño miró su cama, deshecha solo por un lado, sonrió. Después se acordó que me había llevado a mucha gente, pero le daba igual, al fin y al cabo el MUNDO ENTERO me lo había suplicado. Ella me estaba llamando a gritos, y no solo ella... Nuestro hermano mayor primero y después nosotros... acudimos lo más rápido que pudimos. Es gracioso a dónde habían llegado ¡EH!, y su forma de contar la historia... dios, ¡ESTABAIIS LLEVANDO EL MUNDO A LA MIERDA! ¿QUÉ EH? Cuando os toca a vosotros son todo quejas... ¡PUTO MICROCOSMOS CREARON LOS MUY...! que conste que ella me cae bien y otros tantos también, la sigo observando y el espejo ya no refleja sus heridas. PUES SÍ, CLARO QUE SÍ, solo hicimos lo correcto. Nos llevamos a la gente que se lo merecía, en un principio, luego a mis hermanos se les subió el poder, y claro...

se nos fue un poco de las manos. PERO ahora que ella es inmune y me tiene a mí para protegerla de los CERD..., JÁ... Tranquila Amanda, tú ya no estás sola y recuerda, nuestro propio mundo tiene defensas. Y espero que ya nada sea igual como tú piensas preciosa mía, porque si continúa todo igual, lo que hicimos no valió para nada. ¡AY! ¡RESPIRASTE POR FIN TIERRA MÍA!

74. Xandra Martínez de Alegría Damián - España:

Una más en la lista

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Estaba completamente sola, ella, que había prometido por activa y pasiva a su madre que nunca le dejaría y, qué irónico el destino, había sido su madre quien le había dejado sola entre esas cuatro paredes.

Aún recordaba los primeros días del confinamiento cuando hablaban en la televisión de los peligros de esa enfermedad que tenía encerrada en sus casas a toda una población, sabía que su madre entraba en la lista de “personas de riesgo”, siempre lo había sido, pero ahora era más vulnerable que nunca.

Su madre siempre fue una prioridad en su ajetreada agenda, pero no la más importante en muchas ocasiones. Era capaz de pasar días de bar en bar y de cama en cama, hasta que le atormentaba la culpabilidad y volvía a casa.

La cuarentena era su oportunidad, de lamentar y resarcir sus errores, pero principalmente de compartir no solo espacio, sino tiempo con su madre. Sin embargo, una semana de encierro fue suficiente para pasar de la lista de “personas de riesgo” a la lista negra de “personas fallecidas por el Covid-19”.

Una enfermedad les unió y otra les separó.

75. Naomi González González - España:

Mi caja de pandora

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Después de dos años pesados de recuperación, su espejo volvía a ser el agua del váter. Salir del abismo no le fue fácil, pero verse caer fue crítico. Cuando acababa, levantaba las rodillas del suelo, se secaba las lágrimas y se lavaba los dientes evitando el espejo. La estabilidad se había acabado y la mentira volvía a gobernar su mundo. ¿Cómo hacerlo sin que la persona que aguarda en el salón se entere? Es fácil, cuestión de práctica; lo difícil es intentar mantener la felicidad habitual cuando solo quieres gritar de impotencia y sentarte a llorar en cualquier rincón. Mientras, la mentira sigue, como su vida, pero cada vez con menos luz, con menos vida. Estaba volviendo a matarse ella misma porque lo que le ayudaba, se lo quitó un virus que la dejó encerrada. Y ahora, en la ducha, pensaba que cuando todo el mundo volvía a abrazarse y besarse, a ella no le servían los brazos de nadie porque ya era tarde. Como la última vez, el día menos pensado volvería a sacar fuerzas para ayudarse sola, sin pedir ayuda. Porque la ayuda que le ofrecían la hacía sentir una desequilibrada sin criterio, sin voz. Y ella quería hablar y decir que su terapia empezaba por seguir sus propias reglas. En este universo personal, las reglas de otros te hunden aún más.

76. Daniel Cabo Vázquez - España:

Carla

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. El agua, caliente y placentera, caía por encima de Carla mientras cerraba los ojos y recordaba su vida antes de la llegada del virus.

Estaba tan acostumbrada a caminar con la enfermedad de la mano que se le había olvidado quién era de verdad. La chica brillante, agradable e inteligente había construido una apariencia que no le correspondía por pánico al dolor que el mundo podía ocasionarle.

Se aferró a momentos de alivio pasajero y a un cuerpo de alfiler para olvidarse de lo realmente importante: ella.

Su evasión constante era tan insostenible como dolorosa. Estaba atrapada en una realidad que muy poca gente puede soportar. Los humanos somos tan extraños que, a veces, necesitamos una pandemia mundial para darnos cuenta de ciertas cosas.

Carla vio su propio reflejo en aquel confinamiento. Llevaba años encerrada, le aterraba más su cárcel interna que no poder salir a la calle. “Algún día todo volverá a la normalidad y no sé si conseguiré sentirme libre”, pensaba.

Cuando todo terminó, Carla decidió dar un giro de 360 grados, combatiendo a sus demonios y aprendiendo a vivir sin miedo.

Por fin, la bulimia dejó paso a la felicidad.

Salió de la ducha, se miró en el espejo y esbozó una sonrisa de verdadera salud, de esas que quieren comerse el mundo.

¡Y vaya si lo hizo!

77. María del Mar Casado Rodríguez - España:

Cuatro, tres, dos, uno, ...

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual, pero pese a ello no podía permitirse el lujo de dejar sus quehaceres y ponerse a pensar en su ubicación, en su existencia o en su vida.

Con el traje impecable salió hacia la oficina y en el pequeño ascensor volvió a escuchar su risa, aquel sonido tan dulce para algunos, aunque aterrador para sus conocidos.

Trabajo, compra y casa. Trabajo, compra y casa. Trabajo, compra y ... Vuelta a escucharla en cada pequeño detalle de su sencilla vida. Era ensordecedor, a la par que melancólico, mas si fue dicha persona la causante de su muerte, feliz recuerdo no podría ser.

Día tras día era fustigada por no haber podido evitarlo, pero si recreamos el momento, ¿qué más podría haber hecho? La sacó de su horrible hogar para darla otra vida y en su lugar se la arrebataron.

La travesía a Nuevo Mundo concluyó en cuanto se la llevaron a la fuerza ya que creían que era la causante de tal desgracia, desgracia que ni ella misma conocía, por el mero hecho de ser solo una niña.

Cuatro meses de dolor, tres años encerrados, dos personas separadas y un sino despiadado.

78. Maikel Solorzano - Ecuador:

Tulipanes en el sótano

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Salió rumbo al trabajo, las oficinas lo esperaban para su largo y extenuante día.

La cuarentena había dejado secuelas en él, pues tras ser una persona claustrofóbica el encierro lo tenía trastornado, trastornos con los cuales seguía viviendo. Sabía exactamente que le acosaba la mente, pues no había noche, hora, minuto ni segundo que no se repitiera el mantra “todo está bien, lo peor ya pasó.”

Saliendo del trabajo compró esos panes de chocolate que a sus hijos tanto le gustaban, llevó también consigo los tulipanes que a su esposa le encantaban pues eran las únicas flores a las no era alérgica. Tomó el pomo de la puerta y la abrió lentamente, no quería ser escuchado pues quería darles una sorpresa.

La sorpresa fue suya pues un hedor putrefacto inundaba toda la casa, llamó pero nadie le contestó, habrán salido y aun no vuelve pensó para sí. Sacó la basura de donde creyó provenía el olor, regresó y la misma pestilencia seguía propagándose las paredes de su hogar.

Siguió por instinto su olfato, la puerta del sótano estaba abierta, y la pestilencia venía de ahí, bajó los escalones uno por uno, y justo al pie de estas vio sin vida los cuerpos de su familia, recordó entonces como los había asesinado uno por uno pues la cuarentena había acabado con su cordura y familia.

79. Karen Cherrez Gordon - Ecuador:

Al borde del abismo

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual, todo había cambiado, incluso ella. Ese día volvió al borde del abismo, al mismo que meses atrás había visitado, recuerdo claramente haberla visto, se encontraba justo entre esa delgada línea que separa la cordura y locura, de quedarse o lanzarse a él, te llamo en la madrugada admitiendo que fue una mentirosa, porque algo era seguro, ella si podía vivir sin ti, pero no queria hacerlo. Tú respondiste “hablamos otro día”, ella creyó en ti y juro que te espero, justo en el borde de ese abismo convencida que

regresarías un Jueves, pero entonces “otro día “ pudo ver cómo la distancia abruptamente los separó , lastima que nunca mencionaste que esa distancia tenía cabello largo y usaba tacones .Del abismo huyó al limbo , con las alas rotas y el corazón sangrando.Hasta que la vida le obligó a estar encerrada consigo misma ,y pudo ver la jaula que ella mismo había creado , ¿A donde huir? Si por más que corriese estaría en si misma... El tiempo pasó y ella ocurrió , por fin luego de 20 años por fin se conoció a sí misma y se amo tanto como siempre quiso ser amada , se lanzó a su propio abismo alzó sus alas y voló , entonces supo que era el único lugar sin retorno al cual pertenecía.

80. Roque Portela Pinal - España:

Una forma de ser

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Ya no sabía cómo recomponer su vida. Cada día era más apagado que el anterior, le drenaba un poco más de energía. Le crecían las ojeras. Le salieron arrugas nuevas. Sus entradas crecieron. Incluso su gato parecía hacerle menos caso a medida que el tiempo pasaba. Vio su cuerpo desnudo, el agua corriendo desde sus hombros a sus pies, y se dio pena.

Pero todos esos pensamientos palidecían cuando su mente vagaba en el futuro en que la tempestad amainase y todo siguiese su curso natural. Un pavor sobrecogedor imbuía su cuerpo, proporcionándole una angustiada sensación de desasosiego. ¿Y si la razón de su malestar no era el confinamiento? ¿Y si, tras la cuarentena, era el único que no sería capaz de ser feliz? De repente pensó en toda la gente que se sentía miserable tras haber ganado la lotería. Eran miserables, pero con más dinero. Él era miserable, encerrado o libre, con cuarentena o sin ella, simplemente porque no conocía otra forma para ser.

81. Paula Gurbindo Pérez - España:

El jardín de las delicias de Victoria

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Un escalofrío recorrió su columna. Victoria se miró en el espejo, y se metió en la ducha. Lo que permanecía inmutable era esa sensación de

calma y paz que el agua le transmitía al bajar desde su cabeza a sus pies. Puede que estuviera 10 minutos bajo la alcachofa, pero en su mente equivalían a una hora. Al salir de la ducha se vistió y puso rumbo al trabajo.

Antes, Victoria trabajaba en una consultoría en Madrid, pero durante el confinamiento se dio cuenta de que su pasión eran las flores. Ahora, caminaba por las calles adoquinadas de Albarracín mientras se dirigía a su pequeña floristería. Era un local modesto, pero la cantidad de flores que allí había lo convertían en un pequeño jardín secreto entre yeso rojizo y murallas medievales. Al acabar de colocar la tienda, Victoria se dio cuenta que aún quedaban 10 minutos para las diez. Dejó la puerta entreabierta, y se sentó tras su escritorio. Cogió papel y boli y escribió:

Querido F,

Hoy he recibido unos lirios que me han recordado a ti.

Son bellos, elegantes y destacan entre el resto de flores.

Espero que vengas pronto a visitarme. Planté unas amapolas en el jardín de casa, seguro que te gustan...

En ese momento la puerta se abrió. Alguien había entrado en “El jardín de las delicias” de Victoria.

82. Patricia Esquiliche Amaya - España:

Ya nada era igual

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Dejó correr el agua tibia por su cuerpo mientras cerraba los ojos para recordar. No sabe muy bien porqué los cerraba, no era necesario, probablemente sería por la costumbre de hacerlo. Al volver la vista atrás...”la vista” ... ¡qué ironía!... recordaba los atardeceres. Siempre le habían gustado.

Ahora, sin embargo, era demasiado tarde, todo ocurrió tan deprisa, el confinamiento, la imposibilidad de salir, de buscar un médico. El día que levantaron la cuarentena lo recordaba como si fuera ayer, un ir y venir de hospital en hospital, una carrera a contrarreloj para intentar solucionarlo...todo en vano.

El agua resbalaba por su espalda, sus piernas, las sentía tan vivas, todo ahora era tacto, olfato, gusto... ya nada era igual.

"La cuarentena", maldita palabra, ojalá se hubiese operado antes, ojalá nunca hubiese existido el maldito virus. Los hospitales se colapsaron, no hacían otra cosa que intentar salvar vidas por la pandemia, nadie se preocupaba de otra cosa.

Un día tras otro, el tiempo pasaba, y todo iba cada vez peor. Pero nunca perdió la esperanza, recorrió todos los médicos del país. Ya habían pasado cuatro meses desde entonces, -demasiado tarde, dijeron. Ya nada sería igual.

Cerró el grifo de la ducha, a tientas, buscó su albornoz, se secó e intentó vestirse, cada vez tardaba un poquito menos. ¿Algún día me acostumbraré a la ceguera?, pensó.

83. Mateo Piaggio Gaiero - Uruguay:

La dimensión de la pecera

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

El tamaño de un pez lo dimensiona su pecera. Sus protuberancias podían ser alegato de su autoconcebida grandeza, pero no es como si alguien logre englobarse y definirse al respecto. Sin embargo, cuando tuvo que quedarse en los límites de su casa, ella fue consciente que se iba achicando.

El agua caía fina y refinada. El agua verde sucia en su bañera. Sólo, por el momento, aleteando entre sus piernas, un pececito; ella como un pez gordo hizo un ajuste de cuentas. Discutió y discutió con su esposo, hasta que las espinas a su piel se fueron rezagando. Recibió respeto de respuesta por rezongó por desorden a sus niños, y acordó la rendición de cierto orden entre sinceridades, sonrisas y pan mojado en vino. Chocó y chocó contra la puerta, cubierta por posters de K-Pop del otro lado, hasta que encontró el canal para hablar con su hija.

Sus miedos prominentes de cúspides vafosas no se condensaron, y todos se quedaron. Su esposo se quedó. No era como si se hubiera podido ir en ese entonces; ja, ja. Pero no irse no es lo mismo que quedarse.

Dejó que el agua le mojara la cabeza... «¡Ah!». Hoy no tenía planeado lavarse el pelo.

84. Danney Evans - Chile:

La verdadera oscuridad

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Todo el mundo había dejado su humanidad de lado, el hecho de no socializar durante un buen tiempo había destrozado sentimentalmente a las personas.

Él pasaba la mayor parte del tiempo solo, la cuarentena no le había afectado tanto, sabía controlarlo. Salió de su casa y vió sombras de personas, trató de mirarlos detenidamente, algo en sus caras parecía no estar bien, ojos idos, cuerpo tambaleantes y manos temblorosas.

Él se alejaba de las personas cada vez que pasaban por su lado, tenía un poco de miedo, tenía pensamientos algo extraños. Siguió su camino y dobló por una calle poca iluminada, en el callejón que le seguía habían unas personas murmurando. Con temor siguió adelante, al acercarse sus pasos se volvían pesados y el escalofrío en su espalda era cada vez mayor. Al fin llegó al punto donde las personas estaban. Se asombró al ver lo que estaba frente a sus ojos. No eran personas, eran unos seres extraños, seres de manos alargadas y espalda encorvadas, con la piel carcomida y unos enormes dientes.

Quedó perplejo por unos segundos, pero el temor se fué, los miró fijamente a los ojos y les dijo: “Que bueno que estén aquí, realmente temía por mi vida al pensar que eran humanos, mezclarme con la gente en esta cuarentena hizo darme cuenta que los verdaderos monstruos son ellos”.

85. Verónica Montaña Cañete - España:

Lo único que le queda

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Sacudió la cabeza, intentando frenar los recuerdos que le venían a la mente, fue imposible, últimamente vivía en su memoria.

Recordó que a ella aún le faltaban cinco días para cumplir los cuatro meses de cuarentena. Podría haber vuelto antes pero la verdad es, que a pesar de la situación, no quería volverse. Sabe que tuvo suerte al comprar aquel vuelo en el último momento. El viaje más raro de su vida. Desde que subió al autobús que la llevaba al aeropuerto sintió mil ojos clavados en su espalda, juzgándola como posible infectada, juzgándola por no llevar mascarilla como ellos.

Volvió a sacudir la cabeza, en vano, mientras se enjabonaba. Los últimos días fueron caóticos. Ahora le hace gracia, estaba buscando unas cortinas para su habitación cuando la despidieron, tres días después hacía las maletas. Nadie quiso aceptarlo hasta que no quedó otra opción, piensa.

Se quitó el jabón, sacudió la cabeza una vez más, y se acordó de su última noche en aquella casa. Durmió con Spiro, fue una bonita despedida. Ahora hablan todos los días, hace que las horas pasen más rápido. Como apenas se conocen tienen mucho que contarse.

Últimamente vive en su memoria y se alimenta de sueños, de ojaldas, y de “cuando todo esto acabe...”. La inercia es lo único que la obliga a seguir yendo hacia delante.

86. Cristina Mota Capilla - España:

Trance

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado 4 meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

La luz que entraba por la ventana parecía diferente y sus pensamientos divagaban lentamente entre esos días y los presentes. Su mente estaba sumida en una especie de desairado trance y su cerebro procesaba información que, sin saberlo, pertenecía a otra frecuencia, a una nueva energía.

Cada día se escuchaban demasiadas cosas en los medios de comunicación. El caos parecía haberse apoderado del mundo entero, sin embargo, algunos resistían sabiéndose capaces de sobrellevar todos aquellos acontecimientos.

Ella, en cambio, intuía que todo aquello era verdad aunque el gobierno se mantuviera firme en negar lo que ya no podía sostenerse más, un nuevo mundo se abría.

Seres venidos de otros planetas, animales y criaturas mágicas no vistas durante siglos campando de repente a sus anchas por los bosques. Sonidos estridentes en los cielos de todo el planeta. La tierra empezaba a abrirse por el continente asiático y el planeta empezaba a mostrar lo que durante tanto tiempo permaneció oculto, la tierra olvidada. Aquella tierra que la nasa había borrado de los satélites ocultando todos aquellos seres que permanecían atrincherados allí.

Le tocaba despertar y ahí comprendió que el viejo mundo simplemente había sido un sueño.

87. Ruth Salas Murillo - Costa Rica:

Risas por vez primera

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. No sabía exactamente como, pero si sabía que este amenazante virus había logrado, no arrebatarse de todo, sino salvar su vida, su mente. Porque los gritos de su familia se habían convertido en risas. Nunca habían sido un clan unido, pero de alguna forma, el distanciamiento social les había convertido en seres menos distantes. Verse en la obligación de estar dentro de las mismas cuatro paredes por tanto tiempo, les había dado la oportunidad de encontrarse de nuevo, o más bien, de descubrir que querían forjar una buena relación, no forzarla. Definitivamente ya nada era igual. Ya ni siquiera lograba recordar cómo era su hogar sin las discusiones, sin los regaños, sin los portazos y el irse a dormir sin despedirse y sin un “buenas noches”, todo por los enojos severos y desafiantes; ya no recordaba cómo era su hogar cuando era solo una casa.

Por eso, cuando cerró el grifo de la ducha se dio cuenta, que sus horas bajo el agua habían dejado de ser un espacio de distracción y escape necesario, para ser algo que se olvidaba de hacer en días, porque ya no sentía la urgencia de salir huyendo del desastre hacia un espacio de calma; porque su familia, de repente, recordó el concepto, y la sensación, de calma.

88. Georgina De Dominici - Argentina:

La paz de Tina

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual para Tina, no se trataba de la reciente mudanza ni tampoco de su nuevo amor, Lucas; esto iba mucho más allá de la variabilidad de su vida, en ese pequeño instante la invadió la nostalgia, sintió el olor a comida preparada con la calidad humana que la destacaba a Ella, su abuela Rita; sonrió saboreando sus recetas fallidas y despidió una lagrima por el recuerdo de los que no estaban; extrañó profundamente los días enteros jugando a ser protagonistas del mejor cuento, donde la unión era imprescindible para olvidar un poco el caos mundial y la muerte como invitada principal. Al salir de la ducha, repleta de gotas, que quizá no eran precisamente del agua de la ducha; Lucas la abrazó, nunca se iba sin despedirse y al verlo caminar, a lo lejos, Tina le preguntó -¿Será que algún día volvamos a reunirnos todos sin necesidad del miedo a perder?- con un tono elevado, casi gritando. Lucas volvió, le apretó fuerte las manos y la llevó al balcón -¿Lo olvidaste?-le dijo al oído mientras miraban el paisaje; Tina se quedó pensando y sin entender preguntó- ¿Qué olvidé?- Fue entonces cuando Lucas tomó su abrigo y antes de irse le dijo- Aun estando distanciados podemos sentirnos juntos, tu familia está acá, más allá de la distancia. Tina se envolvió en paz.

89. Laureano Müller - Argentina:

Culpa

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual, el consumo de agua estaba regulado, por lo que su ducha de cinco minutos, le recordaba lo afortunada que era, pero no le quitaba la sensación de culpa. Porque ella? Porque había sobrevivido? Porque no podía parar de cuestionárselo?

El pitido de la tetera la trajo nuevamente a la realidad, solo para hacerle notar que ya no tenía café, y no lo tendría hasta el próximo martes. El día habilitado para comprar “productos alimenticios NO necesario” calificación que le devolvía ese sentimiento de culpa.

Observo el reloj colgado en la pared, al escuchar el vuelo de los aviones fumigadores, ahora debería esperar media hora para poder salir. No soportaba el aroma de la “bruma de control de reactivación del virus”, no era tóxica ni nada parecido, pero su olor no era para nada agradable y últimamente el vómito se le daba fácilmente.

Miró nuevamente el reloj mientras tomaba el último sorbo de té, habían pasado treinta y cinco minutos, al igual que la primera vez, evitó observar la foto familiar que colgaba del mismo muro. Ya nada era igual...

Busco una chaqueta, pero ninguna le quedaba, su incipiente vientre le impedía prendérselas, se sintió frustrada y quiso llorar, pero se contuvo. Tomó una campera de su pareja y se la colocó, sintió como si él la abrazara, y sonrió mientras secaba sus lágrimas...

90. Nicolás Fernández - Colombia:

Justo el huidizo

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. El agua que con intermitencias risibles salía de la ducha, era el símbolo claro de la escasez, de lo desértico que permaneció por mucho. Y es que Justo Tortú ya llevaba tres meses sin pagar la renta. No había de donde. Después de pedir un tiempo más al banco por los atrasos, decidió salir a pedir prestado dinero en algún lugar, en alguna esquina, a toda costa. Débilmente, solitario, sin familia, en tierras extranjeras, con una desnutrición apenas manejable se enfrentó nuevamente a la calle. Caminó, caminó; irónicamente sus pasos enlentecieron. De sus zapatillas salieron raíces que paulatinamente se fueron adhiriendo a las aceras. Cuando se dio por enterado, ya no podía regresar, ya no podía avanzar. Amigo, le dice un vagabundo dignamente, guarda la calma, el camino es largo.

Su debilidad, su pasado que nunca lo perdonó, sus errores crasos, zascandil irresponsable, su fe quebradiza y la disciplina mental que nunca tuvo, fueron las causales para que la calle lo abrazara gentilmente. Ahora deambula entre nostalgias, melancolías difusas y una pena implacable. Perdió su cuerpo. Su espíritu se fue a las Pléyades. La cuarentena se levantó pero él bajó. Le quedan tres años de padecimientos. Él va a ser mi padre... debo regresar. La máquina se va a descargar. Adiós, amigo. Guarda la calma desde tu mente. El camino es largo.

91. Aldo Javier Galeano Alfonso - Paraguay:

Mate frío

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Y siempre lo recordaba por el agua caliente,

ahora la tenía todas las mañanas, incluso después de las 8. Vivía en uno de esos edificios, que por viejos o por ideas del dueño, tenía solo un calentador de agua por cada dos apartamentos, y ella compartía el suyo con las habitaciones de arriba. Agarra la toalla con el noticiero de fondo, hace poco decidió dejar la televisión en el canal de los presentadores que nunca supo bancar. En realidad no sabía de qué estaba hecho su techo, pero era fácil escuchar cada susurro que venía de arriba, como por ejemplo, dos personas hablando cada mañana, una se quejaba de que mate estaba caliente, se oían como se reían de los mismos chistes malos, de si le faltaban sal a los huevos o como uno no debía ni ver la sal. Un día el diariero ya no vino, se turnaban para leer la crítica de la obra de los martes, en otra tarde alguien empezó a toser, poco después se escuchaba una tos distinta a la primera. ¿Cuántas clases de tos hay?. Luego solo paso, un par de golpes, el edificio no sintió nunca nada igual, la sirena de la ambulancia, paramédico discutiendo y el sonido del motor disminuyendo al alejarse por la calle 19. Ahora a nadie le quema el mate.

92. Sara Bordagaray - Argentina:

La nueva normalidad

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Recordaba con vergüenza el momento en el que bromeó sobre el distanciamiento social y deseó que éste se volviera obligatorio solo para no sentirse la única que no vivía bajo los estándares sociales del éxito. Su monótona rutina le había hecho querer que el mundo se detenga a la par de ella solo para estar un poco más acompañada en su solitaria existencia. Ahora que la gente ya podía volver a la normalidad, ésta ya había cambiado su forma de una manera permanente. La gente seguía viviendo alerta y bajo una amenaza constante. Las reuniones sociales no estaban prohibidas, pero todos priorizaban su seguridad a un abrazo o un mate con amigos. Parecía que todos habían olvidado las costumbres de convivencia, se veían más aislados que nunca. Tal vez el distanciarse de otros le dio a las personas una probada de soledad a la que ya no podían desacostumbrarse aunque cada día desearan que la normalidad sea la de antes. Antes... ese lugar se veía tan lejano, como si hubiera sucedido en otra línea temporal . Cerró el grifo, se envolvió con la toalla y ,por un segundo, la idea de sentirse sola en el mundo como antes del caos le pareció mejor que la vida en un mundo que se sentía solo.

93. Camila Agüero - Argentina:

La soledad, ella y yo

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Su propio reflejo en el espejo cada vez más empañado se lo confirmaba en la mirada trémula que apenas podía devolverle. A veces ni siquiera Nina podía reconocerse, pero la noción de una percepción ajena de sí misma la había ayudado a no sentirse sola en las peores noches eternas.

Al menos había otra Nina acompañándola, una que diariamente la despertaba de sus ensimismamientos y la guiaba, como en esos instantes, a colocar un pie bajo el agua casi hirviendo, luego otro. A dejarse acariciar la piel por las gotas, las dulces y las saladas también. Cerrar los párpados y fundirse poco a poco, como un secreto bien guardado de a dos, en el pasado.

“¿Qué ha cambiado precisamente?”, preguntó una Nina.

“Las presencias, quizás”, respondió la otra. Curioso término. Una ausencia podía pesar aún más que su hermana opuesta.

El roce helado de los azulejos en su espalda la estremeció y obligó a sentarse en el piso inundado.

“No desgastes los recuerdos, no aún”, le advirtió.

Quiso recordarle que todo había terminado, pero Nina no se encontraba, ¿había vuelto al espejo? El estrepitoso sonido de una sirena al pasar la devolvió al resguardo de su baño, abrazándose con fuerza. El agua se tornó fría o quizás su cuerpo repelió todo calor, porque lo supo en ese instante.

“No, Nina, aún no ha terminado”.

94. Sandra Dias Guedes - España:

El éxito de la libertad

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. De hecho, estaba peor que antes de ella. La solidaridad y el compañerismo que habían unido a las personas durante la peor fase resultaban falsos. Al menos eso pensaba Malina mientras se apartaba a un lado del diminuto plato de ducha dejando escurrir el agua naranja férreo de los primeros chorros antes de que se tornara transparente de nuevo, aunque no del todo.

Pensaba que el virus había fallado, que, quizá, su principal era exterminar parte de la humanidad, tal como reconocieron finalmente en los noticiarios, pero lo que estaba claro es que habían fracasado. Sin embargo, Malina, aquella noche, descubrió que el planeta seguía actuando por su cuenta. Los humanos eran simples herramientas, fácilmente manejables, que usaba para salirse con su plan. Lo que la chica desnuda imaginaba diciendo al planeta era algo así como: “Por favor, continuad así; cuanto antes muráis vosotros, antes podré salvarme yo.” Y lo estaba consiguiendo. Después del día ciento veintitrés, la humanidad, en su estupidez, había conseguido llenar los ríos y, por consiguiente, las tuberías y las cañerías con tal mezcla de vertidos tóxicos que el agua de las duchas, o al menos la ducha de Malina, fundía parte de su piel tras haber sido expuesta al goteo del ácido.

El virus había fallado, pero el humano lo consiguió.

95. Yeldis Saykel Plata - Nicaragua:

Lo poco que queda

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual las calles desoladas, las personas aún temían salir, pocos se arriesgaban a buscar sustento a sus familias, las tiendas y supermercados estaban completamente vacíos casi todo se lo había llevado la gente y no había nadie que pudiera abastecer dichos lugares de compra.

Se terminó de lavar la cara y se vio frente al espejo donde también se reflejaba el cuerpo casi desnudo de su esposa que aún descansaba en la cama, ya casi iban hacer las ocho de la mañana y él estaba decidido a salir a buscar alimento para poder abastecer su casa, no había mucho

que buscar ya que solo vivía con su esposa en un pequeño cuarto donde alquilaban. Vio en el reflejo que su esposa empezaba a despertar, se quedó quieto por un momento, se podría decir que hasta dejó de respirar por unos segundos para que su querida esposa no se despertara, pero ya había hecho demasiado tarde cuando de pronto escuchó decir —Buenos días mi príncipe— el se volteó y se le acercó y le dijo—Buenos días mi princesa— y le dio un beso.

—Voy a salir — le dijo el—regresaré al atardecer mientras tanto tu sigue descansando, también aprovecharé el tiempo ahí afuera y podré saber más sobre esta pandemia y así estar seguros que todo esta volviendo a la normalidad.

—Cuidate mucho— respondió ella mientras los veía marcharse...

96. Lara Vinton Casado - España:

Home Sapiens

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. La almohada era un labio que ya no mordía, las mascarillas no atrapaban el sonido y aquello no sonaba al rock de la cárcel. El hogar nunca debió dejar de ser útero. La vida ocurre entre paredes los primeros 9 meses. Aquella humanidad respiraba como los ventiladores de un gran ordenador. Se había logrado el cibersexo y con ello la existencia al alcance del sofá.

El agua caía sobre su piel y tenía la lluvia antes que las propias nubes. Cualquier fenómeno atmosférico podía recrearse desde la vitrocerámica.

La tecnología se comportaba como la imaginación, permitía la realización de cualquier cosa sin tener que moverse. La tetraplejía nunca estuvo tan bien vista. Internet por fin era nuestro mismo Dios y los píxeles sus ángeles. Spotify y Shopify eran reyes mejor coronados que el propio virus. Habíamos conducido un seat pandemia que chocó con la realidad. El hogar dejó de ahogar, se deshizo del despecho para hacerse despacho. ¿Quién pensaba en puertas teniendo windows?. Mordimos la manzana prohibida de Apple y Nietzsche fue Netflix. La Tierra era ya un GLOVO terráqueo.

Mientras se enjabonaba pensaba en su siguiente compra, era una amazonas cabalgando sobre Amazon. Quién querría correr pudiendo navegar. El próximo político y dictador soviético probablemente se llamaría StaLINK.

Despertó en todos los idiomas y lo pronunció en inglés: Now we are HOME sapiens.

97. Lorena López - España:

Donde todo empieza

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Magnolia Navarro era una mujer nueva, después de tantos meses viviendo en soledad, llegó a comprender que la situación personal que estaba viviendo era insostenible. Tras los meses de confinamiento, mientras el agua caía por todo su cuerpo, lo tenía claro, iba a divorciarse de Iván, era su marido desde hacía diez años, cansada ya de sus mentiras, de su vida de vicios y excesos y por supuesto promesas que quedaban en saco roto, era hora de decir adiós. Nunca pensó que cuatro meses de inestabilidad a nivel mundial iban a dar cordura a su propia situación personal. Se había ido a pasar la cuarentena a su casa del pueblo, en la sierra de Madrid, donde creció, donde recordó quien era y desde luego vio quien quería ser de nuevo y quien nunca más quería volver a ser, una mujer apagada sin salida, la cual había dejado su trabajo para dedicarse en cuerpo y alma a su marido, “ porque era más importante él y él”, un ejecutivo de una gran multinacional, que viajaba de aquí para allá.

Cogió el teléfono y marcó el número de su marido, salió el contestador -como no, estará trabajando- pensó.

Iván soy Magnolia, quiero el divorcio, quiero ser libre, me he cansado de vivir en mi propia cuarentena, me quiero volver a recuperar y busco mi propia felicidad.

98. Selua Mohamed mimun - España:

Nos visita el COVID-19

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó , que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena . Ya nada era igual .

Con la extinción del COVID-19 se había ido una parte de ella , no hablamos de un virus , más bien , hablamos de ella , su alma aún sigue en cuarentena y ahora define la libertad como la palabra compuesta por ocho letras .

Su espíritu se quedó a medias y ella nunca supo querer a medias, así que ...

La vida había retomado su luz , ya nada era igual , aquello había dado un cambio radical , habíamos renacido en medio de un terrible mal . Los humanos habían cambiado , unos escogieron el bien , otros el mal y otros simplemente seguir igual , en fin , nunca se sabrá .

Sin embargo , nada la vencía , volví a verla sonreír como de pequeña lo hacía , y entre risas , ví que era el miedo y no ella quien se escondía, en una pestañeada precisa la escogí a ella , el universo en el que me veía , entre mi voluntad sumisa reviví contemplando la más bella poesía , y anduve indecisa pero era mirarlos y jurar que un ángel sonreía , y entre risas , la ví , me ví , la vida nos tenía .

Con la extinción del COVID-19 una parte de ella se despedía , pero no era lo que muchos creían , era que se estaba abriendo paso a un ángel que nacía .

Ella Y Yo Contra El Covid-19.

99. Mónica Cardona Torres - España:

Territorio comanche

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Si con anterioridad, apreciaba los micro-momentos del día a día, ahora los adoraba. El mero hecho de poder levantarse, ya era un regalo. Sobrevivir a una experiencia de ese calibre, la obliga a cambiar psicológicamente su presencia en el universo.

Tras el desayuno y la ducha con agua templada, se detuvo a realizar los ejercicios matutinos para activar la espalda y posteriormente, meditó sin mirar el reloj, como de costumbre. La esclavitud horaria ya se daba en el entorno laboral. Tras unos momentos de paz interior, llamó a su hermana que residía en Australia junto con su marido y su sobrino, Liam.

-Núria, hermana. ¿Cómo estáis?

-¡Mónica, qué alegría! Todo perfecto. Estamos bien de salud. Hemos regresado al trabajo y Liam a la guardería.

-Me alegro sobremanera. Os mando un abrazo virtual y besos a mansalva. Nos vemos pronto.

-Recibidos. Igualmente. Te queremos mucho.

-Gracias. Y yo a vosotros. Adiós.

Acto seguido, se dispuso para salir a comprar. Más tarde, acabaría el curso de “Inteligencia emocional” al cual se apuntó a través de la plataforma del trabajo y por la tarde, iría a clase de gimnasia. El deporte era su vehículo para gestionar el estrés. ¡Lo había echado tanto de menos!

Lo cierto, es que tras haber sobrevivido a la pandemia, el mejor regalo era sentirse viva y agradecerse al universo a diario.

100. Sofia Zambianchi - Argentina:

Ya nada era igual

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Como todos los días desde aquel día, se enjabonó el pelo, luego el cuerpo y, distraído como había estado esos últimos cuatro meses, volvió a hacerlo. Se puso la toalla alrededor de la cintura, pasó su mano por el espejo y se observó a sí mismo atentamente. Ya nada era igual.

Se sentó en la esquina de la cama y, sin pensarlo, abrió el primer cajón, sacó un par de medias azules y se puso una en el pie izquierdo y otra en el derecho, se puso una camisa celeste y abrochó sus botones, se hizo el nudo de la corbata, se puso el pantalón pinzado gris y abrochó el cinturón en el último agujerito: había adelgazado. Ya nada era igual.

Fue a la cocina, se sirvió una taza de té con un chorrito de leche y tres de azúcar mientras esperaba que se hicieran las tostadas. Al untar manteca sobre el pan, escuchó cómo el colectivo chirreaba al llegar a la esquina, pero no escuchó el ruido de los autos, o los pies de los chicos yendo a la escuela que se arrastraban por la vereda, o los gritos de la gente, pero ya no le llamaba la atención. Ya nada era igual.

Agarró su maletín, abrió la puerta y la cerró detrás de sí. Ya nada era igual.

101. Juana María Moreno Guillén - España:

Cuando los cinco sentidos, dejaron de ser cinco

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

La vida deslumbraba oscuridad. Todo lo conocido hasta el momento había desaparecido. Las relaciones se complicaron, el físico ya no era algo de lo que preocuparse, el dinero ya no podía comprar la felicidad.

La cura contra el virus nos ha costado la vida -pensó para sí mismo-. Los colores, las primeras impresiones, nada volverá.

Como muchas otras veces, volvió a abrir los ojos con la esperanza de contemplar la manera en que el agua resbalaba sobre su desnudo y desprotegido cuerpo, sin resultado alguno.

Dentro de su retina se había implantando un telón negro azabache que representaba el teatro de la vida. Un telón cerrado, dónde jamás se volvería a actuar, que nunca volvería a abrirse.

Y así fue, como en el 2020, tras superar una pandemia global, los cinco sentidos pasaron a la historia.

102. Neus Francés Jordà - España:

Solo el gato lo vio venir

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Raúl se marchó por esa puerta hace 4 meses, 3 días y muchos mensajes. Su madre les dejó hace 5 meses, 25 días y mucho vacío. Su jefe la despidió hace 6 meses, 15 días y muchas excusas. Estaba mareada por estar boca abajo y por las pastillas.

¿Para qué coño se estaba lavando el pelo?

Salió y cogió la toalla con olor a humedad que no metía en la lavadora desde hacía dos semanas y media. Se la enrolló en la cabeza mientras las gotas le chorreaban todo el pijama.

El mes que viene ya no le llegará para pagar el alquiler.

Decidió antes ponerle comida al gato, para que no pensasen que era una degenerada. No quiso dejar una nota, sonaba mucho a tópico. Tampoco tenía de quien despedirse.

Vivía en un tercero de una calle sucia en las afueras de Madrid. No tuvo fuerzas ni para ponerse algo decente de ropa. Se plantó en la repisa del balcón y, en un salto limpio, aterrizó encima del Kia del vecino del quinto.

103. Lenin Hiancarlo Garrido Fernandez - Perú:

Historia Agridulce

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Su rostro enjuto se reflejaba en el espejo, estaba lleno de arrugas y solo le quedaban unos tres dientes, su cuerpo parecía solo un conjunto de huesos. La única alegría que le podía quedar estaba en saber que era uno de los únicos mayores de setenta que habían sobrevivido, eso a pesar de que estaba seguro que media ciudad deseaba su muerte, era un odio anormal el que sentían por él, solo con verlo parecían burlarse de su aspecto, de su pobreza, de su vejez, todo en él parecía molestar a esa estúpida sociedad, por eso se sintió bien por el encierro de la cuarentena, aún mejor el encierro era parte de su vida. Mientras el agua caía sobre la poca piel que le quedaba sus ojos se llenaron de lágrimas al recordar los hijos que tuvo que enterrar, por culpa de la maldita enfermedad.

- Si la maldita enfermedad de esquizofrenia que se manifestó más intensa que nunca en la cuarentena, contó el médico al amigo que estaba junto a él en la mesa del hospital psiquiátrico, mientras el pobre anciano se frotaba su cuerpo desnudo como si estuviera bañándose.

104. Damaris Hernandez - Colombia:

El paciente cero

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual, sus padres habían fallecido, perdió su trabajo, y los amigos que tenía se apartaron. Ahora era un leproso moderno en una sociedad intolerante, nadie se conmovía de su soledad, y mucho menos de su humanidad.

Salía cada mañana a buscar comida, una misión imposible. Se cumplía la frase coloquial, pueblo pequeño infierno grande. Sentía las miradas de sus coterráneos, personas con las que creció y lo vieron crecer, que lo querían, sin embargo, ahora iban a misa cada domingo, para que él se fuera de su tierra. En ocasiones hasta él pensaba lo mismo, dejar todo atrás y empezar desde cero, lo necesitaba su alma y economía, pero la promesa a su padre venía a su mente, y él fue criado para ser un hombre de palabra.

El agua fría le ayudaba a pensar claramente, el sueño que tuvo la noche anterior fue tan revelador, un mensaje de los seres que más había amado, “Hijo se feliz”. Se terminó de arreglar, empacó sus maletas, llevó lo poco de valor que tenía para venderlo y cerró la puerta de su hogar, esperando volver cuando los años desaparecieran su existencia. Subió al bus, se sentó atrás y se despidió de sus recuerdos, esperando llegar a una nueva tierra donde no se refirieran al como el portador de la plaga, que mató a su pueblo.

105. Claudia Coronel Hernández - México:

Día a día

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

¿O sí?

Ya antes, mirando como su reflejo se perdía en el cristal, empañado por el vapor de agua, suponía que todo es siempre lo mismo, aunque nos esforcemos en creer que no y en hacer planes, somos insignificantes para este mundo y para el universo, igual que nuestros planes, que no les incluyen a ninguno de los dos. Había lejos, mucha menos gente, en su zona, en su país, en el mundo... pero todo sabía asfixiantemente igual.

La División, la Irresponsabilidad y la Apatía seguían siendo lo de día a día. Lo que pudo tomarse como oportunidad para recomponer el rumbo, para escribir un nuevo Destino con Integridad, sólo sacó la peor parte del ser humano. Todo sigue igual, con diferentes contextos, pero igual. Sigue habiendo quienes tratan, pero o no tratan suficiente o son absorbidos, contagiados u opacados por el resto, por lo fácil. El primero paso al cambio pensaba era la Aceptación.

Terminó de vestirse sin salir de sus pensamientos, colocó el gas pimienta en el bolsillo y salió al exterior para caminar por la avenida, ¿Quién es o qué hacía? No importaba realmente, la verdadera pregunta se decía era: “¿Quién dará el primer paso?”

106. Medidas de distanciamiento - España:

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Se lavó el pelo despacio. Cuatro meses, sumados a los meses de cuarentena... hacía muchísimo tiempo que no abrazaba a su novia. Eso pensaba mientras caminaba hacia su casa, a buen ritmo, puesto que aunque no estaba haciendo nada ilegal, no quería toparse con la policía. No se cruzó a nadie, no pasaba ningún coche. Brillaba el sol, era una tarde cálida de septiembre, pero no había familias en los parques ni gente paseando y disfrutando de los últimos rayos de sol del verano.

Sin darse cuenta, llegó a su destino. Ella estaba fuera esperando, con un vestido de flores verdes y sonriendo. Se saludaron desde lejos, pero no lo pudieron evitar, un beso fugaz, tan solo 20 segundos... 10 segundos después de separarse, se acordaron, ¡los drones! 30 segundos más y escucharon las sirenas de la policía. Llevaban solo unos pocos minutos juntos, y ya se encontraban en la parte de atrás de un coche de policía. Las medidas todavía no se habían levantado definitivamente; pero eso no era lo peor. El Gobierno se había vuelto vigilante, controlador; estaba en todas partes, privando a los ciudadanos de la libertad de la que gozaban antes de la pandemia. “Una noche en el calabozo”, dijo el agente. Les daba igual. Hasta que encuentren la vacuna, ese era el pretexto... ¿Pero, sería así para siempre?

107. Daniela Cabrera Correa - España:

Ahora sí, ¿no?

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Se vistió, se peinó y cuidadosamente se colocó una nueva mascarilla mientras se miraba en el espejo. Por lo menos ahora podían conseguirse mascarillas, en lugar de tener que autofabricárselas con toallitas. Antes de salir, miró por la ventana. Era una calurosa mañana de agosto en la que no corría ni una brisa de aire. El típico día de verano en el que a cualquiera le gustaría levantarse tarde, desayunar en bañador y llenar una mochila corriendo para irse a la playa. Pero este año no era el típico año,

así que suspiró y se metió en la cocina. Hoy tocaban huevos revueltos, cómo se notaba que ayer había sido un buen día. Qué pena que la leche se había acabado hacía dos días, y el café hacía una semana que no se sabía nada de él. Inés desayunó sumida en estos pensamientos, mientras releía la portada del periódico que había conseguido tres días atrás: “Declarado el inicio de la tercera guerra mundial”. Cogió el bate de béisbol que guardaba en el paragüero y salió de su casa preparada para saquear el próximo supermercado.

108. Javier Munilla Les - España:

Cicatrices

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Las gotas comenzaron a caer sobre su cuerpo, al mismo ritmo que deslizaban, él iba repasando todas esas cicatrices que le dejó la enfermedad, ninguna de ellas era física.

Había logrado esquivar al virus de manera directa y frontal, pero lo que no pudo evitar serían todas esas muescas en la mente que dejó el paso del COVID.

La primera de las marcas la recordó cuando el agua de la ducha llegaba a su cara, ya que vio los rostros de aquellos seres queridos que perdieron la batalla, la segunda de las cicatrices llegó a la altura del pecho, de dónde salen los sentimientos más profundos, al recordar todos esos besos y abrazos que no se pudieron materializar y todas las muestras de cariño que no pudieron ser en las despedidas de los seres queridos.

Pero la que más le afectó fue la de haber vivido en su propia burbuja durante el confinamiento, que a la vez que le ayudaba a esconder sus miedos, estos iban alimentándose más, esperando que cruzase de nuevo la puerta para recibirle con los brazos más abiertos que nunca.

Aunque la mayor herida estaba sin cicatrizar, ya que era ahora cuando de nuevo comenzaba la batalla de la vida.

109. Cristina Huisha - Ecuador:

Las sombras

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Un año atrás, cuando se anunció el desarrollo de una vacuna junto a su distribución mundial, millones de personas no tardaron en salir de sus casas. La vacuna nunca cumplió su propósito pues el virus mutó con los besos y abrazos de celebración. En menos de una semana la población mundial se vio reducida a la mitad y dentro de un mes apenas era la treintava parte.

Los sobrevivientes, quienes no quisieron salir hasta saber que era seguro hacerlo, sentían tanto miedo a convertirse en parte del montón de putrefactos cadáveres que inundaban las calles que se encerraron en sus casas con lo mucho o poco que tenían.

El aislamiento indefinido parecía ser la única opción hasta que aparecieron Las Sombras. Un grupo de hombres que controlaban a los políticos y figuras de poder, también muertos, tras bambalinas. Se encargaron de limpiar el caos dejado por el virus que ellos habían creado, vacunar a todos los sobrevivientes y tomaron el control a nivel mundial. Organizaron a los habitantes de cada ciudad para que trabajaran largas jornadas laborales con sueldos miserables. Esclavitud bajo una nueva máscara. Nadie se opuso, nadie quería ver más muerte.

Suspirando profundamente alejó los recuerdos de su mente. Ya no soportaba el olor a quemado, adherido a su cuerpo tras haber pasado 12 horas trabajando en el incinerador de su ciudad.

110. Pedro Zelarayan - Argentina:

Después de todo

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual; los días ya no eran iguales, las horas no eran iguales, tampoco recordaba cómo eran antes.

Cada gota fría que caía sobre su rostro, le hacía recordar, todo lo que había ocurrido hasta ese momento. Como dijeron, "solo serán unas semanas" "todo volverá a la normalidad"; dijeron muchas cosas. Todo se fue perdiendo de a poco cuando el virus mutó. Sin ir más lejos a él le tocó enterrar a su hermano hace unos días. La única persona que le quedaba, con la única que convivía; ni siquiera pudo llorarlo, aunque él reconoce que debería. Más temprano que tarde empezó a sentir los síntomas, todo su cuerpo le dolía, su fiebre se disparaba, sentía

que su sien iba a estallarle, ni siquiera la ducha lo hizo sentir mejor como él había planeado. Lejos de sentir terror esto le daba paz, tanto tiempo había drenado hasta la última gota de su espíritu.

Salió a caminar a la ciudad, después de mucho tiempo, pese a que le costaba sostenerse de pie, "se parece más a un cementerio de acero y concreto", pensaba. Sin que tardara demasiado volvió a su casa, abrió una botella de vino. Cocinó fideos. Puso su disco favorito. Se sentó a esperar la noche, y cuando la encontró, se fue a dormir, cerró sus párpados con la certeza que sería la última vez.

111. Lucía Sáez - España:

Volver a empezar

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Qué extraña sensación, el mundo había cambiado. La gente desconfiaba de los abrazos, los gestos de cariño; incluso evitaban los apretones de mano. Me sentía desubicada, en un mundo que, tras ya ser frío por el efecto que las tecnologías causaban en él, se estaba congelando al perder lo que nos da vida, el amor.

Pero, he de decir, que se estaban buscando otras formas de amor: un mensaje cada día, esa llamada que tanto esperas, una videollamada que te devuelve la risa, una bocanada de aire fresco tras abrir tu ventana. E incluso quienes se lo saltaban convirtiendo así el cariño en un tráfico ilegal. Qué irónico, ¿verdad? Nosotros, que nos creemos imparables, que vivimos en una frenética rutina, fuimos obligados a parar completamente durante cuatro meses. Cuatro meses que nos enseñaron lo fina que es la línea de la vida, lo importante que son las personas que queremos para brindarnos fuerza y aliento en el día a día.

Como dice el dicho ``no sabemos lo que tenemos hasta que lo perdemos''. Ojalá el ser humano haya aprendido sobre todo esto, a valorar las cosas en el momento y no tener que esperar a que te las quiten para amarlas, para ver el brillo que ya desprendían pero que nuestra mirada rasgada por esa pérdida de nuestro niño interior no nos permite observar de la misma manera.

112. Lila Gwski - Argentina:

Monotonía

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. La gente seguía caminando con prisa, pero su vida se había vuelto monótona y aburrida, no era como la de los demás, se había sumergido en un intervalo de sufrimientos, su mente no dejaba de maquinarse, el agua lograba despejar su memoria por milésimas de segundos. Por las noches, tenía sueños descontrolados que la hacían levantarse a medianoche muy asustada y descontrolada, desde ese momento el insomnio se apoderaba de ella. Su vida ya no tenía ritmo, se acostumbró tanto al encierro que cuando todo pasó no sabía que hacer y como seguir adelante. Dejó el trabajo, comenzó a beber y a fumar. Solía salir por las noches -antes que dieran las diez- a caminar por el parque y a observar el cielo, sintiendo el viento fresco que rozaba su piel, eso la libera un poco de la presión del día y de la intensidad de su mente intranquila y destruida por tanta monotonía. Lo más paradójico era que cuando ella estaba en casa, trataba de leer y hacer ejercicio, pero cuando la vida volvió a su rumbo sucedió todo lo contrario. Sus días estaban llenos de angustias y paradojas, de recuerdos y dolores. Pero ella seguía intentando escapar del encierro espiritual y mental de su propio yo, de esa burbuja en donde todo seguía tomando el mismo curso de como había comenzado.

113. Irati Armentia - España:

Gracias mamá

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Su corazón había pasado por mucho sufrimiento por la pérdida de su madre, quedándose sola en este mundo que tan frío se había vuelto desde que la pandemia había golpeado el país. Recordaba como había perdido su empleo en aquella tiendita del centro de la ciudad, ya que los dueños no podían mantenerla en plantilla. Cada día, desde que se había vuelto a la normalidad, la tristeza había arrasado con su vitalidad y alegría, incluso llegó a pensar que de está no se levantaría.

Nada más haya de la realidad, su madre, desde donde quisiera que estuviera, le había dado toda la vitalidad y esperanza que necesitaba, o así lo pensaba ella.

Había conocido otras personas en su misma situación, esto la hizo sentir que no estaba sola y que no quería que nadie más sintiera que el mundo era un lugar oscuro, por el que simplemente pasamos rellenando momentos. Esto le hizo lanzarse al vacío para ayudar a cualquiera que lo necesitara, creando una ONG de apoyo a los afectados y/o a los familiares de covid-19.

Al principio muy poca gente entendía la necesidad de esta ONG, pero poco a poco empezó a ser más reconocida en todo el país. Esto hizo que pudiera ayudar a miles de personas a pasar el duelo con mayor facilidad y de alguna forma, despedirse de ellas.

114. Julie Vera - Venezuela:

El último abrazo

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual, por su mente estaba fija esa imagen, cuando hace ocho meses llegó a su país luego de tres años fuera, anhelando el calor de hogar que un cuarto universitario, ni los amigos pueden llenar.

Hace 8 meses que su abuela la recibió con los brazos abiertos, un abrazo que duró unos segundos de eternidad. Luego, sujetando sus mejillas con sus manos le besó la frente, y justo detrás estaba su abuelo esperándola con una taza de café, listo para escuchar esas aventuras universitarias. De niña, era él quien contaba las historias, y ahora, era ella quién lo embarcaba en el tren de la imaginación.

Hace ocho meses de ese abrazo y hace siete que ese abrazo le arrebató, lo más tierno que tenía, sin posibilidad de despedirse, de un último beso.

Allí estaba Ana, en esa ducha fría ahogándose en un sentimiento de culpa. Al salir de la ducha sintió un aroma reconfortable, al entrar a la cocina, estaba su madre sirviendo ese caldo de res que preparaba su abuela, aún le costaba mirar a los ojos a su madre. Pero hoy era un día diferente, hoy podrían cerrar un ciclo doloroso, hoy por fin irían a visitar la tumba de sus abuelos, hoy podría llevar las dos flores de primavera que había sembrado y cuidado con tanto cariño durante los últimos meses.

115. Alejandra Loyo Monsalve - Venezuela:

El sonido de su voz

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual, se sentía diferente. Se preguntó como estarían sus amigos, y pensó como de costumbre en Susana dedicándole más segundos a ella. Todo había cambiado excepto Susana, esa dama es lo único que pertenecía igual.

Víctor terminó de ducharse siguió el día y la noche se asomó, él estaba casi camuflado con su casa. Hizo lo de siempre, se asomó por el balcón sintió el clima de la primavera y la meditación de todas las noches de repente se la encontró sin buscarla, como si de repente la brisa que le rozaba le quitara de su piel las escamas viejas, como si el camaleón perdiera el don y quedaría su piel neutra, en medio de la serendipia intenta sostenerse "¿Qué voy hacer ahora?", se preguntó, pero parecía que esto ya no era su decisión.

Entonces fue a su viejo escritorio buscando el diario y entre tanto corotos tomó el lápiz, dudaba si dibujar o escribir a lo que un segundo antes de darse por vencido a lo que sea que estaba haciendo, suena el teléfono y decide atender.- "Hoy es tu cumpleaños"-, dice Susana a lo que agrega sutilmente como las estrellas fugaces que las ves sin planificarlo -"Estoy bien y te extraño"-, desagradado por recordarle su llegada continua y perversa a la vejez quedó sin palabras pues, tenía 4 meses sin escuchar su voz.

116. Shanti Singh Bazzi - Argentina:

Recuerdos

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Ese virus silencioso que entró por la puerta grande y sin preguntar. Obligando al pueblo a vivir en aislamiento.

Mientras el agua resbalaba por su cuerpo iba borrando lentamente la lagrimas que sus ojos derramaron en más de una ocasión. Su vida había cambiado drásticamente desde el día en que todo comenzó. Las salidas con amigos se volvieron un fugaz recuerdo, pasando de poder

disfrutar en libertad a tener que luchar por lograr comprar algo de comida en cualquier supermercado.

Cuando está por fin terminó, pensó que el miedo y ansiedad que cargaba sobre los hombros se disiparía y que todo volvería a la normalidad. Aunque nada fue así. Su esperanza teñida de oscura noche la llevaba a desconfiar en lo fácil y desconocía cuál era la salida de esa sensación tan embustera, mejor conocida como incertidumbre.

Le era doloroso intentar superarlo como si no hubiera sido un suceso significativo para ella. Creer que era posible, era mentirse. Ese golpe de realidad lo había cambiado todo. La nueva versión de sí misma era diferente a la anterior. Esta era fuerte y valiente, producto de lo que le tocó vivir.

Aquel capítulo de su vida dejaría claras marcas sobre la piel de Carolina, huellas que ni el tiempo podría borrar, porque eran una parte importante de su vida. Algo que llevaría con ella para siempre.

117. Fran Leandro Martínez Simarro - España:

A través de una ventana

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Se aclaró el pelo y salió de la ducha para acomodarse torpemente en su silla y apurar el café mañanero que esperaba en la repisa de la ventana. La gente ha cambiado, dos ancianitas descansan pacíficamente en el banco de la esquina, dejando terreno entre ellas que ahora empieza a ser ocupado por palomas hambrientas en busca de comida. Los padres mantienen charlas poco efusivas y se mantienen distantes, aparentemente asustados de que alguien pueda robarles la fragancia de su perfume. En cambio, varios niños juegan en un columpio húmedo por la llovizna de anoche mientras chocan unos con otros, despreocupados, como si nada hubiese cambiado para ellos. ¿Cómo serán las cosas en el supermercado? ¿Se seguirá dando la mano? ¿Y las quedadas entre amigos? Quién sabe cuándo Sara podrá comprobarlo. Hoy no solo hace cuatro meses del fin de la cuarentena, también tres años de su operación de espalda. Desde entonces rara vez puede mantenerse sentada más de media hora sin sentir el más exasperante de los dolores maltratar

su espalda sin piedad. Apenas recuerda la brisa matutina, el sol en su piel o la textura de la arena bajo sus pies. Tres años en su particular cuarentena, mientras el mundo agonizaba por sufrirla unos meses. Hace mucho que nada era igual. La verdadera pregunta era si algo había cambiado para ella.

118. Rocio Meza - Venezuela:

En un abrazo

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual, su cuerpo estaba delgado, su piel pálida, sus ojos extrañaban la luz del sol, el encierro había contrarrestado sus ganas de vivir, estaba sola, sus vecinos ya no estaban, era una sobreviviente de esa tragedia.

Pero extrañaba tanto a alguien, no sabía nada de ella en meses, y deseaba tanto verla, salió del baño y aún en toalla sin ánimos de vestirse, ¿para qué?- pensaba, encendió la radio y escuchó una noticia un poco esperanzadora, regresaban a su país muchos inmigrantes que habían estado fuera.

Su corazón empezó a latir como hace mucho no lo hacía, sus ojos se empezaron a humedecer y por su mejilla se dejó correr una lágrima, la tristeza que la embargaba tal vez había llegado a su fin o tal vez se empeoraría al no ver de regreso a quien ella esperaba.

De pronto escuchó el timbre, y pensó que era algún vecino de los pocos que quedaron o alguna de esas personas verificando si estaba viva, pero algo le decía dentro de sí, que la visita era especial.

Así que secó sus lágrimas, y se dirigió hacia la puerta, al abrirla no pudo contener el llanto al ver al ser que tanto amaba, ¡Su Madre! un poco cansada por el viaje, pero a su parecer perfectamente hermosa y allí en unos pocos segundos sintió la Felicidad plena en un Abrazo.

119. Francisco Javier Toscano Pérez - España:

Iván el fotógrafo

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Iván tenía serias dificultades para poder acabar su obra maestra. La gente se había vuelto recelosa y en algunos casos irascible, no permitía que te acercaras a ellas, por lo tanto él no podía usar su mejor arma, su seducción, por eso llevaba casi medio año sin encontrar su última modelo.

Pero hoy ha visto un rayo de esperanza, al ir a desayunar a su local habitual, a conocido a Alicia, una chica morena, alta con ojos verdes, como la mujer que pintó Julio Romero, pero vestida con vaqueros rasgados y un chaqueta de cuero.

Alicia será la culminación de su obra. Ha tenido mucha suerte, quizá demasiada.

Una vez en su casa, la sentó en la silla de anea, le arregló el pelo, le preparó una copa y fue por sus herramientas.

Mientras tanto Alicia contemplaba estupefacta la creación de Iván, expuesta en las paredes de su salón, donde se adivinaba un hueco destinado ella.

Al volver al salón, Iván encontró a Alicia de pie, con un arma en una mano y su placa en la otra. Para sorpresa de Iván, ella no había tomado su droga.

¡Quedas arrestado por el asesinato de nueve mujeres!

Su colección de fotos de mujeres, expresando su último estertor, había quedado incompleta.

A partir de entonces, sobretodo para Iván, nada iba a ser igual.

120. Juan Francisco García González - España:

¿Comenzamos de nuevo?

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

La luz entraba fuerte por la pequeña ventana del baño. El Sol estaba ya alto. Pero qué más da, nadie la espera. No tenía ningún compromiso para hoy, ni para ningún otro día que ella

recordara. El mundo parecía haber recuperado una normalidad que a ella se le había negado. Ahora despertaba sola por las mañanas. Nadie le sorprendía con el café en la cama. Nadie la esperaba cuando salía de casa, aunque tampoco tenía motivos para salir. El virus había sido cruel con ella. Se llevó a su compañero de vida y, no satisfecho, también su trabajo. Nada tenía, nada le quedaba. Sin embargo, después de estos cuatro meses, ya comenzaba a sentirse mejor. ¿Acaso no estuvo ya en esa situación cuando comenzaba a vivir? ¿Acaso había sido más feliz en algún momento de su vida que cuando era joven? Cuando nada tenemos, cuando todo perdemos, es cuando recuperamos todas las posibilidades. De nuevo, la ilusión por llegar a ser quien queremos. Se recordaba unas palabras de Juan José Millás que decían algo como: “incluso algunos buenos libros no comienzan de verdad hasta la página 40 o 50”. Su vida también podía comenzar ahora. Con esta ilusión, que resurgía en ella, salió de la ducha, se enrolló la toalla al cuerpo, salió al balcón... Y se tiró.

121. Andrea Ramirez - Honduras:

Entre letras y café

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Aurora seca su cabello viéndose al espejo, pensando en darle un giro a su espacio, teniendo su ansiedad como enemiga. Ésa mañana mientras bebía café, decide al fin comenzar a escribir su primer libro. Toma su computadora y comienza a escribir, pero su ansiedad la envuelve nuevamente, abandonando sus escritos. Una mañana mientras se ducha, frunce el ceño diciéndose ¡No te rindas! ¿dónde quedan las historias que quieres contar y ver tu libro detrás de una vitrina, Aurora reacciona, sale de la ducha, prepara su habitual café yendo a escribir renovada e inspirada a terminar su libro. "Entre letras y café".

122. Juan Maestro Sánchez - España:

Nada debería ser igual

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

–Nada es igual y nada va a ser igual después de la tempestad, aunque se diga “que viene la calma” –pensó Juan, en voz alta, mientras el agua caliente de la ducha relajaba su cuerpo exhausto por la sesión de entrenamiento físico que acababa de realizar. En su mente fluían pensamientos contrapuestos, tristes y alegres, sobre los recientes acontecimientos vividos y las dolorosas secuelas provocadas por el virulento coronavirus. Dramas familiares, día tras día; un goteo incontenible de pérdidas humanas; soledad agonizante de seres queridos; UCI hospitalarias colapsadas y personal sanitario jugándose la vida en la más absoluta precariedad protectora; actitudes irracionales, egoístas e insolidarias de “pescadores en río revuelto”... Pero también debemos resaltar la gran empatía y el esfuerzo solidario de tantos y tantas, héroes y heroínas anónimas...

–Nada va a ser igual –repetía lacónicamente Juan.

El coste en vidas humanas ha sido tremendamente lacerante y las pérdidas materiales incuantificables. Pasaremos el duelo y, con tiempo, paliaremos las devastadoras consecuencias de esta catástrofe sanitaria. Las aguas volverán a su cauce y volveremos a soñar plácidamente, libres de pesadillas...

Ahora, debemos recoger los pedazos y recomponer nuestras vidas y, aunque ya nada volverá a ser igual, o mejor dicho, “nada debería ser igual”, ¡ojalá aprendamos de nuestros propios errores y también de los ajenos, en lugar de esperar impertérritos con “las barbas en remojo”!

123. Genesis Galud Sánchez Montero - Ecuador:

Existencia

"Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual, se sentía como si hubiesen pedazos de nosotros sobre todo el suelo mojado, suelo que nos había visto crecer físicamente ahora veía como nos habíamos delatados a nosotros mismos. Comentaba con certeza el miedo que sentía no solo por si mismo, discutía el hecho que ya no cabía en la cabeza, la idea de un pasado que se miraba por encima de la reja como una rutina incólume, marginada y añorada y la relación de un presente vivo y antagónico que palpitaba con fuerza el miedo surreal como sangre en las venas, este mismo miedo que había logrado que diésemos gracias por estar vivos también nos abordaba, nos abrazaba y acogía en su regazo para luego saborearnos como víctimas de

pantera, supo decir “Nos encontrábamos sin lujos en condiciones básicas, la naturaleza caprichosa del ser humano, aun en las condiciones más precarias quiere destacar por cualquier razón” mientras secaba su cuerpo supo decir “La soledad te ha dejado conocerte y te resultas insoportable”, le dio la espalda al espejo y miró nuevamente la ventana, la abrió con tranquilidad y respiró profundamente, “la posibilidad de existir hace que no quepa duda que cada momento cuenta, que aun puedo tener veneno en el alma porque soy humano, pero también tengo mucho más antídoto que brindar del corazón” vestido, la puerta chasqueó, él ya se había ido.

124. Carlos Castro Galán - España:

Silencio

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Antes el sonido invadía sus vidas y todo se cubría de matices, de momentos y lugares. Si este se apagó de golpe o fue algo paulatino, ya no lo recordaba, solo le quedaba el amargor de una falsa despedida.

Ahora el agua tibia era lo único que sonaba, las gotas resbalaban temblorosas y no era capaz de detenerlas en su precipitada fuga, ni con siquiera igualmente temblorosas manos. Aún el ruido del agua cayendo le abrumaba y crispaba sus nervios, cada impacto era un martilleo continuo y profundo, pausando el tiempo en su estridente redoble, haciendo aún más interminable la espera. Mientras, toda su atención, se centraba en el fantasma de un sonido lejano y pendiente de sonar.

Tras un pasivo letargo no paró el silencio, el inamovible silencio.

Las piernas le fallaban y, buscando apoyo en la pared de azulejos perlados, lamentó ante su reflejo. Las gotas tornaron saladas y las temblorosas manos cedieron agotadas. Resbaló sin esperanza y cerró el grifo, resignándose, para así ahogarse en la soledad de su rojo silencio.

125. Bruno Nicolás Cavallo - Argentina:

Lázaro y el nuevo orden

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Bajo la suave lluvia artificial y en la veloz resurrección global, estaba Lázaro, tratando de entender el nuevo orden. Él se había quitado las vendas de los ojos durante aquel período de introspección masivo en el cual, resistiendo, y en contra de sus principios, la meditación lo llevó a sumergirse sin respirador artificial en sus más profundos sentimientos, pensamientos, placeres y creencias.

El agua corría por su cuerpo, él sentía que aquella transformación temporal era de tal magnitud, al punto de que Einstein hubiese demostrado que su teoría se cumplía con solo observar el tránsito de los seres humanos a diario. Mientras comenzaba a enjuagarse, recordó lo que una amiga le sugirió en la adolescencia: “las personas no cambian. Solo mejoran o empeoran”. En estos cuatro meses, su manera de actuar egoísta, que no le permitía dar ni recibir amor verdadero se había reducido a la mínima expresión. Había caído en el hoyo de la realidad y desde lo más profundo de la misma empezó a dar amor, a devolver las sonrisas, a escuchar sin interrumpir y a contemplar el verde y azul rejuvenecer del planeta. Aunque notó que ese efecto de la cuarentena no le era propio, era universal.

Cuando cerró el grifo entendió el nuevo orden, la vida, además de resistir, se trata de ser y estar mejor.

126. Lois Marie Tuma - Argentina:

Pequeños pensamientos

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. El ritmo diario había cambiado, uno se tomaba tiempo para respirar y sentir su cuerpo, moviéndolo lentamente, despertando cada una de sus células. Reconocía que ahora le prestaba atención a sus rasgos faciales; moviendo su mano lentamente, sintiendo cada textura y relieve de su cara. Cada minuto de su ducha parecía durar una eternidad; el jabón que limpiaba su cuerpo caía lentamente por sus piernas hasta desaparecer por el drenaje, el agua que en un principio era caliente se tornaba cada vez más fría. Su mente que en otros tiempos no descansaba, ahora se dedicaba a pensar detenidamente en las pequeñas cosas y en cómo se sentía. No podía dejar de tomar consciencia acerca de aquello que la rodeaba y cómo hacía unos meses todo se había desvanecido. Creía imposible

poder volver a lo que antes se llamaba normalidad; todavía una angustia cubría su cuerpo y alma y los días seguían siendo difíciles de atravesar. Las lágrimas caían con más frecuencia y los sonidos de la naturaleza siguen teniendo protagonismo. Sentía que todo había tenido un propósito, pero todavía no lograba descifrar cuál era y eso estaba bien.

127. Cindy Cueva Quimiz - Ecuador:

A un paso de la locura

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Recordó la mirada de terror en el rostro de su esposa, justo antes de deslizar el cuchillo a través de su cuello; el estruendo que provocó al chocar con el suelo; el hedor que inundó el departamento durante las siguientes semanas.

Pensó que la cuarentena duraría un par de meses más. Contaba con ese lapso para que el cuerpo de su esposa se descomponga y nadie sospechara de él. Pero todo acabó antes de tiempo. Los vecinos se quejaban, pero no les prestó atención. Ellos no lo entendían, su muerte fue necesaria. Aunque, si hubiera prestado más atención a sus vecinos y lo que estaban especulando sobre él, no estaría ahora en la cárcel. Si se hubiera encargado también de la señora que lo amenazó con llamar a los policías, no hubiera terminado en esa cloaca. Y podría haber alcanzado su objetivo, sin interrupciones.

— No te preocupes. —susurró en su oído. — hiciste bien lo de tu esposa. Ahora necesito a tu compañero de celda. Y luego de unos cuantos sacrificios más, te mostraré mi rostro. Harás eso por mí ¿verdad?

Miró su distorsionado reflejo en los azulejos de la ducha. Estaba solo, como siempre. Cuando ella aparecía, le hablaba, pero nunca le dejaba verla. Y él deseaba con todo su ser conocerla.

Por eso le contestó:

— Yo haría cualquier cosa por ti.

128. Carmen Diez Blanco - España:

Recuperando las sonrisas perdidas

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Desde que la pandemia se expandió por

todo el mundo, la gente se había vuelto más fría, más arisca, menos cariñosa. Sus amigas ya no se abrazaban, su novio rechazaba los besos y gestos de cariño, la gente salía con miedo a la calle, todos menos ella, seguía igual. La cuarentena le había hecho reflexionar sobre la importancia del cariño, la cercanía y lo necesarias que son ciertas personas en su vida, pero por más que lo intentaba solo lograba, de vez en cuando, sacarles una pequeña sonrisa. Ni siquiera querían recordar todas aquellas historias que habían vivido todos juntos. Ese día en la ducha pensó mucho, ella quería recuperar a sus amigas, a su pareja, su vida de antes. Se vistió rápidamente y quedó con todos en una calle poco transitada, decidió que poco a poco iba a ir rememorando momentos increíbles que habían vivido, les bombardeaba con recuerdos, anécdotas, con historias que les habían ido uniendo más y más durante tantos años. Su mejor amiga, por fin, comenzó a sonreír y poco a poco esa sonrisa se fue contagiando a todo el grupo hasta terminar sumergidos en un agradable abrazo.

Y quizás, el mundo seguía siendo un lugar triste, pero ellos habían recuperado la esperanza y querían hacer lo mismo con el resto de gente.

129. Camilo Ernesto Martínez - Colombia:

La segunda paciente cero

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual, sus días de encierro, se convirtieron en los más bonitos que podía recordar, terminó su baño, se puso su mejor vestido, abrió un pequeño frasco, lo bebió, sabía que con ello moriría pronto, pero sonreía mientras miraba el cielo.

Kala era una amante de la naturaleza y una de las científicas más respetables del planeta, le fue encomendada una tarea salvar al mundo, mientras todos estaban en cuarentena ella exploraba la naturaleza en busca de una cura. Durante esta búsqueda suspiraba al ver como los animales, los mares, ríos y en general toda la naturaleza mostraba signos de recuperación ante la ausencia del humano, se sentía feliz. En un momento de plena lucidez de Kala descubrió la solución para los problemas de la tierra.

Se hicieron las primeras pruebas, y se fue entregando la cura a cada vez grupos más grandes, se levantó la cuarentena y en un tiempo récord 4 meses se produjo un antídoto para el resto de los humanos. Se le envió a cada persona en el mundo para ser tomada el mismo día y asegurar

la inmunidad masiva y la eliminación de la amenaza. Todos bebieron su pequeño frasco y el mundo fue curado para siempre.

130. Lucía Valiente Gajate - España:

Los colores del alma

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Desde aquel día no había vuelto a verle, hacía cuatro meses que se esfumó, apenas recordaba su rostro, lo vislumbraba totalmente nebuloso.

Intentó desesperadamente recuperarle, pero sólo le halló en sus recuerdos. Pensaba continuamente en los días en que compartió con él su estudio de la calle Alcalá, mientras ella esculpía y él pintaba.

Recordaba los vivos colores de sus cuadros, con los que ella identificaba su propia alma, recordaba el sonido de su guitarra, y no era capaz de parar de preguntarse por qué no la había buscado.

El vaho inundó la estancia, y ella decidió abrir la luminosa ventana. Una música familiar llegó hasta sus oídos, teletransportándola de nuevo a las profundidades de su mente.

De pronto, sonó el timbre.

131. Noelia Ortiz Bono - España:

Necesitaba que la mirase para encontrarse

Cuándo se abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Miraba, miraba a la gente, todos habían cambiado menos ella. Seguía estancada, estancada en su pasado, en sus pensamientos, en sus miedos. Miraba a la gente y no sé encontraba, tan perdida como siempre, tan alejada como de costumbre, tan sola que era normal. Ella no pensaba en que haría, sino que pensaba en que no había hecho. Ella no que no miraba hacia delante, seguía parada en ese 24 de febrero, lo

recordaba una y otra vez haciendo trizas su cabeza. "No hay peor confinamiento que el que ocurre cuando te cortan las alas" sonaba una y otra vez en el fondo de su ser. Se miraba en el espejo y no se podía ver, quizá y solo quizá, no se daba cuenta de que no se buscaba a ella, sino a él.

132. Sandra Galud Montero Morla - Ecuador:

Carta a mi hija

Cuando te vayas lejos solo quiero que recuerdes las cosas lindas y productivas que te enseñe porque ya no estaré allí para hacerte ver lo que estás haciendo que mal o bien serás dueñas de tus actos; Cuando te vayas lejos sabrás la grandeza de tu madre que no supiste valorar y que solo criticabas los castigos que te impuso por ser una niña hiperactiva; Cuando te vayas lejos valoraras hasta el ronronear de tu gata y el va i ven de la cola de tu perro; Cuando te vayas lejos sabrás lo importante que es la familia con sus altos y bajas pues en ese instante cuando mires a tu alrededor solo estarás tú y solo entonces valorarás la vida y todo lo que ella implica será Dios tu refugio y trataras de regresar pronto al lugar de donde partiste que puede que esté igual que lo dejaste físicamente y en el mejor de los casos las mismas personas que hoy te adoran.

El tiempo es el mejor amigo del hombre pues las cosas se olvidan a medida que este pasa las cosas buenas de la vida siempre tienen un lugar importante en el corazón de las personas y la malas, hay de las malas es mejor que se olviden para que no perforen tu alma, corre entonces, tal como el viento corre a veces en una manera perversa, pero al final se calma convirtiéndose en suave brisa que acaricia tus cabellos y aunque yo no estuviera para verte regresar mi alma acongojada te estará esperando por siempre

133. Tissiana Lluberas Texeira - Uruguay:

La transformación

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Su mente se dejó llevar por las anécdotas vividas, después de todo, se transformó en una gran oportunidad para él.

En lo profundo de su soledad pudo verse a sí mismo, sacó a flote esos sentimientos que llevaba atorados por años, liberó sus penas, unió sus piezas rotas y se reinventó en una versión más fortalecida.

Ni bien terminó la cuarentena corrió hacia su familia para abrazarlos, ellos son el sostén de su vida. Inmediatamente, puso en marcha todos los planes que estuvo organizando en su cabeza. Para su sorpresa todo fue un éxito. El trabajo que siempre soñó surgió justo durante la crisis. La tecnología le permitió conocer a una chica maravillosa.

Ahora, valora otras cosas que antes no le prestaba atención, la ducha lo hace sentir pleno, lo desestresa mientras el agua corre suavemente sobre su piel.

Ya está listo para volver a su motivadora rutina.

134. Hernán Javier Rodríguez Cervantes - Colombia:

El resultado espiritual de la cuarentena

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Sin pensarlo mucho se vistió, preparó su desayuno y decidió salir. Ya no era capaz de albergar sentimientos profundos de alegría o tristeza, solo un eterno desasosiego con relámpagos de calma.

En momentos así podía sentir los rayos del sol iluminando la mañana y brindándole calor a su tersa y agotada piel. La brisa movía levemente las hojas de los árboles y su cabello. Los jaguares paseaban tranquilamente por las calles.

El saludo casual con algún vecino, las despedidas afectuosas y la cercanía se habían sido reemplazadas por prácticas higiénicas y preventivas. Y claro está, era mejor guardar la distancia con los Jaguares. Con su fuerza milenaria y líneas de carácter divino habían hecho de las calles sus dominios. De cuando en cuando alguien quedaba petrificado o era devorado, pero moría menos gente que con la pandemia.

Al dar vuelta a la calle, tropezó cayendo al suelo. Al levantar la mirada se encontró con la penetrante mirada de un jaguar. Un frío terror se apoderó de él. Un millar de puntos rodeaban los ojos amarillos que no se desviaban ni parpadeaban. La pupila le reveló en un segundo los hilos que regían la existencia, los espacios sin tiempo y los tiempos sin espacio. Pero el jaguar

satisfecho con haber devorado su alma partió lentamente mientras él, mirando el vacío, trascendía en la escalera espiritual.

135. Alicia Alejandra Araujo - Argentina:

Sobrevivir

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día en que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Bajo el agua tibia oyó que Joaquín preparaba el desayuno.

Untaba mermelada al pan y su mirada todavía se perdía.

-¿Por dónde navegan tu pensamientos Elena?

-Por grandes mares -sonrió-. ¿Cómo llegamos hasta aquí? Tú frente a mí, a minutos de salir a construir un día que tal vez no cuente en tu vida o la mía o posiblemente marque la diferencia para nosotros, tus alumnos o mis pacientes. Cuando me duchaba vino a mi mente la palabra valor. ¿Cómo fue posible lidiar con tanta incertidumbre? ¿Cómo hice para ir cada día al hospital? y ver el final de la vida de tantos seres, que no sabían a qué temer, pero estaban aterrados. Yo le temía a perder, al fracaso. Siempre estamos frente a la muerte pero no somos conscientes. Mi trabajo era ayudar a las personas a recuperar la salud, en cambio todo lo que hacía era en vano. Día tras día entraba al hospital sin saber en qué momento saldría. En cambio, salí y aquí estamos con nuestra segunda oportunidad al frente, desayunando. ¿Sabes? no me había dado cuenta de lo valioso que es este momento.

Una hora después, de guardapolvo blanco, Elena abrió la puerta de la sala de internación y se paró junto a la cama donde también peleó por su vida durante veinte días.

136. Laura Benítez Rodríguez - España:

Libre con él

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Nunca más lo sería, al menos para ella. Cuatro meses pudiendo ser libre y, sin embargo, seguía voluntariamente presa entre paredes llenas de recuerdos. No hay peor cárcel que un corazón triste, y ella cumplía la condena de seis meses sin él.

El agua caía sobre sus piernas huesudas y débiles, mientras de nuevo buscaba esa silueta tras la cortina, donde él siempre la esperaba con la toalla temblando entre sus manos. Siempre la cuidó, y ella no pudo hacerlo en sus últimos días. Ya no tenían sentido esas promesas que se hicieron a través de una pantalla, porque no volverían a pasearteniéndose como bastón el uno al otro, ni cogerían el sueño cogidos de la mano. Tampoco peinaría su pelo de plata, ni volverían a decirse “te quiero” con sus ojos grises, sin necesidad de palabras...

Gotas frías cayendo en su piel arrugada, anunciaban ya una ducha prolongada. No sabía cuánto tiempo había estado anclada en los recuerdos. A veces despertaba de ellos y la oscuridad inundaba la casa, otras, el teléfono la forzaba a salir. Pero pronto, y de mutuo acuerdo con su conciencia, volvía para vivir en ellos. Siempre volvía para buscarlo. Lo encontró mientras dormía, y cogió su mano más fuerte que nunca. Porque solo ahí se sentía libre de cuarentenas, virus y caos. Libre con él para siempre.

137. Antonio Fernández Álvarez - España:

Vivir con miedo

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Toda su vida se había desmoronado durante estos últimos meses, el primer mes perdió su empresa, el segundo mes su mujer se fue de casa, más tarde supo que lo había ido con el vecino del bloque de enfrente con el charlaba cuando salía a las ocho aplaudir desde el balcón. (Él reprobaba este acto y por ello no salía. Solía llamarlo la dictadura de los balcones). El tercer mes tuvo que abandonar el piso que tenía arrendado ya que con la exigua paga que tenía no podía pagarlo. Durante este último mes había estado durmiendo en su coche. Hacía dos semanas que había conseguido un trabajo y hoy había alquilado una habitación de una modestísima pensión con un baño común para todos los inquilinos.

Dejó caer durante un largo tiempo el agua, para limpiar el plato de la ducha, a pesar de todo iba a meterse con unas playeras temía coger hongos o cualquier otra cosa. Cuando se introdujo el agua era fría, se quejaría al dueño de la pensión, aunque para él ahora era un alivio ya que sintió tonificarse todo su cuerpo.

Cuando salió limpió concienzudamente la ducha como si la volviera a utilizar él. Soy solidario, responsable pero no soy un héroe qué carajo. Se vistió subió a la azotea del edificio y se arrojó, muriendo en el acto.

138. Jesús Flores Navarro - España:

Sarah-21

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual, poca motivación le quedaba a Pablo para ir cada día a la Universidad y enfrentarse al test de resistencia al virus, obligatorio para entrar a cualquier edificio. Le quedaba poder ver a Sarah, a distancia, con su rubia melena, sonriendo bajo la mascarilla. Los vídeos que emitían por todas partes le recordaban sin parar los nuevos efectos del virus, ahora llamado Covid-21, más agresivo. Más peligroso, impredecible. Sus amigos se habían adaptado mejor al cambio, a Pablo aun le seguía pareciendo una película de terror.

Normalmente la cola de entrada al aulario era larga y tediosa. Los controles tomaban mucho tiempo por persona. Pablo se cansaba de tanto esperar. Pero hoy había mucho más movimiento que de costumbre, nadie estaba guardando la fila, los guardias normalmente apostados en la puerta principal, ahora rodeaban a una figura que se agachaba en el suelo, a quien una larga melena rubia le tapaba la cara por completo.

Pablo sintió el pánico pero no pudo dejar de avanzar hacia la figura en el suelo, solo deseaba estar equivocado, que no fuera...

- ¿Sarah...?

Su cuello giró de forma antinatural. Esa ya no era la cara de Sarah, esa no era su voz aullando de dolor y rabia. Esa no era su mirada, que le perforaba ahora con un hambre animal. Los disparos silenciaron la escena como una sentencia.

139. Cristina Melendo Viñado - España:

Enfoque paradójico

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Por aquel entonces solía mirar a la vida con las ansias de exprimir su esencia, con la necesidad de saborear cada instante, adorando el presente y a su antojo sus emociones se iban moldeando positivas, disfrutando, sintiendo y

agradeciendo la libertad que la existencia le regalaba. En esos ojos verdes, se transmitían el amor, el enfoque relegado y optimista del camino.

Pero... sí... podía afirmar que ya nada era igual... lo invisible le estaba robando lo más valioso. Albedrío y espontaneidad se tornaban ahora grises, y el transcurrir del tiempo compartido se volvía ahora inalcanzable. Tras una vida recorrida, se tenía que conformar ahora con observar desolada el final desde la ventana.

Su experiencia, las arrugas de su piel, es lo que dicen no le permiten volver todavía al instante antes de que surgiera todos aquellos parásitos que nos rodean. Entonces reflexionaba y pensaba en que cuando viveza y entereza se unen para aprovechar la incertidumbre del tiempo final ¿Por qué se merece permanecer en una cárcel de vida? ¿No es mejor un tiempo compartido que una eternidad en soledad?

140. Daniel Esteban Escobar Quiroga - Colombia:

6 am

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual

Cuanto... cuanto aguantara nuestra humanidad, en que momento la vida se vuelve una supervivencia.

Tic, Tac, Tic, Tac...

Cuanto más, cuanto falta para que seamos gobernados por nuestros impulsos primitivos, sigue pasando el tiempo... cuando caerá el asteroide de nuestros deseos...

¿Cuánto?, ¿Cuándo?... ya no importa. Pensé que esta ¡maldita! libertad de salir donde quiera, me estaría matando, jeje matando... pero, desde el día en que...

Deje de sentir, ya incluso las estoy olvidando, pero aun extraño sentir mi cuerpo caliente, sentir el olor, el calor de ellas, ¡cuatro meses!, y ¡ni una lagrima! Aún recuerdo esos ojos brillantes, esas mejillas llenas de lágrimas, recuerdo... ese adiós con la mirada...

Cero el grifo, han pasado 40 minutos y ni un solo movimiento.

Salí ese día, el primer día sin cuarentena, la calles estaban desiertas, no por falta de personas, pareciera que hubiera que sido mejor morir, creo que era el único que sonreía, que amo tocar el sol, respirar la vida nunca estuve más feliz, sé que si ellas estuvieran, harían lo mismo...

De repente una lagrima resbalo por su mejilla, tambaleo un poco, ahora sus mejillas estaban inundadas... entre susurros decía

Con que así se siente ese vacío, supongo que es parte de morir, porque no... no salí ese día, porque... hace cuatro meses... morí
¡Rinnnnn!, ¡Rinnnnn! Sonó el despertador de las 6:00

141. Nina Carbonell Boixadé - Andorra:

Cuarentena extendida

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Marcó mentalmente otro día en el calendario. Su mujer habría salido hacia el trabajo y a él le empujaba la rutina. Se afeitó, se puso su traje y preparó el ordenador para la videoconferencia. Sus alumnos siempre le alegraban un poco la mañana. Cuando conectaba la webcam rompía el lazo con su mundo y eso devolvía la sangre a sus venas. Era el único momento del día en que dejaba de pensar en ella, solo un poco. Por ese motivo no había aceptado la excedencia cuando el decano se la ofreció compungido. Seguir dando clases de ciberseguridad le blindaba el corazón.

Pero las clases virtuales eran breves. Solo una hora y media al día, después volvía el silencio. El silencio desgarrador de esa escena que perpetuamente se reproducía en su mente. Se acostó y, con la ayuda de su nueva asistente de sueño encapsulada, se durmió sin compañía. Esa noche durmió, pero volvió a soñar con el accidente. Habían pasado cuatro meses desde el primer día que la gente cogió otra vez sus coches. Ya nada era igual.

142. Laura Ferrer Burguillo - España:

Lo que el coronavirus dejó

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Ni siquiera la gente era la misma, y salir a la calle sin miedo era todo un reto. Con una toalla enrollada en el cuerpo y otra en la cabeza, se asomó a la ventana y ahí lo vio, su reflejo.

Ella también había cambiado, su forma de ser, su forma de mirar y su forma de querer. Ahora quería mejor, el problema es que ya no quería a Pablo. Después de cuatro meses aún no se

habían visto, ni se volverían a ver. A pesar de tenerlo todo de su lado para luchar por su relación, nada fue capaz de mantenerla viva durante el confinamiento. Las videollamadas se hicieron aburridas, los mensajes de texto empezaron a ser escasos, y las ganas se convirtieron en inexistentes. Ambos sabían lo que iba a suceder, sólo era cuestión de tiempo, pero retrasarlo era su excusa para sentirse menos solos. El día que cortaron, el último día de cuarentena, ninguno de los dos lloró.

El coronavirus se llevó todo lo que pudo, pero hizo más fuerte a lo que dejó.

143. Andrés Pérez González - España:

Las Cuatro Cabañas

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Su fatiga comenzaba a ser palpable y la situación insostenible. Obligada por la coyuntura, cerró el grifo y salió decidida a escapar de las Cuatro Cabañas.

Se adentró nerviosa en el sombrío bosque circundante y, pasadas un par de horas, encontró el primer objeto. Tampoco se hizo de rogar el segundo. Sin embargo, la fuga no iba a ser tan fácil. El último objeto, que permitía completar su huida, estaba custodiado en el interior de una de las cuatro casetas. Al final, tras una reflexión de unos segundos y una larga caminata, llegó al oscuro y nauseabundo lugar. Entró por la ventana trasera y, cuando se dirigía temerosa a la cripta, escuchó unas pisadas. Las pisadas precedieron a unos gritos y estos a una angustiante persecución por toda la caseta. Después de varios minutos de cacería ineficaz y antes de notar su acelerada respiración, ella consiguió abalanzarse sobre la puerta del hipogeo y echar la llave bruscamente. Pero, para su desgracia, unos golpes le bastaron a él para derribar la puerta y, en ese momento, la chica dejó de tener anhelos con los que soñar.

144. Pedro Nieves - Venezuela:

Agua fría

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Los días pasaban más rápido, pero los recuerdos impregnados de llanto y muerte quedarían por siempre en su memoria. Al sentir el agua fría mojando su cuerpo, se transportó a aquella noche que lo hizo tiritar de miedo.

John era un médico, que tras la pandemia, había perdido a su hijo Michael. Sintióse vacío por la repentina noticia, siguió trabajando. Después de un día agotador, se quitó sus guantes, lavó sus manos, y buscó el registro de pacientes en el último pabellón del hospital. Misteriosamente, encontró las luces apagadas, sin nadie alrededor, con la excepción de una gotera retumbante que rompía el silencio. Su perdición, era su curiosidad. Se dirigió al final del pasillo, de donde provenía la gotera. Encontró un baño con la puerta entreabierta, lo que parecía una sutil invitación. Adentrándose, descubrió el grifo del lavamanos mal cerrado, junto a un niño parado en una esquina. John le preguntó si estaba bien, a lo que el niño solo respondió, señalando su pecho, por donde empezaba a brotar una mancha de sangre a través de la camisa. John armándose intentó sacar al chico de la esquina, para su sorpresa, su mano lo atravesó, desmaterializando al niño, lo que dejó una estela de sufrimiento que clavaría una daga en el corazón de John, con la frase que pronunciarían las sombras: “hola papá”.

145. Vicky Pérez Mirambeaux - República Dominicana:

Extrañando lo cotidiano

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Aurora empezó a ver la vida desde otra perspectiva. Siempre tuvo una actitud positiva, soñadora, el alma de la fiesta; sin embargo, estar en confinamiento, temiendo que algo tan pequeño podría hacerle daño, la transformó. Sus sueños se llenaron de ansiedad, se convirtió en tinieblas su luz interior.

Desde entonces, cada vez que toma la ducha, reflexiona en lo frágil y temporal que es la vida. Cuatro meses, se repite a sí misma...cuatro meses en que cada día salir al exterior parece reproducir la escena de una película post-apocalíptica; donde los tapabocas y guantes son parte del atuendo diario y nos hacen pensar que usándolos estamos más seguros ante ese enemigo poco conocido.

¿Hasta cuándo estaremos así?, se pregunta constantemente. Extraña su vida de antes, la cercanía social, los apretones de mano...extraña sentirse “humana”. Aurora no sabe la respuesta, pero a pesar de la incertidumbre que la acompaña, queda en ella esa esencia de positivismo que la caracterizaba.

Aun viendo el día gris, mantiene la convicción de que esta etapa pasará, los abrazos volverán y las personas serán más sinceras y humanas. Las cosas materiales no serán prioridad y que, así como ella, el mundo habrá entendido el valor del tiempo que compartimos con los demás y lo mucho que extrañamos nuestra cotidianidad cuando nos la quitan de las manos.

146. Araceli adriana Contreras - Argentina:

Sí

Cuando abrí el grifo de la ducha recordé, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. ya nada era igual. En su vida, en la de todos, nada era igual. Su amor perdido, lejos tanto tiempo! Todos los días se comunicaban, una manera de estar cerca, video llamadas, mensajes de voz. Hasta el día que no obtuvo respuesta. ¿Que le pasó? ¿A quién recurría ella si el estaba solo en el mundo, bueno la tenía a ella.

Lloré como loca tantos días! Ya no podía ni abrir los ojos de tan hinchados!!!

Recordaba los cuarenta años vividos juntos, cuarenta, cuarentena, que ridículo! Los separó, él, él se murió! Solo, lejos de su casa, por qué no lo acompañe en su viaje? Murió solo, solo con sus miedos, angustias...amor!

Solo como yo ahora, con mis angustias, miedos y sin mi amor. Para quién vivir? para que?

Llamaron a la puerta.

_Señora Ester?

-Sí

_Miguel dijo que quizás usted puede cuidar de él. El nieto de su amiga fallecida, no conoce a nadie más.

Miguel la miró a los ojos, y ella dijo SIII!!! Yo me haré cargo. La mayor razón por quién vivir!.

147. Anna Gómez - España:

LG y otras marcas

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Era extraño, todavía le resultaba casi un sueño y eso que había tenido medio año para acostumbrarse. Minucias, pensó. Semidesnudo, acercándose hacia el ventanal del salón recordó con cierto desdén el insignificante, aunque enormemente molesto, incidente que tuvieron justo durante la segunda quincena del confinamiento.

Un martes cualquiera (¿o quizás era miércoles?, quién sabe), le llegaron desde la cocina unas carcajadas ligeramente tensas acompañados con lejanos -no puede ser, no me jodas-. Claudia y la nevera echaban humo. Faenón. Abandonaron la nevera a media noche, con prisas. Batallaron con cinco webs de electrodomésticos, con el servicio técnico y como no, Amazon. La compraron con prisas, a lo bravo, sin pararse a pensar. Hay que decir que la presión por las bolsas de guisantes descongelándose y los derivados lácteos abandonados a su suerte les pudieron.

Los siguientes días, mientras esperaron rigurosamente el período de entrega fueron interminables. Una vorágine de compras de bolsas con hielo y bajadas a la calle de “extranjis” (reconociendo que más de una vez al día). La cocina estaba hecha un “ecce homo” (seamos claros). Cubos de agua helada repletos de guisantes flotantes y yogures boca abajo. Todavía, no sabía como llegó la nevera a su casa, ni quería saberlo. Fue como si estuviera en trance. Pero varios días más tarde allí estaba. Nueva. Reluciente.

Adoraba a Claudia.

148. **Marta Castro Blanco -España:**

Qué diría Paloma

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. El mundo rotaba ahora de este a oeste y los héroes ya no tenían superpoderes, vestían de bata y sus ojos eran los que hablaban.

Camille, endeudada por la herencia de Paloma, había sido años atrás diagnosticada con TOC. Las barandillas le aterrorizaban, un pensamiento insistente cada vez que bajaba al metro desde su piso en la calle Zurbano le taladraba. La pulcritud era inexistente en cualquier lugar público. Y Paloma le advertía de que sus obsesiones la llevarían por mal camino.

El 10 de marzo fue ya demasiado tarde para Paloma, fallecía a causa de una neumonía bilateral tras su viaje a Nepal, los supermercados empezaban a abarrotarse y los desinfectantes a desaparecer. El pecho de Camille sudaba de manera excesiva, le costaba respirar y pensaba qué iba a hacer ahora que no tenía suficientes víveres en su piso. Quería marcharse corriendo y dejarlo atrás. Ahora ya no podía. Subsistió con lo que le quedaba en la despensa mientras pudo, alejada de cualquier contacto con el exterior.

Hasta que un día empezó a darse cuenta de que las calles ahora estaban desinfectadas, de que todos llevaban guantes y mascarillas. Su pecho dejó de palpar de manera descontrolada y empezó a leer los ojos de la gente, sus sonrisas al pestañear y su asombro al abrirlos. Ahora el TOC lo tenían otros. Pobre Paloma.

149. Stella González Fernández - España:

Sueños reales

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. No paraba de preguntarse cuándo volvería aquella situación.

Una situación que nos hizo cambiar a todos. Que nos ha obligado a poner nuestros trajes de superhéroes. Trajes en los que encontrábamos superpoderes para superar cada día. Una situación que mutó los hábitos de vida de toda la sociedad.

El pueblo consiguió por primera vez gobernar. No existían gobernadores ni jefes de estado. Cada persona conocía su función. Las ciudades dejaron de estar saturadas y los pueblos volvieron a tener vida. La Tierra empezó a respirar.

Era complicado superar el miedo que aquella pandemia les había implantado en la mente y en el cuerpo. No paraba de recordar el inmenso número de personas que habían perdido la vida agarradas a su mano. No paraba de recordar lo duro que se hacían las 12 horas de trabajo, las llagas que habían salido en su rostro por el exceso laboral, lo largo que se hicieron esos dos meses que estuvo sin poder ver a su familia.

Todo ese sacrificio, ese sobre esfuerzo, parecía que estuviese preparado para una mejora de todo. Una mejora social, ya no existía hambre en el mundo y una unión global que pocas veces nos podíamos imaginar ni en el mejor de los sueños.

150. Serena Soriano Palacios - España:

Volver a ser

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual, no sabía cómo hablar con los suyos, como volver a socializar cuando todo acabara. Se sintió más alejada del mundo y de ella misma como nunca. Desconectada como un aparato electrónico, sin sentir nada, nada bueno, pero tampoco nada malo. Creía que podría seguir así para siempre, como si fuera su única y última opción. Pero tenía que seguir, no sólo por ella, por su familia, por volver a vivir de nuevo como antes, como ella quería volver a ser; radiante, con luz propia, feliz. No sabe si lo conseguirá, duda de ella misma, duda de los demás, de todo. Pero aunque no siente nada, no puede evitar pensar en que podría volver a ser como era antes, como todos la veían y se veía así misma; ser ella en su pura esencia sin esconder nada, sin esconderse a ella misma. Porque volver a ser la misma persona en un mundo distinto no es fácil, pero no imposible.

151. Ignacio Nicolli - Argentina:

Riesgos de enamorarse en tiempos de virus

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

El trabajo era cada vez más exigente, la demanda en este rubro había aumentado exponencialmente desde la catástrofe. Esto le hacía casi desear haber muerto en este suceso, no había nada ni nadie por quien luchar, ni mucho menos alguien que llore su muerte.

Ya no soportaba el hastiado silencio que lo aturdiría en aquella lúgubre sala. Cada sonido era estrepitoso en semejante tempano de concreto. Sobretudo el chirrido de la puerta, que, en ese instante, se iba a convertir en un recuerdo inolvidable.

Una inmaculada mujer de cuerpo esbelto y rizos castaños, análogos a la escalera en espiral de la capilla de Loreto; con algunas sutiles pecas que decoraban su rostro, como los cráteres decoran a la luna; penetró en la habitación de alma pétrea.

Lo cierto es que enamoró al inocente que se encontraba allí parado, al parecer, había encontrado alguien por quien luchar y una persona que llore su muerte. Una verdadera lástima

que ella estuviera engarzada en una espesa madera de roble, y que no se pudiera apreciar el brillo de sus ojos.

El trabajo en la morgue no se detenía.

152. María-José Calvo Martín - España:

El secreto

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

La angustia, la soledad, el desasosiego seguían pegados a su piel.

Por muy caliente que cayera el agua, por mucho que rascara su piel y su alma, seguían ahí...temor, tristeza.

Julia retiró el vaho del espejo y observó su reflejo, desconcertada.

No se reconoce, ¿dónde están el brillo de sus ojos, la sonrisa eterna, esa chispa divertida?

Allí sólo hay un rictus sin color, un montón de arrugas y unos cercos violáceos bajo unos ojos, antaño azules como el cielo del verano en Ibiza.

El mismo sueño se repite incesante para recordarle lo perdió...

“Julia trabaja oculta bajo mascarillas, gafas, pantallas, batas, guantes, envuelta en respeto, entereza y entrega.

El miedo se puede oler, lo traspasa todo, pero él es distinto.

Con esos ojos ancianos, bondadosos, llenos de sabiduría, conocedores de la vida y la muerte, dice que ya es la hora. Que ella no podrá estar allí, junto a él. Ella se fue hace unos días, tal vez tuvo una Julia a su lado.”

Volvió a mirar su reflejo, y aunque perdió amigos, familiares, incluso juventud, descubrió en sus ojos lo que ganó.

Allí estaban la valentía y el amor que aquel anciano le regaló.

Entonces sonrió, ya nada sería igual.

153. Bianca Jaldin - Bolivia / Estados Unidos:

Un ojo gris con un filtro de gota de agua de colores

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual, pero si se relevó muchas injusticias que no aparecieron así de la nada, pero se hicieron más resaltantes. Se puso a pensar de las cosas que al final salieron a la luz y que es de huevos de gran importancia. Empezando por: La fragilidad e indigencia del sistema de salud en todo el mundo, la imprudencia de desechar todo consumido por el humano como no diera la gran importancia que el planeta tierra se está convirtiendo en una gran boñiga, la endeblez cuan importancia es la economía para todos y por último la carencia de empatía con los seres prójimos (no solo me refiero a los animales (cosa que es importante) pero con las personas que son más afectadas en esta incertidumbre). Es una experiencia de sumamente acojonante que nadie olvidará por un largo tiempo y para salir de ella también tomará tiempo. Paró inmediatamente y pago el grifo de la ducha. Se secó lo más rápido posible y se puso una sudadera y unos pantalones. Ese día también llovía al igual que sus pensamientos. Ya nada igual pero la normalidad también fue algo anormal. Las emociones que se siente en ese momento es algo caótico e indeciso que solo provoca ansiedad y tristeza. Se suponía que iba a volver a ver su familia después de un año entero y ahora solo quería llorar.

154. Jerry Ralph Brizard - Haití:

La atracción deslumbrante se difunde de una paranoia a otra

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual". Tantos cambios, tanta posdata. ¡Vaya!

Marcia se confundió con el uso del velo de novia.

Lo de la puridad y de la virginidad y de los matrimonios arreglados.

Muy bloqueada en eso.

Pasaron días se miraba al espejo.

A Veces le parecía ver un bloque marrón agrietado.

A Veces, máscaras trazadas por la mitad.

Mitad sonrisa, mitad frustración.

Creció en ella el deseo de ir a la iglesia. En el camino, la primera cosa vio, un velo de novia colgó en el árbol. Muchas cosas pasaron por su cabeza. Llegó y se arrodilló para la oración. _ «Dios es amor y misericordia ». Asustada de esa frase salió corriendo y a mitad de su camino se encontró un anciano con preguntas.

- Y sí la belleza enojona y el bien es callado? ¿Al cambio?

- Y sí cortó la cuerda en cinco? ¿Puedo considerar cada pedazo como una cuerda? ¿O cuanto pedazo pego para tener una cuerda?

Claro que se puede...

Tantas preguntas comenzaban en ese «y si...»

No comprendió y siguió su camino. Está vez no corrió. De lejos escuchó la voz del anciano:

- Si no me comprendes, no podrás dormir en cuatro días.

Quedó todo el día con esa frase y aquella la noche no durmió.

Tantos cambios.

Pobre Marcia.

Pobre anciano.

Pobre mundo.

155. Rafael García Sanz - España:

Madre

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Todo lo vivido antes del estado de alarma parecía haber ocurrido hace siglos, como si se hubiera abierto un paréntesis de vacío entre el antes y el después. No se hablaba con su madre. Tenían valores e ideas totalmente incompatibles pero las noticias sobre muertos, heridos y sanitarios infectados les habían puesto en vilo a ambas.

Necesitaban llamarse, pero el orgullo lo impedía. Cuando Paula no pudo más lo hizo. Madre e hija comprendieron que los irreconciliables motivos de la ruptura de sus relaciones eran minucias cuando vieron la posibilidad de perderse la una a la otra. Se pidieron perdón sintiéndose miserables y se juraron que jamás iban a separarse.

Esta crisis la había puesto al borde de su aguante psicológico. La presión sufrida había excedido los límites de lo que ella creía posible. Llevaba cuatro meses flotando porque poco a poco todo había ido volviendo a la normalidad en el hospital donde trabajaba.

Durante el viaje a su pueblo natal, iba recordando como a fognazos todos los tiernos recuerdos de la infancia que implicaban a su madre y a ella. Cuando la abrazó al llegar lloró como una niña. Se vieron tan dichosas de haberse reconciliado que ahora supieron que habían ganado la

batalla. Porque a veces los tiempos de guerra nos enseñan lo que la indiferencia de los tiempos de paz destruye.

156. Karen Tapia Tropa - Chile:

Cinco años, cuatro meses

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Todavía tenía el sudor de su amante pegado sobre la piel. ¿Podría el jabón llevarse ésta molesta sensación? El agua comenzaba a dibujar caminos difusos sobre las baldosas. No: el jabón no podría llevarse jamás la incomodidad de todavía, ser la otra.

Habían sido semanas extrañas atrapada en sus pensamientos: él y ella ahora juntos, atrapados también en su casa con la posibilidad de verse cada día las caras y algo más. El amor prometido encerrado bajo las llaves de la cuarentena mundial. Ella en cambio sola en su casa, de la cama al sillón, sobreviviendo del aire y de pasados recuerdos.

Ahora, todo había vuelto a la normalidad, ¿pero y acaso los virus del amor, permanecerían intactos al cambio de paradigma?

Esa sensación de desconocerle luego de no tenerle por tanto tiempo en su ser le carcomía por dentro, sin poder apagarse bajo el agua fría.

La seguridad se instalaba nuevamente en todas partes, ¿pero y esa otra seguridad instaurada en la materia gris del pensamiento, donde ningún desinfectante podría hacer maravillas?

Cinco años soportando la rutina y de pronto, cuatro meses nos muestran la realidad sin más.

Permaneció bajo el agua y desde lo lejos escuchó que su ex amante le llamaba.

-No-, pensó ella para sus adentros -No existe nada tan fuerte con que limpiar todo esto-.

157. Natasha Belén Canovés - Argentina:

Cuatro meses

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Al menos no para ella, que el encierro había desestabilizado una vez más su salud mental.

Mientras tanto en su país la gente seguía en las plazas compartiendo mates entre rondas de guitarras, y se aglomeraban en las puertas de los grandes recitales que habían pospuesto para después de la cuarentena. Los teatros tenían funciones agotadas y los boliches nunca habían visto tantos adolescentes desesperados por salir. Como si sufrieran abstinencia.

La gente ya no se veía alterada, ni triste. Atrás habían quedado los barbijos y los guantes de látex.

Ella apenas se animó a asistir a un encuentro de poetas anónimos y algunas funciones en un cine independiente. Fue allí, en uno de esos encuentros donde notó algo peculiar en su cuerpo. Había comenzado a prestarle más atención, y se percató de algunas manchas moradas. Similares a las le habían brotado a Charo su amiga, y su novio. Miro alrededor, eran las mismas en la piel chica en el micrófono, y en el chico de al lado, y en su madre, y en todos en la calle... "Resistiré, erguida frente a todo..." la música del despertador la volvió a la realidad, miró su reloj, apenas las 04:35 a.m. Tomó su medicación de la mesa de noche y miro de reojo su calendario, aún faltaban cuatro meses para que finalizara la cuarentena.

158. María Tineo - Venezuela:

Entre dos mundos

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que había pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena.

Karielena miro al piso de la ducha y vio muchas arañas salió espantada, confundida sin poder gritar, sin poder expresar el miedo que sentía, esa mañana olvidó tomar sus medicinas, sus alucinaciones empezaron desde niña todos la trataban como loca, nadie entendía su vida, mientras caminaba para llegar a la cocina, su corazón casi se salía, al ver a su madre llena de avispas empezó a quitárselas pero sin querer la golpeaba y María le dijo, hija es en tu mundo donde alucinas en mi cara no hay avispas, cálmate, tomate tus pastillas. Allí Karielena entró en su mundo de agonía gritaba, lloraba, corría; pero su mamá no puede entender su mundo, porque pasan cosas que ella no veía, son alucinaciones, pobre de su hija. Pero Karielena sentía que estaba avanzando porque hoy recordó que habían pasado cuatro meses de aquel día cuando María medio la comprendía, Cuarentena para ella que vive una vida bella en un mundo sin cosas feas, mientras Karielena vive su esquizofrenia encerrada en dos mundos así haya pasado la cuarentena.

159. Loli Luzón Querol - España:

Ya nunca más

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena.

Ya nada era igual.

Aun bajo el agua, ya no recordaba el olor de la playa, ni el sabor del mar.

Ese mar en el que antes pasaban sus tardes.

Y sus noches. Largas noches contemplando la Luna.

Su Luna, que ahora parecía muy lejana desde su pequeño balcón.

Ya nada era igual.

Ya no recordaba el viento, ni el sonido de los árboles. Nunca pensó que echaría tanto de menos ese terrible viento que le despeinaba el cabello.

Ahora solo era un pequeño susurro que golpeaba en su ventana para recordarle que seguía allí.

Que estaba viva.

Se pasaba los días sentada en ese pequeño balcón. Se imaginaba en la calle, viendo a la gente pasar.

Los demás habían vuelto a la normalidad.

Había niños corriendo en el parque, adultos distraídos, siempre con prisas, llegando tarde a cualquier lugar.

Una pareja camina de la mano. Distraídos, pero a su manera. No tienen prisa por llegar. No llegan tarde a ningún lugar.

Nunca es tarde para amar. Para mirarse a los ojos de nuevo.

Ella sigue en cuarentena y sueña despierta. Echa de menos mirarle a los ojos, el calor de su abrazo.

Se imagina que no es real, que un día de estos despertará a su lado.

Pero ya nada era igual, no quería escuchar el mar ni sentir el viento.

Él ya nunca más estaría allí.

160. Inmaculada González - España:

Dorado y rojo

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual, los muertos llenaban las funerarias y la gente moría de pesar. Él había perdido a su hermana y a su abuela, lloró por ellas durante días, pero ahora tenía algo más por lo que llorar.

Sus padres comenzaban a pelear y el divorcio estaba en camino, ignoraban a Marco, el protagonista.

Marco terminó de ducharse y se vistió, no quería estar en casa, la claustrofobia comenzaba a molestarle y más cuando su casa era un generador de ansiedad.

El campo se alargaba bajo sus pies, pero él se dirigió a la zona escarpada, el barranco. Podría saltar, así de simple. Su cabeza se llenaba de voces... "Salta y reúnete con ellas" "debes ayudarles"...

Las lágrimas volvieron a sus ojos y al levantar la vista pudo ver a una mujer junto a él, no le dio tiempo a reconocer su rostro ya que se tiró al vacío dejando una cortina de pelo dorado.

Asustado, volvió a su casa. No temía morir él, pero ver morir era otra historia. En la puerta, su padre llamaba por teléfono, molesto por no recibir respuesta, cuando vio a Marco le preguntó por su madre y él negó.

Entró a la casa para rehacer su vida, la foto de su madre enmarcaba la pared, su piel pálida, sus ojos azules y su cabellera dorada le dio fuerzas para seguir.

161. María Lobo Doncel - España:

La gran luchadora

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Terminó de aclararse el pelo y recorrió el baño con la mirada hasta que esta se posó sobre su madre, que se peinaba frente al espejo. Ellas siempre habían tenido esa confianza, por lo que no era raro que una usurpase el baño en presencia de la otra y a la inversa. No pudo evitar sonreír, aunque sus ojos se llenaron de lágrimas. Los mechones de pelo resbalaban sobre sus hombros y caían al suelo con cada movimiento del cepillo.

Cada vez más rápido, cada vez menos disimulado.

Daniela ya estaba acostumbrada a este tipo de escena. Se repetía unas tres veces en semana.

Cuando los dos últimos mechones rozaron las baldosas del baño, tuvo que apartar la mirada y sustituir la sonrisa por un gesto más amargo. Las previsible lágrimas brotaron de repente, no con el consentimiento de su dueña, pero... ¿qué podía hacer?

Pese a no verla, sabía que su madre ya no se peinaba. Estaría ajustando su mascarilla, como hacía tres veces en semana antes de salir.

-Oye, Dani -dijo cuando por fin abrió la puerta del baño- Todo va a salir bien.

Daniela la miró y asintió con la cabeza, justo antes de volver a sonreír.

Ya nada era igual. Ella no era igual. Su madre no era igual. Su vida no era igual... Pero todo iba a salir bien.

162. Cristina Delgado Herrera - España:

Adiós

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Él no estaba.

Mientras las gotas templadas caían sobre ella, sonaba una canción de fondo y su mente viajó al pasado. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Distanciamiento, respuestas frías, llamadas sin contestar.

El día que por fin pisó el asfalto sintió libertad, el sol en su cara y unas ganas inmensas de abrazarle. Echó a correr cuando de repente... se paró en seco. Allí estaba. Acompañado. Una mirada, un beso y un abrazo que la rompió en pedacitos.

Temblorosa cogió su teléfono para escribir:

"No quería verlo, pero el destino me lo ha puesto delante. Contigo siempre han sido años de incertidumbres, dudas y esperas; quizás fue mi culpa idealizar nuestra peculiar y bonita historia, como tú la llamabas.

Siempre has estado en mitad de mi vida, diciéndome que no estabas preparado para decirme adiós. Ahora sé que solo era egoísmo.

La última vez que nos vimos nos despedimos con un beso y planes próximos, mientras que yo seguía agarrada a algo que era mentira. Y tú lo sabías.

Ojalá algún día sea capaz de pensar en ti sin sentirme de esta manera. Sé feliz".

Ahora las gotas eran frías. Se mezclaban con sus lágrimas mientras tiritaba y su corazón palpitaba fuerte. Se puso la mano en el pecho y sonriendo, pensó: "El mundo entero ha resistido, nosotros también lo haremos".

163. Paloma Aguado López - España:

Crudo

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual, algunos ya no estaban. Sólo le quedaba Max, su fiel amigo canino. Aún así seguía sintiéndose sola y apagada. Su vida ya no era igual, era como si continuase en aquella pesadilla de hace 4 meses.

164. Mónica San Juan González - España:

Mascarilla 19

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Nada había vuelto a ser lo mismo desde que todo empezó.

Habían pasados 10 días desde que el Gobierno declaraba el Estado de Alarma en el país, Manuel llevaba en estado de sobriedad desde entonces. Eran las 4 de aquella fatídica madrugada cuando escuché gritos provenientes de la cocina y varios sonidos estridentes lo siguieron haciendo llegar hasta la puerta del cuarto de baño pequeños cristales que se colaban por debajo. Creía estar en un estado alucinógeno después de llevar dos días encerrada y sin apenas nada que llevarme a la boca; para corroborarlo me acerqué hasta la bañera y abrí el grifo del agua mientras mi cuerpo sentía varios espasmos que me recordaban que seguía con vida a pesar de mi pésimo estado de desnutrición, el sonido del agua debió de advertirle de mi presencia y dos segundos más tarde lo tenía de nuevo sobre mí.

El sonido de la puerta caer me despertó lo que supongo que sería muchas horas más tardes, aterrada cerré los ojos con toda la fuerza que me quedaba y cante aquella canción entre susurros "Ángel by the Wings" a ella le debía la valentía que me llevó a hacer lo que hice y lo

que más tarde conllevaría mi encierro entre estas cuatro paredes... pero a su vez me devolvería algo que había soñada durante años, mi tan anhelada libertad.

165. Tatiana Privitelli - Argentina:

Sentimientos encuarentenados

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Su vientre asomaba debajo de su remera al estirarse para correr la cortina de la ducha. Los movimientos y patadas dentro de su cuerpo ya eran realmente incómodos, dependiendo del lugar donde se acomodará su hijo, le era difícil respirar. Esto sólo significaba una cosa, el momento se acercaba. Y no era ni remotamente parecido a lo que había soñado. Hacía cuatro meses ya que vivía sola con sus dos hijas y este bebé en camino. La cuarentena había hecho estragos en el mundo, en su economía, en sus habitantes (en sus cuerpos y en sus mentes) y en el caso de Pedro y Ana, habían descubierto que no eran lo que esperaban uno del otro. Fue un arduo trabajo interno que debieron realizar obligadamente juntos, con altibajos, pero juntos. El día que se levantó la cuarentena, esta casa sintió un especial alivio. Y desde entonces la panza no hizo más que crecer, hasta hoy. Cuando estaba por sacarse la ropa para ducharse, Ana rompió bolsa, sin dudar ni un segundo, tomó el teléfono y marcó su número, no quería a nadie más al lado suyo. En 5 minutos Pedro estaba en la puerta, tomó el bolso, subieron al auto y se abrazaron tan fuerte que supieron que nada ni nadie podría volver a separar ese abrazo.

166. Gustavo Merlo - Venezuela:

Gustavo Merlo

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual, el azul del cielo y el verdor de las plantas se lo recordaban a diario. El olor a flores en el aire y las nubes como suaves motas de algodón le recordaban su niñez.

La vida le había cambiado tanto en tan poco tiempo que parecía lejano aquellos días en los que pasaba horas frente al computador analizando números y tomando decisiones mientras se

perdía de ver a sus hijos crecer y la sonrisa de su esposa. Cerró el grifo de la ducha y se vistió para bajar a desayunar.

Sus pequeños habían disfrutado la cuarentena porque “papi está en casa”. Podían abrazarlo o mostrarle lo que habían hecho a cualquier momento porque estaba ahí, con ellos, sin tener que ir al trabajo ni llamadas que interrumpieran la comida, “como debió haber sido siempre” se dijo.

El mal llamado aislamiento social le había hecho darse cuenta que de lo único que estaba realmente aislado era de lo más importante en su vida: su familia. Por eso ya no se quejaba más de pasar horas y horas dibujando o pintándose las uñas con su pequeña. Nada ni nadie iba a poder darle la misma satisfacción que le causaba poder ver a su mujer a los ojos y sonreír desde lo más íntimo de su ser, era feliz y no volvería a ser como antes.

167. Héctor Clemente Pérez - España:

Fuera de tiempo

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. El despertador le habló de siglas y discusiones, mientras se levantaba, y después de tomar el café, cortado con un beso, el coche continuó con cifras y previsiones. Pero sus números estaban en quince días, en julio de este año, pero ya del año que viene. En el trabajo, estar codo a codo cogió otro significado, pero cada hora que pasaba se repetía la cita que tenía para planificar las flores y las invitaciones, hasta que llegó el final del día. Las ocho han ido diluyéndose; él, en el coche, advirtió que se le olvidaba algo. No; las flores, las invitaciones. Eran las ocho y media, y se mojan en cervezas que amargan, y en el móvil vigila la hora. Entre dibujos y fotografías, la mira, echando de menos echar de menos su piel, sus labios, o la promesa de casarse el primer día que se levantara la cuarentena, cuando empezaron a planear todo aquello. En el último sorbo piensa que los domingos recuperaron su color de domingo; y los viernes ya no le sabían a martes. ¡martes! Cerró el grifo y salió corriendo; no tomó el café, y apenas se despidió desde la puerta. En el coche, camino del trabajo, secándose las mejillas, olvidó todo. Nada era igual...

168. Karina Marisol Gualpa Romero - Ecuador:

Promesas no cumplidas

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que había pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Los momentos entre familia y amigos se convirtieron en gratos recuerdos.

- Buenos días mamá, buenos días papá. ¿Cómo están? – No hubo respuesta. – Espero que muy bien.

Sus ojos se posaron en dos cofres sobre la repisa adornadas con flores y dos fotografías. Sus padres habían muerto.

- Voy tarde a mi trabajo. Los veo por la noche. – Una leve sonrisa salió de su rostro. – Prometo regresar saludable. - De la cocina tomó una bolsa, un par de guantes y una mascarilla. Su fiel compañero lo despidió agitando su cola.

El camino hacia su trabajo nunca volvió a ser el mismo. Las sonrisas que recordaba habían desaparecido y los que quedaron no reflejaban la alegría de antes. Aún conserva aquellos mensajes de textos de su familia, pareja y amigos, en el que prometían hacer miles de cosas después de la cuarentena. Salidas, reuniones, fiestas, viajes.

Nunca pensó que el “después” sería un privilegio para pocos. Todas las promesas que giraban en torno a esa palabra se convirtieron en eso, promesas. Promesas que no se cumplirán. Sin embargo, la promesa que más le dolía era la que había hecho a sus padres aquella mañana.

- Doctor, sus resultados están listos. Me temo que tendrá que comenzar su cuarentena nuevamente.

No lo pudo creer, la cepa había vuelto.

169. Albert Nieto Fernández - España:

Vuelta a empezar

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

O mejor dicho todo era igual. Igual que antes.

Habían vuelto a desaparecer la solidaridad y la empatía.

El mundo volvía a ser individualista.

Durante la cuarentena lo había perdido todo y aún no era capaz de asimilarlo.

El trabajo lo perdió durante el primer mes. Durante el segundo mes perdió a sus padres y hermanos. Durante el tercer mes ya no quedaba viva ninguna de sus amistades, y, después de

ver continuamente en la televisión la vorágine de robos y violencia que asolaban todo el país perdió hasta las ganas de vivir.

Al salir de la ducha se miró en el espejo y no se reconoció.

El timbre sonó tres veces seguidas.

Sabía que era la contraseña.

Ya le habían explicado las condiciones de la entrega, no podía ver ni ser visto por la persona que hacía la entrega.

Por fin había llegado aquella sustancia adquirida en la deep web, justo cuatro meses atrás.

Esperó detrás de la puerta un tiempo prudencial, bajó las escaleras y recogió el paquete del buzón.

Se sentó en el sofá y abrió cuidadosamente la cajita metálica.

En el interior, una jeringuilla contenía un nuevo y potente virus.

Mario respiró profundamente y clavó la aguja en su antebrazo.

Aún estaba a tiempo, pensó durante unos segundos, pero finalmente decidió presionar el émbolo para volver a sembrar el caos.

170. Edwin David Medina Quizhpe - Ecuador:

La tormenta, una luz de esperanza

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. La pandemia había hecho su trabajo, había acabado con la mayor parte de la población, había hecho de los humanos seres muy débiles, como siempre, de lo que éramos hace algún tiempo ya no estaba, pues esa falta de aislamiento, le obligó, a mirar fijamente hacia nuestro cielo taciturno, el miedo a estar vivos era una muerte segura.

Sosegado, allí estaba de frente a la ventana, miró las calles de la gran ciudad casi vacías, pasos de personas caminando a prisa y con sigilo, el pavor en sus ojos que solo necesitaban estar a salvo, su mente se distorsionó tanto, pues el cuerpo se había acostumbrado a casa. Mientras las mariposas revoloteaban con firmeza y libertad, el crepúsculo cobijaba con cánticos jilgueros, el verdor de los árboles desprendía la hermosura del confinamiento. Pues en ese momento se dio cuenta la fatalidad humana, llenos de agresividad y despreocupación hasta el punto de que, destruir todo a nuestro paso, era el pan de cada día, inconscientemente nos habíamos

convertido en nuestra propia extinción. Sintió que, el mundo estuvo rechazando nuestra existencia.

Dio un respiro profundo, le entró una tos seca, que le recordó la tragedia del 2020, los cercanos al ocaso en decadencia, soles nacieses apagarse. Los que quedamos, tendremos que cuidar los unos de los otros <<Tendremos mucho por reconstruir esta vez>>

171. Natalia Carpignoli - Argentina:

¿Por sobrevivir o por placer?

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual, ella estaba entrando en un estado de locura incomparable, hace un mes que estaba sola, mató a toda su familia, no porque tuviesen el virus por el cual estaban todos reclusos en sus casas, sino que porque no los soportaba más. Terminó de ducharse y fue a vestirse. Ahora no sabía qué hacer, preparaba las carnes de su familia para comerlas, pero se estaban acabando, entonces decidió salir en busca de una numerosa familia que vivía cerca de su casa, para continuar su masacre. Un día, se aseguró que todos estuvieran dentro de la casa, y que no rondaran policías por esa zona ese día, y en la noche se acercó por el jardín trasero, era una casa enorme, por lo tanto, cada persona que vivía ahí tenía su propio cuarto. Empezó por los más pequeños, al parecer todos habían decidido dormir temprano y tenían el sueño profundo porque nadie escuchó los gritos de los niños o eso creyó ella, ya que cuando terminó con el segundo se dio la vuelta y encontró al hermano mayor de la familia mirándola con tranquilidad, ella lo comprendió cuando vio el cuchillo en su mano y la sangre en su ropa y rostro, él había asesinado a su propia familia. Él le ofreció su mano y ella se levantó, la besó con pasión y ambos se apuñalaron.

172. Isabel Notario - España:

Ciudades olvidadas

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Miles de personas perdieron la vida en su lucha contra el virus. Una pandemia que dejó las calles de todo el mundo vacías durante meses. Meses en los que muchas familias volvieron a ponerse en contacto tras muchos años. Padres e

hijos se redescubrieron en una misma casa. Y la video llamada se convirtió en el medio de comunicación entre amigos y familiares.

Hoy, esas ciudades vacías empiezan a recuperarse. El proceso no fue fácil. Siempre ha habido gente a la que no le gusta seguir las normas y no tienen en cuenta las consecuencias. Por suerte, son una minoría.

De vez en cuando me gusta pensar que todo esto nos ha enseñado algo a todos.

Algunos decidieron volver a mirar al mundo con normalidad, como si aquello no hubiera pasado. Otros decidieron utilizar todo lo que aprendieron para cambiar algo en sus vidas, por pequeño que fuera. Y sobretodo, hemos aprendido a apreciar un poco más nuestra vida, a nuestro entorno y a aquellos trabajadores infravalorados que terminaron dando la cara por todos nosotros.

Ha sido un camino largo. Lleno de lucha y esperanza. Cuatro meses después empezamos a despegar de nuevo.

173. María Teresa Olivares García - España:

Forest Gump

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Comprendió que los "para siempre" son las agujas del reloj clavadas en la espalda del que sólo se tiene a sí mismo como compañía.

De nada sirvió tener todo el tiempo del mundo si no tenía a nadie con quién disfrutarlo. Las sábanas fueron los únicos brazos que la sostenían en las noches en las que realizaba confesiones a la gélida almohada.

El agua tibia bajaba en cascada mientras su cabeza era una computadora gris realizando algoritmos matemáticos que cambiaban de manera súbita sus prioridades. Lo que parecía esencial, se convirtió en banal.

Cerró el grifo y entendió que el concepto de libertad no tiene significado si va ligado al verbo compartir.

Compartir que es un "con" sin condiciones de tiempo, modo y lugar.

Se vistió y abrió la puerta... Suspiró. Miró a su alrededor y echó a correr sin pensar en nada. La mano en el pecho. A su paso animaba a todos a unirse a esa fiesta. Era su manera de dar los buenos días al vecindario desde aquel día cero.

Los miedos jamás volvieron a cortarle las alas, ni estropearon más la brújula que yacía en su corazón, marcando el camino hacia sus sueños.

Nunca más dejó de correr.

Nunca más, dejó de sentir.

Para siempre: Compartir.

174. María Isabel Rosselló Mateo - España:

Adiós Mamá

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Mientras recorría sus cabellos con el peine miraba a través de la ventana. Los pájaros volaban libres, tranquilos, sin ruido a su alrededor. Aspiró el aire matutino que le hizo sentir muy bien. Era difícil olvidar, era difícil pasar página en estas circunstancias. Fue hacia la habitación de su madre, yacía en su cama, plácidamente, como si nada la pudiese perturbar nunca más. Y así era. Nada la molestaría nunca más, a no ser que hubiese un más allá. Su madre había muerto dos días antes. Había llamado a las autoridades, le habían dicho que en cuanto pudiesen se llevarían el cadáver al crematorio, no hacía falta dictaminar de que había muerto. Pero los cadáveres se amontonaban, los crematorios no daban a basto, a Ella le recordaba a como se acumulaban los muertos en los campos de concentración nazis, como si no importasen para nadie, como si fuesen basura. Tenía miedo de cuando se empezase a descomponer el cuerpo, no lo podía tener allí en su casa, tampoco podía dejarla en la calle, debía enterrarla. Entonces, le vino una idea, decidió enterrar a su madre en su jardín, envolvió su cuerpo con una lona y cavó un gran hoyo. Se echó el cuerpo de su madre al hombro y notó todos los huesos casi atravesando la piel, tapó el hoyo y lloró.

- Adiós Mamá.

175. Claudia Sampedro Fernández - España:

Darnos gracias

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Cuatro era su número favorito y septiembre su mes de la suerte. Seguía indeciso. Irse ahora, con el país temblando aún del susto le parecía mal. "Me veo sin trabajo y... ¡*Plash!*!. El bote de champú se le cae en la cabeza y resbala por sus pies, despertándole de su ensimismamiento.

Hoy tiene cena con su pareja y un amigo. Se acordó del pavo que cocinó Elena en la primera que hicieron tras la vuelta "a la normalidad".

Llevábamos tanto llanto reprimido y, sin embargo, lejos de llorar, terminamos las frases con un "pero bueno". Roberto anota el primer tanto: "Se te quemó el pavo, pero bueno, de postre hay bizcocho de naranja y canela, dice guiñándole un ojo a Elena. Entonces la sigo hasta la cocina, intuyendo que el comentario no le había hecho gracia.

Le digo que del bucle de irrealidad ya hemos salido, que ahora solo tenemos que desenredarlo o mejor, limitarnos a verlo pasar rodando como en el desierto, pero en otro tipo de arena. Le señaló un imán del frigorífico con una foto nuestra en la Playa del Postiguet en Alicante, luciendo un moreno retostado.

Entre lágrimas me suelta: "al menos a ti te he podido comer de tal guisa". Me sonrío y la besó con dulzura. Por primera vez en mucho tiempo cenamos y brindamos con vino bueno.

176. Aitana Arroyo - España:

Predicciones del pasado

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Pedro salió de casa, y le salieron lágrimas de los ojos, porque recordaba el último día que pudo ver a sus padres, tumbados en la camilla de la ambulancia, sabiendo que morirían. La vida de mucha gente ha dado un giro de 180°, pero a veces eso es inevitable. Aunque el mundo nos tiene preparadas muchas sorpresas, una

de ellas era para Pedro. Él vio fotos antiguas para entretenerse con algo. Pero cuando vio una con toda su familia, encontró un papel que parecía ser muy antiguo. Lo abrió, y encontró:

Fórmula para hablar con muertos por coronavirus.

Usted debe encontrar la corona dorada oculta por los reyes. S.VII

Pedro se pensó que estaba loco, pero las ganas de hablar con su familia le convencieron y consiguió infiltrarse en el castillo donde vivían los reyes de España. Efectivamente, Pedro vio una puerta oculta y dentro había una corona dorada con un cristal verde. Se la puso, y por arte de magia, apareció toda la gente que había fallecido por coronavirus. Rápidamente corrió lejos y habló con sus padres, y llorándola más no poder, dio la corona al Estado para que todo el mundo pudiese hablar con su familia, y los reyes fueron asesinados. Aunque la vida de todos había cambiado, hablar con un fallecido hizo que el mundo empezase de cero con buen pie.

177. Álvaro Márquez Barba - España:

Todos decían

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Sentía el agua correr por su cuerpo, pero no sentía disfrute ni goce alguno.

Ese momento que le había servido para estar a solas, para dejar el mundo afuera, para tener su momento de intimidad (su cuerpo, el agua y nada más) ...

Ese ritual había cambiado por una rutina de desinfección, de dejar cada centímetro cuadrado de su piel casi en carne viva, de no olvidar ningún pliegue donde la pandemia pudiera encontrar refugio.

Porque todos decían que todo pasaría, porque todos decían que la cuarentena acabaría...

Pero nadie dijo que acabaría así.

Sale de la ducha, se acerca a una ventana.

Puede ver el reflejo de su cuerpo desnudo en el cristal.

Sus ojos miran al exterior y se pregunta si en todas partes será igual.

178. Liliana Edith Nieves Mouzo - Argentina:

Sin piedad

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Se miró en espejo astillado, abrió el cajón del botiquín y sacó una tijera. Se cortó el pelo bien al ras. Con venda viejas se envolvió los incipientes pechos y los apretó hasta alisarlos. Buscó un pantalón y una remera holgada. Así creyó estar segura para salir. Descubrió que los varones tampoco se salvaban.

179. Jimena Techera - Uruguay:

Timelapse

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

-¿No se va a ir nunca? Dijo, disfrutando romper el silencio. Un presente fugaz que interrumpe la monotonía del momento anterior y posterior, diferenciándolo de esa continuidad con apariencia eterna y estática.

No le habló a algo en específico, más bien pensó en voz alta. Su mente estaba incómoda.

- Cuatro meses – El vapor que comenzaba a salir le acariciaba el cuerpo invitándolo a formar parte de su ambiente somnoliento - Que año largo.

Divagaba a los recuerdos de lo sucedido en el último tiempo.

- Tantas cosas o... ¿Pocas? ¿Había notado que el pasado estaba borroso? – Miró alrededor, al mismo baño que lo vio crecer – ¿Festejamos cuándo anunciaron que terminó? ¿quiénes? ¿por qué hable en plural? – tú familia, pensó, o más bien escuchó - ¿Por qué no había pensado en hace cuánto no los veo?

Su corazón aumentó levemente el ritmo cardíaco, una vibración lo inundó, cómo cuando aflora una revelación.

-Ellos, un año sin la mirada de la sociedad en sus nucas. Ya... ya, si ¡claro! ¿qué... qué esto? ¿dó-dónde estoy!?

Sus ojos se llenaron de lágrimas extrañando algo que no podía recordar. Los vio entrar, pero no se pudo permitir gritar porque se perdió, y luego todo fue silencio y oscuridad.

Cuando abrió el grifo de la ducha, tuvo cuidado de no poner el agua muy caliente, el vapor lo hacía pensar mucho.

180. Ignacio Fernández - Argentina:

Recuerdos olvidados

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual a esos días de encierro, la reinante incertidumbre había sucumbido.

Viendo la alegría primaveral del pueblo, se dispuso a caminar en una cálida tarde, la gente paseaba en las calles sin temor, los niños jugaban en la plaza, en sus rostros florecían las sonrisas. Yendo por un sendero, se reconoció a sí mismo, sentado en un banquillo junto a otra persona a quien no reconocía, acercándose vio que ambos se entrelazaban con sus brazos, las manos de cada uno acariciaban al otro. Saliendo del escondite fue de frente preguntándoles...

- ¿Quiénes son? ¿Qué están haciendo?

- ¡Abrazándonos Juan!- Respondió su doble

Al escucharse, en un relampagueo el cielo se tornó gris, en un suspirar todos desaparecían mientras andaban; quedándose solo en el parque, acariciándose sus codos.

Despertándose bruscamente, empezó a buscar algún vestigio de aquellas vivencias en su departamento solitario, sin hallarlas reviso su celular, viendo para su sorpresa que el año actual era el 2022. Invasado por el terror salió bajando las escaleras, llegando al lobby corrió hacia la calle; el portero viéndole intentó detenerlo gritándole a pulmón...

-¡¡¡Juannnn!!!- gritaba desesperado- ¿Adónde vas? ¡Te podés infectar!

-¡¡Prefiero infectarme, antes que pasar un día más sin sentir un abrazo!! –respondió mientras su voz se perdía al correr solitariamente.

Perplejo el portero comenzó a cerrar la puerta meditando “si supiera lo que es un abrazo lo ayudaría”.

181. Anna Cayuela Barbero - España:

Lucha de decisiones

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Al inicio del aislamiento se veía a escondidas con un hombre, a medida que se fueron aumentando las medidas de seguridad dejaron de verse. Al no recibir llamadas ni mensajes ella se preocupó y le fue a ver a su casa

donde al llamar al timbre descubrió que estaba casado. Cuando empezó con él no esperaba mucho pero ya se había hecho ilusiones y sintió una sacudida de realidad. Su abuela falleció a causa de la epidemia, ella perdió a su confidente y consejera. Su abuela había sido su referencia, la persona que la ayudó a ser quien era. Habían pasado malos tragos y momentos felices desde que ella tenía uso de razón y la constante en todos ellos era su abuela. Se miró en el espejo del baño, estaba agotada e hinchada. Habían pasado 5 meses muy duros de cuarentena donde había pasado por el duelo de su abuela y había tomado una de las decisiones más difíciles de su vida. Fue a entrar a la ducha porque estaba el baño lleno de vapor y ya no se veía reflejada en el espejo, pero se dio cuenta de que había roto aguas.

182. Iván Herold - Argentina:

Aislado

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado ya cuatro meses desde el primer día en el que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. De hecho, él no recordaba cómo era su vida antes. Volvió a la rutina para darse cuenta de que en el trabajo lo habían reemplazado sin previo aviso y sin ninguna explicación, su familia no contestaba sus llamados, tampoco sus escasos amigos, y menos su bella María.

La sociedad había cambiado. La gente circula asustada por la calle, tanto que ni siquiera se ven a la cara. A pesar de que la cuarentena se había levantado hacía meses, todavía se siente aislado de las personas. ¿Qué había ocurrido? Tal vez fue aquella noche de cuarentena en la que su hermano y él discutieron, acusándose el uno al otro por el contagio de la madre. La soledad fue tanta que incluso, a veces, empezó a ir gente para mantener la casa porque él no se sentía capaz.

Desde el levantamiento, sale todos los días a dar un paseo vespertino para despejarse. Ya es septiembre, es de noche y ahora evoca el recuerdo de cuando María le dijo que ya no soportaba el aislamiento y que debía alejarse, recuerda también a su hermano llamándolo para decirle que su madre había muerto y que él se encontraba lejos. Al recordar esto, se acerca al grifo de la ducha y coloca su mano en la lluvia, al retirarla se encuentra seca. Su cuarentena había terminado.

183. Oriana Wehner - Argentina:

Solos los dos

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó de la cuarentena. Ya nada era igual. Ese primer día del aislamiento a ella le había parecido una excelente idea probar vivir juntos. Aquella noche se habían amado desesperadamente, con la sensación de que el mundo se acababa viva en cada roce. El calor del nuevo amor y las esperanzas por el futuro parecían no agotarse.

Mientras cerraba la puerta del baño, acarició con sus dedos las marcas de la primera vez que había escapado de él, tres meses atrás. Sus puños se habían hundido en el picaporte para mantenerlo cerrado. Él le aseguró que había sido un evento aislado; una mayor prueba de sus extremos sentimientos hacia ella. Suspiró.

Se desvistió frente al espejo, dejando entrever una sonrisa al notar que las marcas negruzcas se habían vuelto amarillas en su cintura y cuello. Los de los muslos ya no estaban. Dos meses fueron suficientes para que se borraran las presiones de dedos sobre su piel de seda.

El agua aún no estaba caliente cuando ella entró en la ducha. Pasó el champú con cuidado entre sus cabellos, desmechado a tirones el pasado mes.

-¡Eh! -gritó su novio desde la cocina- ¡Levantaron la cuarentena!

Ella cerró la ducha y se envolvió en su toalla. Marchó por el pasillo hasta su cuarto. Se calzó sus mejores zapatillas, y las usó para atravesar la puerta de entrada y jamás volver a verlo.

184. Pamela Criollo Barreros - Ecuador:

Mi última lágrima

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Mi cabello ya estaba listo para ser rapado de nuevo, convivir con mi madre aliviaba el dolor del exterior. Hasta que mi madre recibió una llamada de su jefe para ir al trabajo pese a las restricciones del gobierno. Me sentía sin alma durante esos días, cada mañana ponía el noticiero para ver los registros de covid-19. Antes me sentía con un alma aventurera, ahora lloraba no

podía describir el dolor era como una llaga en la que se podía hundir un dedo una y otra vez para hacer del dolor más profundo. Me sentía perdido había días en los que me embriagué hasta quedarme dormido. Encontré la frase favorita de mi mami en sus recetas de cocina: "Nadie se baña dos veces en el mismo río. Porque la segunda vez, ni tú ni el río son los mismos" (Heráclito). Mis lágrimas empezaron a caer rompí en llanto profundo, no podía respirar al recordar el calor del abrazo tan fuerte que dio mi madre y mientras se desvanecía de la vida. Murió en mis brazos no me importaba contagiarme del virus, con los hospitales colapsados, el mundo en caos, los cementerios llenos, la veje en la sala y luego la enterré en el jardín. Seguramente una parte de mí ya había muerto conté los quince días después de la muerte de mi madre, sentía que la huesuda vendría por mí en cualquier momento y yo estaría listo para recibirla, había perdido el miedo a la muerte y a la vida.

185. **Josefina Arroyo - Argentina:**

Segundas oportunidades

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Cerró los ojos mientras el baño se empapaba de vapor y pensó en cómo su vida había cambiado en los últimos tiempos.

Esa mañana de enero no sabía lo que le esperaba. Cuando se levantó vio en las noticias la información que llegaba desde medio oriente. Apagó el televisor, era muy temprano para escuchar noticias tristes. Preparó su desayuno y se dispuso a continuar su rutina diaria. Una, dos, tres semanas. Todo cambió.

En poco tiempo su vida dio un giro de 360 grados: no salgas de casa; aislamiento social; escasez; miedo; bronca. Sentía que su vida se derrumbaba a su alrededor. Tan solo unos pocos meses atrás brindaba por el comienzo de un nuevo año, nuevas aventuras, nuevas oportunidades. Pero, de golpe, el mundo sucumbió ante una película. Una de suspenso. De terror.

La tecnología se volvió su nueva mejor amiga. Las noticias eran monótonas, solo se hablaba de la pandemia. Políticos y científicos desesperados en la búsqueda de una solución. 8 mil millones de personas reclusos en sus hogares. Más lejos y más cerca que nunca.

Abrió los ojos, y sonrió. Ya nada era igual. Habían pasado cuatro meses, pero ya nadie vivía sin atenerse a las consecuencias de sus actos. Tuvimos que cambiar, para bien o para mal. La humanidad y la Tierra se purificaron. Nos habían dado una segunda oportunidad.

186. Ramiro Miret Pérez - España:

El ermitaño del Born

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Convertido en ese ser ermitaño, ya no fue capaz de sociabilizar, atrás había quedaron los días de trabajo en equipo, las soleadas tardes de playa y hasta las noches de copas donde disfrutábamos amanecer rendidos a los pies de aquella vieja estatua de bronce, ritual que solíamos hacer por aquellos años que añoro.

Sólo cuatro meses, aunque, a él, daba la sensación de que lo había pasado por encima el tren de la vida, arrastrándolo entre las vías y los durmientes como quien busca un pedazo de pan en la basura. Lo desconocí.

Sin embargo, esa tarde, ella fue a buscarlo como si nada de esto hubiera sucedido, como si el temblor de sus manos y la carraspera en su garganta fuesen ajenas a él. Golpeó la puerta temerosa, con la convicción de volver a verlo y poder abrazarlo, pero sabiendo que existía la posibilidad de ser ignorada. Del otro lado del pórtico, sigiloso se acercó pausando su caminar, como si quisiera que el trayecto no terminase tan pronto, creo yo, que intuía que lo esperaba el amor desde el otro confín. Se arrodilló en un silencio sepulcral, apoyando su frente en la madera de la abertura y en ese mismo instante comenzó a silbar esta canción.

Con lágrimas humedeciendo sus mejillas, ella entendió y se fue sin más. Ya nada era igual.

187. Luis Miguel Osorio Sierra - Colombia:

El costo de la mentira

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual y nunca iba a serlo. Todos habían sido engañados por la OMS, la ONU y las grandes potencias. Descubrir la cura fue un alivio, pero la incapacidad de producirla en masa se convertiría en un dilema. Por esto, un selecto grupo de personas había decidido la suerte del mundo, salvándose a costa de sacrificar gran parte de la población.

Tenían la excusa perfecta. El mundo necesitaba regresar a la normalidad, reactivar los sistemas económicos, la vida en sociedad, solo debían maquillar todo para terminar el confinamiento con un aire de aparente tranquilidad. El virus ya no podía ser controlado e irresponsablemente decidieron liberarlo con diferentes mentiras. El ciudadano a pie, el del común, fue el que más sufrió, quien comenzó a enfermarse y llevarlo a su familia y vecinos. En menos de un mes los sistemas de salud colapsaron y tuvieron que acostumbrarse a miles de muertes diarias. Nadie lo hubiera imaginado, era lo que todos decían.

Eran pensamientos que acudían repetidamente a él en aquellos momentos de silencio, liberando un grito ahogado entre las gotas como si cada una lo golpeara por la muerte de millones de personas.

Cerró el grifo y se quedó en silencio hasta que cayó la última gota. En aquel dilema entre la extinción y la supervivencia, él había tomado su decisión.

188. José Rafael Uriana Palmar - Colombia:

Secuelas de una pandemia

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual, todo a su alrededor había cambiado, algo en ella cambió.

Han pasado cuatro meses, casi llega la navidad y ahora ella se encuentra sola en casa, su abuela con quién solía vivir falleció durante la pandemia. Con cada día que pasa suele cuestionarse acerca de si vale la pena seguir viviendo aún después de perderlo todo. Todos los días sale a trabajar, vuelve hasta por la noche a casa y se encierra en su habitación, todas las noches llora desolada hasta quedarse dormida.

Cuándo todo parece perdido, en sus sueños se encuentra con esa persona que tanto ama, su abuela, quién se le acerca lentamente y le susurra al oído, todo estará bien, la vida te ha dado una nueva oportunidad, lucha por tus sueños, yo siempre estaré contigo, en cada paso que des,

estaré viéndote desde el cielo y estaré muy orgullosa de tí, voy a estar cuidando de ti, en medio de una escena en la que no faltan las lágrimas, ella le da un abrazo tan cálido como el café que solían tomar juntas cada mañana, a su mente acuden recuerdos de aquellos momentos que vivió a su lado, no puede evitar sentirse triste, y aunque su mirada se encuentre vacía, y a veces le toque fingir una sonrisa, debe seguir luchando por sus sueños, aunque ahora nada sea como antes.

189. Alberto Hurtado Giménez - España:

Ahora

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. El sol, ahora, sale por el dormitorio y se pone por el salón. Ha puesto tierra en el suelo, y plantas en las estanterías. Ya no se ve el mármol bajo los pies al caminar, ni el color de las paredes –solo tierra y verde-. Ha pintado el techo de azul, y alguna nube. Tenía dos canarios en jaulas y los ha soltado, también al perro. Hoy, los pájaros vuelan por la casa, y el perro esconde los huesos en el salón. Deja que el humo de la cocina salga hasta el techo. Esa es, ahora, la niebla más espesa. Dicen sus vecinos que se ducha con paraguas, para simular la lluvia.

Cuando tiene hambre, sale al balcón y caza alguna paloma que descansa en la baranda o, a veces, come algún insecto escondido bajo tierra. Fuente de proteínas. Ha hecho un huerto en el garaje, cultiva tomates y pimientos. Está aprendiendo a pescar en la bañera. Ahora, su casa –con tierras, ríos y plantas- no es un lugar seguro para vivir. Ha talado muebles y puertas, y ha empezado a construir una cabaña en la esquina del salón.

Ahora, vive en esa cabaña, se siente protegido, evolucionado. Se siente libre. Sin embargo, la cabaña es grande para él solo, y una habitación queda vacía: Está pensando en poner un huerto.

190. Starlight A - España:

Starlight

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

De todos los escenarios posibles imaginados durante la misma, ninguno se asemejaba a la felicidad inmensa de escuchar caer el agua sabiendo que nada ni nadie podría impedirle sonreír al pensar que salir a la calle no iba a ser un acto de valentía mayor que el tiempo que vivió esperando a que eso sucediera...

Ya nada era igual, era aún mejor, había valido la pena.

“Starlight

I will be chasing the starlight

Until the end of my life

I don't know if it's worth it anymore”

...sonaba de fondo, y sonrió.

191. Jennifer Medina Abad - México:

La pausa desapercibida

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

De la regadera a penas salían unas gotas de agua, por lo que decidió dejar el baño para después. Había estado tachando los últimos 123 días del calendario.

Se asomó por la venta, las personas se habían desaparecido, y el tiempo parecía detenido, estaban los mismos desechos que el día pasado, y el pasado, y el pasado...

Su vista se detuvo en el supermercado abandonado, su mente fue invadida por la imagen de las grandes filas de gente que no hace mucho todavía se formaban ahí para desabastecerlo.

Un cartel que anunciaba una marca de chocolates por el cristal de la tienda captó su atención, eran los dulces favoritos de su pequeño niño antes de que pasara a “una mejor vida”.

Volvió su mirada al interior de su apartamento, que no era muy diferente al exterior; una botella plástica vacía de anti-bacterial, unas mascarillas desechables usadas, medio frasco de píldoras y ropa interior decoraban la habitación sanitaria.

Miró al espejo. Piel amarillenta, ojos irritados, vellos faciales de hace días, labios deshidratados y cabello revuelto pintaban su reflejo.

Volvió a su catre, con la pequeña esperanza de que pasara el vehículo que desalojaba a la ciudad al día siguiente, o al siguiente, o al siguiente...

192. Víctor Martínez Navarro - España:

Lo inmutable

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Nada excepto ella. Nadie excepto ella. Decía Max Porter que el duelo es esa cosa que llega con alas. Que la muerte llega por sorpresa y con ella el duelo: un inmenso pájaro negro que se instala en casa. A Rebeca le parecía que ese pájaro había decidido quedarse a vivir allí para siempre. Cuatro meses desde la muerte de sus padres y nada había cambiado en ella. Permaneció bajo el agua unos minutos. En silencio. Inmutable.

Ella, una de tantas huérfanas por culpa del virus. Esta había sido su segunda vez. Primero, sin llegar a conocerlos, sus padres biológicos en aquel accidente. Y ahora, años más tarde, los adoptivos. No había frase hecha o refrán que pudiera ejemplificar una desgracia como la suya, ni circos ni enanos. Desde que le contaron lo de sus padres biológicos, con apenas quince años, su corazón había dejado de latir. Incapaz de sentir. ¿Por qué no podía derribar esa coraza montada pieza a pieza a base de desgracias? Ni si quiera repetirse esta pregunta una y otra vez le causaba dolor. La incertidumbre no era nada en comparación con todo lo que ya había vivido. Ilusión. Motivación. Esperanza. Palabras vacías en el transcurso de sus días.

Ya nada era igual. Nada excepto ella. Ella que, como el agua de la ducha, seguía cayendo. Inmutable.

193. Irene Guerrero González - España:

El fin de la pandemia

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Paralizado bajo el agua se aferró a ese recuerdo que, sin saberlo aún, le devolvía a la vida. Recordó el día en el que los rayos del sol le impidieron abrir sus ojos acostumbrados a un año de penumbra. Recordó que sintió el aire fresco, ligero y perfumado por las flores de alrededor. Recordó aquella mañana de primavera de hace cuatro meses que pertenecía a la vida sin recuerdos de la pandemia, aquella vida sin memoria que un virus había impuesto; porque quienes no morían, perdían la memoria y su poder de recordar.

Y tras un año de confinamiento ya nadie moría, pero tampoco nadie recordaba. Recordó aquel primer día en el que salió a la calle, asombrado por la grandeza, el colorido y la vitalidad del entorno, recordó que se sintió partícipe de todo lo que ocurría a su alrededor. Así que debajo de la ducha, el asombro y la incertidumbre dieron paso al júbilo caracterizado no por el renacer, sino por la oportunidad de recuperar una vida. A raíz de ese recuerdo, tirando de un hilo invisible en su cabeza, momentos, conversaciones, olores, escenas, risas iban apareciendo como una cascada en su memoria, salpicando el vacío que un virus había creado.

Cuando cerró el grifo de la ducha por su mente fluían tanto los días incoherentes e inservibles de la época de la pandemia como los días de la vida ajena al virus. Se secó la cara y sonrió al reconocer, al fin, al hombre del espejo.

194. Esther Rodríguez Loarce - España:

Cicatrices de guerra

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Al apagar el agua y arrojarse con la toalla, fue al espejo. Vio su rostro y cómo éste había cambiado tanto en tan poco tiempo. Se sonrió y fue consciente de tres nuevas marcas alrededor de sus ojos. Al acercarse a su reflejo distinguió en la más alta el dolor pasado, la pérdida de un amigo y su silenciosa despedida; y encontró las curvas y picos que a diario erosionaban esa arruga.

Se fijó en la segunda línea, tanto, que percibió la resiliencia, esa palabra que cambió los concursos de ortografía por la realidad, practicada en el trabajo con sus nuevas medidas, en el supermercado cuando no entra toda la lista en la billetera y en los ojos de su madre, a la que ya ve, pero todavía no toca.

Para apreciar la última arruga no necesita casi el espejo, es un gran surco que llega hasta la sien, negro como tinta de tatuaje. En ella grita el amor, la empatía y solidaridad. Ve a su vecino el policía, a la farmacéutica del barrio o a sí mismo, desde el balcón de su casa, aplaudiendo. Se limpia la cara con una toalla y contempla por última vez sus marcas de guerra, cicatrices del alma. Una voz sube por la escalera. El desayuno está listo, y él, preparado para abrazar la vida un día más.

195. Nicole Corbacho Vázquez - España:

Amor de ficción

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Marc había dejado a Ángela. Su excusa fue la menos original de todas las que le habían dado en toda su vida amorosa pero, esto no es lo importante ¿Qué por qué no? Muy fácil. Porque cuando a una persona le rompen el corazón cree que el amor de verdad no aparece para quedarse, y que las coincidencias o los amores de novela o de película, como las de blanco y negro, son puramente ficción.

En casa, ya no le quedaba el helado de avellana con el que desahogarse y su amiga Loren no paraba de repetirle que algo bueno estaba a punto de llegar. Ángela se reía. ¿En pleno confinamiento enamorarse? Esa fue la pregunta que rebotaba en su mente toda la noche, hasta que llegó el viernes 13.

Se adentró en la inmensa cola del supermercado más cercano, no le quedaba más remedio que respetar las normas: 1.5m de distancia, guantes y mascarilla. En la sección de helados, brillaba por su ausencia el sabor avellano y resonó su maldición en el pasillo, hasta que una voz, no familiar pero más dulce que el mismísimo helado, se dirigió hacia ella. No fue eso lo que la dejó sin aire, fueron los ojos de color avellana, esa sonrisa que se imaginaba detrás de la mascarilla, fue la respuesta a su pregunta: Sí puedo enamorarme.

196. María Fernanda Cortés Mora - España:

Un mundo sin memoria

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual, habíamos empezado a olvidar la pandemia, y el contacto invasivo, los perros encerrados en azoteas y pisos minúsculos, las abuelas olvidadas tras el visillo...se convertían en el pan de cada día, una vez más. Despertaba un mundo sin memoria, con un instinto suicida abocado a los excesos. Entre el champú y el jabón de lavanda y vainilla, que aún me quedaba de mis manualidades de confinamiento, recordé que las montañas de papel higiénico no te quitan la angustia, que la repostería es terapéutica (en casa, claro), que los domingos pueden ser miércoles y los lunes, viernes, que los que nos creíamos bebedores solo sociales, no lo somos, que las conversaciones contigo misma te pueden hacer reír, que los salones de casa pueden convertirse en escenarios de artistas anónimos, que la cerveza fría en tardes soleadas, es el mejor medicamento anti estrés, que... de repente, el agua se volvió congelada y me acordé que mi vecina, la del segundo, del edificio de enfrente, me esperaba para su clase de crochet. Ah si, no lo había dicho, me arruiné económicamente durante la pandemia, así que recibía clases de tejido a través del balcón, y fue así como monté una pequeña empresa de textil artesanal, y descubrí que tras esas vecinas invisibles, se deslumbraba un talento acallado por la indiferencia de la supuesta normalidad.

197. Lara Bobadilla - Argentina:

La economía en cuarentena

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día en que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual, a Lara se le dificultaba horrores el poder levantar su economía, ya que durante la cuarentena no pudo trabajar y había gastado todo sus ahorros y reservas y en esos cuatro meses no pudo reponer ni la mitad, estaba viviendo el día a día junto a sus dos hijas, sus bellas gemelas de tres años; que según Lara, eran el único motivo por el cual ella seguía viva.

Ese miércoles por la tarde no había tenido éxito con su venta-resultado que ella elaboraba comidas para vender- y cuando fue a darse una ducha no pudo despejar el alma, la mente ni el cuerpo, ¡claro! ¡no tenía para la cena de sus niñas! Cada gota de la ducha caía sobre ella con mucho peso recordándole que no había nada para comer, sumándole a eso las lágrimas que caían de sus ojos, más pesadas aún, mordiéndole la conciencia.

Luego escuchó el llanto de sus hijas reclamándoles la cena y ella sin saber que hacer, ahogándose en un mar de lágrimas bajo la fría ducha.

En eso recibe una llamada, era su madre avisándole que estaba llegando a su casa con la cena. Lara sintió un alivio terrible pero así también una gran angustia y preocupación, ella sabía que vendrían días peores y que su madre no siempre estaría para salvarla.

198. Lorea Ustarroz Aranguren:

Ahora y nada más

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Recordaba cómo casi se perdieron las campanadas por cantar todos juntos, ensimismados en su burbuja de felicidad, grabando sus caras sonrientes en un vídeo distorsionado. Recuerda la sensación de despedida, de que algo iba a suceder. Tal vez olvidaron que el año empezaba porque realmente era mejor quedarse en ese momento, abrazados, felices, juntos.

Frotó con fuerza su pelo intentando ahuyentar todas esas ideas que parecían no dejar de atacarle en los momentos más débiles. Tarde, la ola había chocado con el malecón y el agua salpicó sus mejillas.

La pérdida, la angustia, la incertidumbre del no saber...

Habían sido momentos duros. Los besos a través de pantallas no curaban el alma de la misma manera que el calor de unos brazos queridos.

Dejó de llorar. No había sido todo malo, tenía que recordarlo. Sus padres acunándola en sus brazos cuando todo acabó. Volver a probar los labios de quien quería como si fuese una primera vez. Celebrar los momentos robados.

Pero sobretodo la lección aprendida: el ahora es lo único que realmente tenemos.

Secó su cuerpo y se vistió. Bajó corriendo las escaleras del piso en el que tanto tiempo había pasado y salió a la calle. Con el sol otoñal bañando sus mejillas.

Rió. Era feliz, ya nada era igual, era el ahora y nada más.

199. Mariona Rius Dorca - España:

Su primer abrazo

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Hacía más de seis meses que no abrazaba

a nadie. Hasta hoy. Hoy era el día. El día del primer abrazo. Una sonrisa se esbozó en la cara de Miguel. Y soñando e imaginando cómo sería este momento tan ansiado, cumplió con su rutina matutina sin darse cuenta. Fantaseaba con abrazar a su compañera de trabajo cuando cerró la puerta del piso. Juan puso la última cruz en el calendario de la nevera, finalmente había llegado el día de abrazar. Desde que se levantó la cuarentena, con la prohibición de acercarnos a más de un metro de cualquier otra persona durante cuatro meses más, iba contando los días en que esto pasaría. Muchos eran los momentos en que se encontraba ensimismado, pensando en volver a sentir el calor de otro cuerpo, la calidez de la respiración lenta, la sensación de vulnerabilidad y protección que le aportaba este acto humano tan antiguo. Y con el café en mano, se fue a trabajar, aún pensando a quién daría ese regalo tan preciado, su primer abrazo. El semáforo estaba en rojo, el cielo azul y el sol brillando intensamente. Juan se giró y vio a su lado a ese chico, con una sonrisa en la cara, como la suya, mirándolo. Miguel lo abrazó. Juan se fundió en ese abrazo tan extraño y sincero. Su primer abrazo.

200. Amalia Escalante Galán - España:

Lucía y Luz

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. ¿Cómo olvidar aquella fecha? Ella es María, es enfermera y esta es su historia. Cuando todo esto comenzó, allá por febrero de este año, ella ya estaba embarazada, pero no lo sabía. Acusó la falta del periodo a los nervios y la ansiedad por lo que se venía encima. Fue ya en el cuarto mes y debido a un malestar general cuando descubrió la noticia. Recogió sus cosas con una mezcla de alegría, por su nuevo estado y tristeza, por tener que apartarse del trabajo cuando más se le necesitaba. La vida no suele salir tal y como se planea. Llegó a casa deseosa de dar la buena nueva, pero la encontró vacía. Su madre y su chico no estaban. Una llamada telefónica después, supo que acababan de ingresar a su madre en el mismo hospital que ella había abandonado una hora antes. Estaba contagiada, estaba grave. Cinco meses duró su agonía, los mismos meses que duró lo que restaba de su embarazo. Lucía, su madre, se apagó el mismo día que Luz, su hija, asomó a la vida. Con una mano dijo adiós, con la otra dio la bienvenida. De todo aquello hacía cuatro meses. Fue el día que se levantó la cuarentena, fue el día que cambió su vida.

201. María Rebaso Gómez - España:

Agorafobia

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Ahora el gobierno contaba los minutos que los ciudadanos estaban bajo el agua. Se establecía que cada individuo debía estar entre cinco y ocho minutos al día bajo el agua, desinfectándose minuciosamente. De no hacerlo, podía incurrir en riesgos legales, e incluso penales.

Tras la ducha, de 5:45 minutos de duración según el contador, Alicia se atavió con las nuevas ropas antiviral que había distribuido el estado. Eran de un color naranja intenso. Al principio, le habían parecido horribles, pero conforme pasaba el tiempo se iba acostumbrando, e incluso le parecía que ahora le quedaban bien. Había adelgazado, siguiendo la dieta no-del-todo-estricta que marcaban desde arriba. Sonrió a su reflejo en el espejo y salió del baño, no sin antes desinfectarlo.

Hizo sus ejercicios de yoga y, tomándose un té, vio el atardecer a través de la pantalla del televisor. Cuando acabó el espectáculo, suspiró y abrió una ventana. El ruido de un sinfín de helicópteros sobrevolando el cielo se le antojó ensordecedor, así que volvió a cerrar la ventana sin pensárselo demasiado.

Se fue a dormir con cierto temor. Al día siguiente tenía que ir al supermercado. Sólo iba una vez al mes, tal y como estaba establecido. Pero ahora, la idea de salir a la calle, llena de gérmenes, se le hacía cada vez más insoportable.

202. Begoña Gorgues Sebastián - España:

Salvavidas

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Notó un pinchazo en el pecho. Los dedos le temblaron al coger la esponja. Se acurrucó en un rincón y dejó que el agua caliente le cayera sobre la espalda. Se abrazó con fuerza las piernas y apoyó la frente en las rodillas respirando hondo. Intentó alejar aquellos pensamientos, pero no lo consiguió. Volvió a ver cada una de sus caras. La culpa se instauró en su interior, otra vez. Su mente elaboró mil y una alternativas de lo que podría haber hecho, diferentes actuaciones que, quizá, les habrían salvado la vida. Tal vez tendría que haberse expuesto más, pero eso habría implicado poner en peligro su salud,

y lo que es peor, la de su familia. ¿Pero y los familiares de aquellos que no volverían? Ni siquiera habían podido despedirse. Un sollozo sacudió todo su cuerpo. Las lágrimas rodaron por sus mejillas, mezclándose con el agua que caía de la ducha. Permitió que el llanto le golpeará. Llevaba meses atragantándose con una culpa irracional.

Le habían aplaudido, le habían felicitado, habían reconocido su esfuerzo. Pero ella solo podía pensar en el horror. Ni siquiera había cumplido los treinta y ya había visto irse a demasiadas personas. Se esforzó en buscar la luz. Recordó su arrugada sonrisa al enterarse de que le daban el alta, y se aferró a aquel salvavidas.

203. Samuel Mago - Venezuela:

Amor a distancia

Amor a distancia.

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual, ¿Cómo rehacer mi vida sin Amanda? Una de las tantas víctimas del maldito virus y novia de Joaquín.

Ahora puedo salir a caminar libremente (pensaba Joaquín), pero no tengo a donde ir cada tarde, como antes que todo esto comenzara. Si tan solo hubiera imaginado todo lo que pasaría, no me habría apartado un instante de ella. Prefiero seguir encerrado, afuera no hay nadie que me espere, ya no hay lugar para mí.

Sale de la ducha y se vuelve a recostar en su cama, a los pocos minutos oye la puerta de su habitación y ve entrar a su abuelo, quien vino a pasar unos días con su nieto, preocupado por su actitud.

Se sentó al lado de Joaquín y le dijo.

- ¿Podemos hablar?

- No quiero hablar ahora.

- *jejeje* entonces escúchame, mucho mejor. ¡Ay hijo mío! Estas canas no fueron regaladas, cada una fue pintada de blanco con dolor y también alegrías. Muchas veces he tenido que despedirme de seres queridos.

¿Crees en el amor a distancia Joaquín?

Eso me ha mantenido vivo, pensar que ese amor sigue vivo en mi corazón y algún día lo volveré a encontrar, por ese amor sigo luchando. Pronto me iré y también seré un amor a distancia. Porque solo el amor vence a la muerte.

204. Maximiliano Neira - Argentina:

Secuelas

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena, ya nada era igual. El día de ducha era especial, un lujo que podía darse una vez al mes ya no recordaba cuándo fue la última vez que se bañó con agua caliente. Después de tres años de encierro y aislamiento la naturaleza había tomado el control nuevamente y el mundo ya no era seguro para los humanos. Las centrales eléctricas no funcionan, tampoco había gas y los supermercados estaban vacíos. La única forma de sobrevivir era cosechando frutas y verduras cercanas, cazando, donde cualquier animal podría ser una potencial presa, y el saqueo a las casas de los acaparadores. Algunos aún conservaban algo de gasolina para hacer andar vehículos y generadores, tenían víveres o balas y armas de fuego; casas así eran un objetivo perfecto. Sus ocupantes repelían los asaltos con todo lo que tenían en feroces enfrentamientos con nefastas consecuencias para ambos bandos. Ya no había reglas ni moral.

Mientras cerraba el grifo hacía una nota mental de lo que necesitaba: combustible, agua y carne seca. Se vistió con su chaqueta, pantalón y botas raídas de siempre. Revisó su rifle y lo cargó a su hombro. Debería luchar por el agua y el combustible. Y si sobrevivía, la carne la conseguiría allí mismo.

205. Alba Cardalda Gómez - España:

Entre glaciares y volcanes

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Al caerle el agua por la espalda se acordó de aquella primera ducha de agua caliente que se dio tras cuatro meses bañándose en agua helada de los ríos patagónicos. Ahí, en el sur de Chile, entre glaciares y volcanes, entre lagunas y cerros, entre lunas y estrellas... entre sus brazos... estaba ella cuando el maldito virus empezó a azotar al mundo entero.

Se sentía libre, salvaje, valiente y amada. Amanecían juntos cada mañana rodeados de alerces y araucarias; la brisa descendía de los glaciares; desperezaban sus cuerpos desnudos; hacían el amor y se quedaban contemplándose el uno al otro, regalándose caricias y sonrisas que aun la estremecían al recordarlas.

Y entonces, cuando por primera vez en su vida se sentía feliz, un mensaje de su hermano la despertó de aquel sueño: su prueba para el COVID-19 dio positivo.

No hubo tiempo para pensar. Cogió el primer vuelo que la llevaría a Barcelona, sin tiempo para despedirse de las montañas, de la libertad ni de aquellos brazos; arrebatándole, de repente, aquella felicidad y supliéndola por un mar de miedos e incertidumbres que aún duraban hoy.

Ahora, ya nada es igual, pero algo sí permanece intacto en su mente: dónde y con quién está su felicidad.

Esto pasará. Y volverá, con más fuerza que nunca a aquel lugar, a aquellos brazos.

206. Sonia Fernández Ledesma - España:

Cuarentena sin champú

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Gracias, murmuró, dirigiéndose al bote de champú. Rememoró aquel lejano día en el que no tuvo con qué lavarse el pelo. Mala suerte, que la histeria colectiva desvalije los supermercados justo cuando a una se le ha terminado el champú. ¿Están locos o qué? El supermercado era un hervidero de personas nerviosas, trajín y

desenfreno; aunque aún era más importante que no se te colaran en la pescadería que guardar la distancia de seguridad.

Contemplaba perpleja la imagen desoladora que constituía el lineal de tratamientos capilares vacío, cuando lo vio. Un bote de champú – de su champú -, dentro de un carrito próximo. Lo conducía una señora mayor, su vecina del cuarto -qué casualidad-, que hacía acopio de productos de limpieza sin ton ni son. Rara vez había cruzado una palabra. Parecía desorientada. Tuvo la tentación de estirar el brazo y apropiarse del champú. Sin embargo, tras una ponderación rápida de hechos y consecuencias morales, resolvió dirigirse a la mujer y explicarle su situación. Aquellos ojos circundados de pliegues y arrugas la miraron comprensivos, bondadosos. Y, efectivamente, nada volvió a ser igual.

Las bolsas en la puerta con la compra semanal, las torrijas del viernes santo, las charlas de balcón a balcón.

Habían pasado cuatro meses desde el primer paseo con la abuela que un bote de champú y una pandemia le habían regalado.

207. Jhonatan Junior Oncoy Guerrero - Perú:

Rezagos de una epidemia moribunda

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Con el agua deslizándosele por el cuerpo recordó lo sucedido hace 4 días en el hospital, el último alta que dio a un niño de 10 años y la sonrisa de su padre al llevárselo, propia de las que te dibujan un auténtico estado de felicidad, no pudo evitar quebrarse y sentir martillazos a hierro ardiente golpeteándole el corazón, recordó salir a toda prisa hacia casa con balas cargadas de culpa disparándole la mente, recordó esos minutos de delirio y los 2 potentes sedantes que tragó antes de acostarse en la bañera dejando el agua correr dentro de ella mientras su memoria reproducía entrecadamente la imagen del cuerpo rígido de Tom sobre sus brazos.

Al cerrar el grifo se dirigió al cuarto y abrió el cuaderno que el jefe de guardia del hospital le había entregado el día anterior después de que ella le agradeciera haberla seguido a casa aquella oscura noche al percibir su vulnerabilidad, cada página contenía un mensaje personal de

agradecimiento con la foto y firma de cada paciente que había atendido durante la cuarentena, en la última página, una lista de nombres de todos sus compañeros médicos acompañaba la frase "te necesitamos", las lágrimas corrieron de inmediato por sus mejillas y abrazando el retrato de su pequeño hijo Tom le prometió no derrumbarse nuevamente y que lo amaría por siempre.

208. Deogràcies Pagá Leonisa - España:

Las alcobas mudas

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Había creado un mundo entre esas cuatro paredes, vestidas con baldosas grises. La frontera, aquella ventana. Su peaje, el miedo a la enfermedad.

Carlos pensaba que el virus tenía plena conciencia de su hipocondría, que flotaba en el aire esperando a que del portal 18 saliese él con los hombros entrecogidos, el flequillo tapando más cara de lo normal y ese renqueo tonto en sus rodillas que tanto odia. Sin embargo, lo único que flotaba en el aire de la avenida era la incertidumbre de cuándo será la última página de este capítulo. «Se está bien, tengo mis libros, las películas... no sé de qué me quejo», rezaba Carlos en voz baja, costaba salir cada vocal de la comisura de sus labios.

Víctor pensaba en visitarlo. No era muy complicado, solo les separaba escasos metros y un tabique que dividía sus habitaciones. No obstante, era tremendamente complicado salir de aquella cama donde durante tanto tiempo había convivido consigo mismo, se engaña mientras decidía si ir o no ir.

Los dos apoyados en distintos lados de la pared miran la puerta con desvelo, pensando cuando cruzará su hermano ese marco de madera para establecer conversación. Y así pasan los días, contando baldosas grises, viendo el virus por la ventana si achinan los ojos y esperando, siempre al atardecer, es más melancólico, a que Víctor aparezca.

209. Andrea Gallego Heredia - España:

Sin pausas

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. El agua en vez de hidratarla, la secaba. Miraba, con detenimiento, cómo caía cada mes envuelto en gotas que se derramaban al llegar a la pica y en su cabeza solo se mantenía un debate constante entre un “sí” o un “no”, por haber aprovechado los días.

Al salir de la ducha, se hizo un café, la cual era la única cosa que mantenía de su rutina. En cada sorbo que le daba, miraba su cama sin hacer, y se comparaba con ella, con la situación, con su vida sin “resolver”. Su cama era el claro ejemplo de un parón, en el que María, y mucha gente, le daba miedo estar. Un parón que obliga a no solo mirar hacia lo que te espera, si no todo lo que has sido, a todo lo que fue en su vida antes de esto.

Ordenando entre los cajones que el día a día no le permitía arreglar, encontró fotos suyas de pequeña, algunas cartas de amigos de la infancia, a su violín, el cual fue su mejor amigo durante catorce años,

Se acabó encontrando a ella, y definitivamente, sin esta cuarentena, eso es algo que no hubiera podido hacer.

210. Noelia Coletto Sierra - España:

¿Cuarentena por qué apareciste?

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Hola soy Sara y desde que este estado se disparó, sentí miedo y tristeza, no me creía que cosas tan esenciales acabasen.

Ver a los amigos, familiares y gente que te saca una sonrisa y sobre todo no acercarnos a más de un metro ni darnos besos ni abrazos, esto apagaba en mis días.

Por otro lado, el momento más feliz llegaba y llega cada día que salgo a mi terraza a aplaudir por aquellos héroes que se arriesgan por nosotros y por salvar vidas y por que podemos tener servicios esenciales.

Los días pasan el mundo se paraliza, la gente lucha y a la vez agradecer y yo me quedo en mi casa y aprovecho para poder ver a mis amigos aunque sea por video llamada, poder escribir que es mi mayor pasión y oír la música que tanto me gusta, por otro lado descubrirme a mí

misma y saber que puedo conseguir aquello que este maldito virus nos hizo hacer a través de una pantalla.

Pero querido virus soy Sara y como yo millones de niños, jóvenes y mayores estamos en casa sin poder salir, vete y déjame volver a aquello que soñaba, deseaba y sobre todo volver a aquellas muestras de cariño.

Cuarentena déjame salir de estas cuatro paredes y ver brillar el sol.

211. Joaquín Casiano Nadal - España:

La habitación

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual, pero el ruido del agua le calmaba. Camino al comedor advirtió un libro, le vino a la memoria la última persona que vio, fue al repartidor para entregarle un paquete. Enciende el televisor, algunas personas están disfrutando de sus vacaciones, le llena de rabia, y la libera en una estantería llena de figuras de cristal, tirando todo al suelo, fragmentos de cristal vuelan por toda la habitación inundando el suelo con pequeños rayos de luz, resuenan como miles de campanillas casi al unísono. Piensa que la radio lo calmara, pone la emisora que escucha normalmente, su locutor favorito está con el programa de dedicatorias, al rato, una llamada dedica una canción en memoria a las víctimas, la rabia vuelve apoderarse de él, y lanza la radio contra la pared, con la fuerza que llevaba el objeto, la pared lo devuelve hacia la puerta de su habitación, el golpe la abre lo justo para que se cuele dentro. El silencio se adueña del momento, decide entrar a la habitación a por el objeto lanzado, abre la puerta de par en par y lo ve en la cama inerte y rígido, pero no era la radio, era la forma de un cuerpo que reposaba desde hacía cuatro meses y medio inmóvil.

—Me morí y nadie se enteró. Maldito paquete y lo que traías contigo —dijo.

212. Leire Celaya Azcoaga - España:

Ya nada era igual

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Ni siquiera el agua que lo golpeaba era igual, no era más que un distante roce que lo transportaba a un pasado no tan lejano, donde la monotonía de su realidad aún no había sido alterada: alarma, ducha, ropa, desayuno, trabajo. Repeat.

Ahora, cuando salía a la calle, podía notar los estragos que había producido semejante pandemia. La gente ya no caminaba desinhibida por la calle. Ahora la gente arrastraba la jaula de lo que una vez fue y nunca volvería, esa mentira piadosa que todo el mundo parecía creer: todo irá bien. Habían despertado del ensueño y ahora se preguntaba si alguna vez volverían a soñar.

Habían pasado cuatro meses desde que se levantó la cuarentena y ya nada era igual. El mundo nunca le había parecido tan gris. Los pequeños comercios habían desaparecido. Los escaparates vacíos, olvidados. Los parques inhabitados, descoloridos.

Caminando por la calle, la vio. No pudo evitar sentir cómo se le encogía el pecho. Estaba sentada en el mismo banco de siempre, su mirada perdida al frente como si estuviera recordando algo que una vez fue cierto. La mirada envejecida de quien ha vivido más de lo que debería. Los brazos cruzados de quien estaba, sin saberlo, defendiéndose. Al verla, lo supo. Nunca una verdad le había dolido tanto y es que ya nada era igual.

213. Ángela Patricia Peñarete Sanabria - Colombia:

Renacer

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. A su mente vinieron los recuerdos de aquel cumpleaños que no se celebró, pues cuando inició aquel virus indolente, la vida dejó de ser vida y la muerte pasó a ser protagonista.

Un cumpleaños que se convirtió en funeral, una paradoja que reafirmaba que ese podría estar siendo el fin; al menos para ella, pues el fin de su mundo había llegado. En las sombras y a la distancia, sin poder llorar, cuando se disponía a llamarle para decirle que le amaba y que agradecía su presencia, recibió la noticia de su partida.

Por primera vez en tantos años, donde era una costumbre jovial el estar juntos ese día, no podían cumplir con su ritual, esa imposibilidad le llevó a la muerte. Sin embargo, sabía que aquella persona que partía no dejaría desapercibido tan importante acontecimiento, su natalicio, pues era alguien que siempre estaba expectante a las maravillas de la existencia.

Así, fue como recibió una nota en la que su partida no era el fin y que le daría la fortuna de crear algo nuevo pues era libre, ese sería su regalo... Levantaron la cuarentena y conoció una nueva alma que le ayudó a gestar vida y mientras estaba bajo la ducha, ponía una mano en su vientre y recordaba que la esperanza no estaba perdida ya que un nuevo mundo se revelaría.

214. David Calvo Hernando - España:

Final feliz

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Por fin se atrevió a abrir ese sobre. Se sentó, en su banco favorito del parque, y comenzó a leer:

“Estamos juntos en esto. No nos conocemos, pero permíteme que te tutee. Estás enfermo, pero en las mejores manos posibles. La gente que te quiere está en sus casas. Sin salir. Lo hacen por ti, pero también por ellos. Te quieren volver a abrazar. Lo harán. Estamos juntos en esto. Yo te prometo que me quedaré en casa. Ayudare a los que te ayudan. A tus ángeles de la guarda. Los que no te van a dejar irte. No sin volver a abrazar a tus amigos. No sin volver a besar a esa persona. Si, tú sabes quién es. Volverás a sonreír. Y a saltar, y a bailar. Porque estamos juntos en esto. Cuando todo esto acabe y nos veamos, te guiñaré un ojo. Así sabrás quien soy. Andrea, la que ayudó a los que te ayudaron. Con un simple gesto, quedándome en casa. Porque estamos juntos en esto. Me despido, pero te vuelvo a pedir perdón. Por tutearte. Descansa, el camino es largo. Pero el final será feliz”.

Andrea era su vecina, la que sonreía al compartir el ascensor. Ella no sabía que esa carta que mandó al hospital iba a ser para él.

Final feliz.

215. Francisco Javier Gómez Ramírez - México:

Buenos días a todos... Online

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Pensó Javier Gómez al momento que sentía el agua correr por sus hombros, cerró los ojos y quiso regresar en el pasado a los momentos antes de la cuarentena donde todo aparentemente era normal. ¿Pero realmente era normal? Esta pregunta lo sobresaltó y abrió los ojos. ¿Cuál era la normalidad? La realidad actual o la anterior. Muchas preguntas llegaron a su cabeza. Terminó de bañarse como de costumbre, desayunó solo ya que su esposa e hijo se habían salido temprano a sus actividades y en su soledad sintió nostalgia, pero a la vez, esperanza ya que la cuarentena lo había cambiado todo, bueno no todo, casi todo.

Para lo que Javier se dedicaba fue un punto de inflexión ya que, si bien la capacitación presencial era su fuerte con la cuarentena y después de cuatro meses tuvo que cambiar sus paradigmas personales y reinventarse por lo que, para eso, logró posicionar su marca personal en algo tangible y de valor para la gente que estaba interesada en tomar sus cursos vía ONLINE o virtuales.

Después de desayunar se preparó como lo hacía ya desde hace un mes. Llegó a “su rincón personal” volteó a ver el reloj, esbozó una sonrisa, se sentó en su escritorio, prendió la computadora.

“Buenos días a todos” comentó Javier iniciando el curso, otro día había iniciado, para su fortuna.

216. Jorge Alberto Dumeynieu Olea - Argentina:

El último paso

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual, no tenía familia ni amigos, no vería a su hijo crecer, no volvería a cenar con su esposa, las sonrisas se habían acabado para él pero, había logrado ocupar su mente con un objetivo y hoy, ese objetivo sería cumplido.

Luego de ducharse, salió hacia ese nuevo mundo, uno en el que los animales habían vuelto a coronarse como reyes y en el que, él era posiblemente el último de una especie que solo había sembrado el terror y la destrucción.

Sus pies no podrían haber recorrido otro kilómetro más, las ampollas ya estaban demasiado lastimadas y muy posiblemente infectadas, pero por fin había llegado. Con un gran y último esfuerzo liberó a todos los animales que aún estaban vivos.

La elección de ese último zoológico no fue al azar, en algún momento que le parecía pesadamente lejano, acudió allí con su familia y había experimentado esa sensación que ya casi había olvidado: la felicidad. Pero lo que era más importante, tenía una ubicación predilecta para llevar a cabo el último paso de su plan.

Entonces, mientras observaba cientos de aves sobrevolar el cielo que ahora les pertenecía, el último hombre en la tierra dio un paso adelante y se lanzó, luciendo una sonrisa, desde un gran puente hacia el vacío, dejando así sellado el destino de la humanidad.

217. Alberto Díaz Tornero - España:

Entre mascarillas

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Madrid había estado congelada tanto tiempo que le costaba recuperar su temperatura normal.

La vida entre mascarillas estaba asentada en nosotros y algunas personas, como ella, aprendieron el lenguaje de las miradas. Ojos que brillaban, que se apagaban, que gritaban, que susurraban... En cada viaje de autobús descubría una nueva palabra escrita en las pupilas de sus pasajeros. El agua seguía corriendo por su piel desnuda mientras pensaba en el cambio en su manera de mirar.

Al inicio del confinamiento se imaginó que serían unas semanas felices en casa. Carlos y ella podrían dibujar nuevos horizontes en cada cristal de las ventanas, componer melodías a golpe de sueños por cumplir y aplaudir hasta que las palmas de las manos picasen. Según pasaron los días sus sonrisas tornaron en reproches, sus abrazos en cadenas y sus confesiones en silencios. Carlos acabó encerrándose en el dormitorio, ella en la cocina.

El bote de champú se cayó al plato de la ducha y volvió al presente súbitamente. Cerró el grifo y se enfundó en su albornoz azul. En su solitario abrazo alargó la mano hacía su teléfono móvil

para subir el volumen de la canción que sonaba y, cantar a pleno pulmón con Nino Bravo al unísono.

Hoy su mirada vestía esperanza y fantaseaba con encontrar unos ojos que, furtivamente, la volvieran a enamorar.

218. Alejandro Silva Sánchez - Colombia:

Se va con el agua

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual, seguía lavándose el cuerpo profusamente al volver a casa después de salir del trabajo, donde ya no estaban la mitad de sus compañeros de antes, sucumbieron al capital y no al virus, se decía mientras las gotas de agua rodaban por su cuerpo.

Exhausta de todo aquello que golpeaba su humanidad durante el día, se dejaba caer en la cama y a salvo del mundo exterior, recordaba los extraños momentos del día; en la mañana salía con su tapabocas azul a tomar el autobús que contra todo pronóstico pasaba temprano y en el cual encontraba una silla para sentarse; al medio día, en la cafetería de su compañía, las mesas desoladas la esperaban rogando por un cuerpo al cual sostener; en la tarde, caminaba hasta su apartamento para apreciar la soledad gris de los parques, deambulaba tranquila entre los árboles que le regalaban su aroma.

En el cuarto daba vueltas sobre sus pensamientos, impulsada por una fuerza extraña se sentaba al borde de la cama, sucia de soledad, se levantaba y volvía a la ducha, ya no para lavarse del virus sino para enfrentar desnuda la refrescante caricia del agua fría con la que se mezclaba, en un sosiego total. Inmersa allí, pensaba lo hermoso que sería que su vida transcurriera en esa dulce comunión, mientras su cuerpo le ofrendaba lágrimas alegres al agua.

219. Del Clay - España:

El mundo de los adultos

Cuando abrió el grifo de la ducha, recordó que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Los animales ensuciaban las ciudades, la vegetación campaba a sus anchas y las fachadas de los edificios ya no pretendían impresionar.

Tras años de incertidumbre, los confinados habían olvidado cómo mantener una conversación de ascensor, arreglarse para un sábado noche o abrazar sin miedo. La comodidad de los años había disipado las promesas de reencuentros y ya nadie ansiaba libertad.

Laura soñaba con sentir la tierra rotar bajo sus pies, pero nadie comprendía sus ganas de exponerse a los peligros del mundo exterior. La última vez que salió tenía solo cuatro años y al cumplir dieciséis, su familia había cedido. Laura se puso un vestido prestado y abrazó a las únicas personas a las que recordaba haber abrazado en su vida.

Como en sueños, saltó a la calle con las piernas temblorosas. Afuera, el aire puro le acarició la cara, le arremolinó el vestido y se sintió como en una película. Frenética, se perdió en un laberinto de calles con el mundo girando a su alrededor durante horas. Solo cuando sintió la lluvia en su cara, se percató de que era de noche y de que estaba perdida. Sin luz eléctrica, sin nadie con quien hablar, sin saber dónde estaba, sintió miedo por primera vez en su vida y comprendió que el mundo del que los adultos hablaban con añoranza se había desvanecido.

220. Marisol González Quintana - Chile:

Saudade

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual, su cuerpo se sentía distinto, no era la misma de hace cuatro meses, las mañanas tenían un sabor distinto. Esa mañana recordó de cuántas veces había soñado con ese instante, sin cuarentena, en ese primer día empoderada para retomar su vida. Todo estaba planeado, caminaría por los parques sintiendo la brisa. El paisaje había cambiado, ya era otoño y sólo disfrutaría de cada uno de los detalles de la naturaleza perdidos con el encierro.

Mientras corría el agua por su cuerpo, recordó cómo fue ese primer día, deseosa de los reencuentros; se detuvo en uno, el que generaba mayor ansiedad. Pensaba en cuántas ganas sentía, deseaba poder verlo, sentir su aroma, la calidez de su piel, ese contacto frente a frente, el permitirse estar con aquella persona, con quien nada era claro y que evidentemente la cuarentena no ayudó. Pasado ya cuatro meses, recordó todos los detalles de ese apasionado reencuentro que tuvo con Matías. Él fue a su casa, ella estaba nerviosa, apenas se vieron, se

abrazaron, se besaron y como era de esperar terminaron en su cama. No existían palabras, solo fue sentir, besar, acariciar.

En ese preciso momento fue cuando el hermano de Javiera golpea la puerta y se da cuenta que permanecía en la ducha, que no han pasado 4 meses y sólo era su deseo de estar con Matías.

221. Laia Riqué Farga - España:

Agua de manantial

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual pero su miedo la había anclado a ese piso, obligándola a no quebrar la aparente normalidad. Y, aunque ya hacía cuatro meses que podía huir, su inseguridad tampoco se lo había permitido.

Durante la cuarentena, solamente le aliviaba pensar que le quedaba un día menos en ese infierno. “Cuando vuelva a trabajar, se le pasará el mal humor” se repetía. Pero él cogió la deplorable y continua necesidad de golpearla y no cesó cuando volvió a trabajar.

Cada mañana en la ducha, ella pretendía curar sus heridas como si con agua de manantial mágico se tratara, sin pensar que las más profundas no se veían. Intentando seguir su rutina, el último minuto se torturaba con agua fría. Ese minuto le servía para cubrirse de falsa energía para superar el día.

Al salir de la ducha, ya hacía semanas que no se atrevía a mirarse en el espejo. Huía envuelta en su toalla hasta el armario y construía una trinchera con las puertas para evitar esa visión. Pero hoy no ha tenido fuerzas para salir corriendo. Hoy, ha visto su piel como un lienzo pintado con la perturbación y a voluntad de su marido. Se ha hundido en sus colores más oscuros, los más recientes, los que le han hecho pensar que a lo mejor es a ella a quien le queda un día menos.

222. Ashley Sedano Candalija - España:

El principio del fin

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Alfred salió de la ducha dispuesto a ocupar su ordinaria silla en la oficina, pero cuando pisó la calle, algo le sorprendió. Sus vecinos, el

señor y la señora Greywood estaban a pie de carretera, como esperando que algo les pasase por delante, y cuando ya giró la esquina, sin darle más importancia, lo oyó. Los dos ancianos se acababan de abalanzar sobre dos niñitos que iban al colegio, estaban mordiendo sus pequeños cuerpos, tirando de la carne y comiéndosela. Entonces el caos hizo acto de presencia, había personas persiguiendo a otras, dispuestas a devorarlas. Alfred no daba crédito, echó a correr hacia casa y se encerró dentro, pero entonces se acordó. Sus vecinos pasaron el virus, la mujer de enfrente, que estaba atacando a un repartidor, también lo pasó, y su hermana, y sus sobrinos... ¿Podría estar pasando? ¿Era posible que los que enfermaron y se recuperaron, ahora anhelasen carne humana? Y de repente algo le atacó por la espalda, vio sus pequeñas manos rodear su pierna y morderla cual animal, entonces recordó que su hija también superó el virus, y cayó en la cuenta de que aquello había sido solo el principio."

223. Francesc Iglesias Martí - España:

Abierto después de cerrar

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. La pasó cerrado en un piso en Chile la mayor parte de su año de intercambio. No le preocupaba ni de dónde venía ni hacia qué rumbos se dirigiría en un futuro. Ese vacío le entregó una serenidad desconocida.

Salió a fumar a una terraza que daba a una plaza de Barcelona. Hacía ya un par de meses de su vuelta, sin embargo, nunca notó que lo hiciera realmente. La persona que tomó el primer avión ya no existía. Como una serpiente mudando su piel, él notaba haber dejado atrás miedos e inseguridades. Se dio cuenta de que el cambio no radicaba en la localización en la que estuviera ni en la gente que había conocido. Lo que le cambió fue él mismo. Durante el solitario confinamiento aceptó el aislamiento y entendió que tendría que pasar mucho tiempo a solas. Al principio le asustó, luego le aburrió. Se forzó a quedarse horas tragando techo con la intención de que se le despertara algo. De igual forma que alguien que pierde la visión agudiza otros sentidos, él empezó una metamorfosis.

Su yo latente empezaba a emerger y con ello le vino la calma. No sin antes enfrentarse a miedos reprimidos que le perseguían desde hacía tiempo. Cerró los ojos y entendió que ahora tocaba vivir.

224. Lesley Michelle González Mota - México:

Pandemia

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual, el sol resplandecía con su mayor vigor, las aves cantaban sus más preciosas melodías, los árboles, eran lo más hermosos, tan verdes y llenos de esplendor, pero no se comparaban al cielo, el azul más maravilloso que había visto jamás, las nubes parecían algodones perfectamente pulidos por los mismos ángeles. Una enorme nostalgia inundó sus pensamientos, los ojos se cristalizaron hasta que de ellos brotó una pequeña lágrima, seguida de otras más. Mientras el vapor del agua caliente empañaba la ventana recordó aquellos momentos antes de que todo esto comenzara, cuando creía que era feliz, desperdiciando su vida en antros y bares, comiéndose el mundo en líneas blancas.

- La tierra ha vivido 4.600 millones de años, ha sobrevivido a catástrofes descomunales, terremotos, inundaciones, erupciones volcánicas... Y el único mal que la está destruyendo es la humanidad, la tierra está pidiendo a gritos ser salvada. Nunca he hecho algo bueno por alguien que no sea yo, pero es hora de que todo cambie, que viva el amor, espero que este mensaje sea escuchado.

Salió de la ducha, escribió una nota en un pedazo de papel, abrió la ventana del séptimo piso de su apartamento y dejó caer su cuerpo desnudo en el asfalto, un transeúnte que pasaba por la avenida tomó la nota que había volado hasta sus pies. “El verdadero virus somos nosotros” decía.

225. Elisabet Belmonte Torres - España:

Código nuevo

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Mientras el agua caliente recorría su espalda, recordó a todos aquellos dirigentes políticos que perecieron. La parca los reclamó

como pago por el sobreesfuerzo que realizó durante los meses previos. Muchas personas habían adelantado su viaje por su incompetencia.

El resto de la humanidad, aquellos que consiguieron sobrevivir, crearon un código nuevo. Bañados por un mismo sol, trabajaban unidos en una misma dirección, cuidar el planeta. Reparar el daño que habían causado era la única forma de calmar la furia de la madre Tierra. La que, agotada de soportar a unos hijos irrespetuosos y descuidados, los había castigado, con pandemias y plagas, que difícilmente podrían soportar. Pero ella, no estaba dispuesta a que siguiesen lastimando al resto de sus hijos.

Esa lección aprendida a base de dolor y muerte, juraron que jamás se olvidaría.

226. Laura Martínez Gómez - España:

Crónica de una conclusión porque no todo (nos) fue bien

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Dos meses antes del día C. Ella esperaba que Él le repitiese eso que tan pocas veces le dijo y tanto escuchó en esos días. En el encierro, Ella sólo esperaba oírlo de él: todo (nos) irá bien. Como quien hace una promesa. Pero poco a poco se fue apagando su luz.

Un mes antes del día C. Ella esperaba parar el tiempo perdido. Hacerse más fuerte por los dos. Él ni reparaba en mirar el reloj.

Una semana antes del día C. Ella estaba dispuesta a concluir con el daño. Pasar de los puntos y seguidos a los puntos y finales. Parecerse a uno de esos libros que apilaba tras sumergirse en ellos.

Día C. Ella comenzó con un “Lo siento, pero yo soy la que no tiene que pedir perdón.”

“Entonces, ¿nada (nos) va bien?” preguntó Él.

“Espero que sí. Sólo que cada uno caminando renglones diferentes” sentenció Ella.

Forzar la máquina. Una última sonrisa.

Después de cuatro meses volvió a ser. La decisión fue pesada y, hasta incluso, se rompió varias veces en mil pedazos. Se cosió de nuevo sus alas y pudo volar. Nunca había estado tan agradecida de aquel encierro para aprender a usar sus alas.

A fin de cuentas, y como una sola vez le dijo Él, el Sol la guardaba porque todo (le) iba a ir bien.

227. Kevin Gabriel López Aruquipa - Bolivia:

Gracias

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual, las gotas que caían se asemejaban a aquel día lluvioso donde la gente, sin importar el aguacero salía después de tanto tiempo. No hubo más lluvia feliz que aquel día, nadie la evitaba, nadie dejaba de sonreír.

Se puso el traje que no salía del guardarropa desde hace un buen tiempo, mientras ceñía su corbata se vio al espejo, esbozó una sonrisa tímida y salió de casa con el recuerdo en la mente. Veía por las calles el paso despreocupado de aquellos que hace meses padecían de un interminable encierro, niños corriendo por la calle, siendo niños, mientras él compraba un ramo de rosas blancas de una señora que lo bendecía y le decía: “Gracias a Dios esto terminó”. El aire era más fresco y el bullicio del mundo contemporáneo de a poco retomaba su estresante protagonismo, él blandía el ramo y se acercaba a su destino: Un pastizal algo desolado, en el suelo, una lápida de piedra que inscrita lleva el nombre de su madre, quien en vida fuese un médico que, como tantos, dieron su vida por salir de esta etapa. Dejó el ramo en el verde suelo y en silencio se quedó sentado durante media hora, contemplando una vez más a su alrededor. Se levantó y antes de dar la espalda susurró: Gracias.

228. Ayleem Pereda - Venezuela:

Premonición

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Como médico aquellos días quedarían gravados en su memoria. Muerte. Dolor. Sufrimiento. Donde estornudar sin taparse, pasó a ser un ataque terrorista. Literalmente.

Y después de pasar aquella pesadilla llegó otra peor. Una debacle económica, que provocó hambre y el inicio de la tercera guerra mundial, que había iniciado Estados Unidos y China, tras comprobarse que el Coronavirus fue un arma biológica creada en un laboratorio de Wuhan.

Todo aquello le provocaba a Leticia angustia. Como médico, escoger a quién salvar era una decisión tan aberrante como difícil, considerando la escasez de equipos médicos. No podía hacer más.

Se arregló y salió a la calle. Muerte. Desolación. Camino al hospital sólo horror podía ver.

Caminaba a paso apurado cuando sintió que alguien la seguía. Empezó a correr, cuando quien la seguía la alcanzó.

-Leti, Leti... Cariño, despierta. Llegarás tarde al hospital. Y hoy comienzan los chicos nuevos del programa 2019 que tu diriges.

- ¿Qué día es hoy? -preguntó aún aturdida por el sueño.

-13 de enero de 2019-respondió extrañada - y tú llegarás tarde si no te levantas ahora mismo.

-Por Dios Santo, Mariam, tuve un sueño y era muy real -dijo agitada a su amiga, aún sin poder creer que era un sueño.

- ¿Y qué soñaste? -preguntó intrigada

-Soñé con la muerte. Soñé con una Pandemia que concluyó en la Tercera Guerra Mundial.

229. Lucas Lara Suzanne - Argentina:

¿Paz? Siente cero

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Pocas cosas tenían sentido a esta altura, pensaba con terrible desgano, al mismo tiempo que se despojaba de sus anillos y su reloj para no estropearlos.

Mientras el agua de la ducha sonaba contra el piso como un aguacero de verano, de esos que suelen traer consigo un olorcito a tierra mojada, se encontró nuevamente en aquel espejo empañado, o al menos divisó una silueta. No era ella, no eran sus rasgos definitivamente orientales, sino que eran muchos, variados en tipos y en color. Más preciso sería decir que ellxs, la encontraban a ella en aquel pedazo de vidrio.

Se sentó en la tapa del inodoro a desvestirse, después de varios minutos frente al espejo, y decidió entrar en la mampara de vidrio. La calidez y la presión del agua sobre su rostro hizo que relajase sus hombros y su zona abdominal, recordándole lo que un médico, como quien vomita sus verdades con lágrimas en los ojos, le había dicho tras dejar el hospital “fuiste el germen de la terrible calamidad que azotó al mundo entero”.

Después de un tiempo y solo habiéndose mojado en la ducha, salió de ella agitada y temblorosa, y volvió a mirarse en ese espejo, esta vez con enojo y rabia, menos pasiva que antes. Desafortunadamente, lo que no logró hacer el virus, lo hizo su alma agobiada y ese maldito espejo que la atormentó los cuatro meses que llevaba levantada la cuarentena.

230. Majo Toala - Ecuador:

Una ducha post-pandemia

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Aunque ya eran libres de ir y venir como quisieran, a veces aún se sentía preso del miedo.

Se paró bajo el agua.

Los cuerpos que aún se encontraban en ciertas calles le recordaban que el virus no había desaparecido totalmente. Le recordaban los miles de vidas que había cobrado, desde los más desamparados hasta los más valientes que lucharon hasta el final ayudando al débil ...

Se enjabonó de pies a cabeza.

Y, sin embargo, pensó, las familias, aunque menos numerosas, estaban más unidas. Los abrazos y los besos, aunque menos frecuentes, eran más sinceros. Las canciones y los poemas eran más sentidos, las amistades más puras, los actos de solidaridad más abundantes y los “te amo” más fuertes que nunca.

Se puso champú y cerró los ojos.

Durante los meses de cuarentena el aire se tornó más limpio, el mar más azul, los ríos más cristalinos, los bosques más frondosos. La gente nunca había visto tantos peces visitar las playas, tantas estrellas iluminar la noche, tantos pajaritos cantar al alba.

El miedo aún acechaba, sí, y las memorias aún dolían, pero nada superaba la fuerza y el amor que ahora florecían.

Los humanos recuperaban su humanidad y la Tierra su esperanza.

Terminó de enjuagarse el cabello. Cerró el grifo.

Ya nada sería igual, se dijo, porque ahora todo sería mejor.

231. Claudia Marcela González Gil - Colombia:

Cabeza abajo

Cuando abrió la ducha recordó que habían pasado cuatro meses desde el primer día en que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Todo estaba cabeza abajo. Era un 8 de julio y usualmente en esa fecha el calor golpeaba fuerte las paredes, pero esta vez era distinto, se sentía distinto. Después de cinco meses encerrada en nueve paredes sin ventanas, decidió salir.

El suelo estaba tan blanco como en los días más fríos de invierno, pero no había nieve; estaba nublado; el ambiente era seco y sentía que le faltaba un poco el aire. Caminó buscando personas y edificios entre la niebla, pero no había nada ni nadie; donde antes había edificios ahora era campo abierto, los carros habían desaparecido y no encontraba un alma andante.

- ¿Estaré aún dormida? Se preguntó.

De repente encontró escuchó un ruido y volteó. Al frente suyo había un letrero que decía “Bienvenida”, señalizando una vía pedregosa que se dirigía hacia el pico de la montaña. Decidió caminar y encontró una fuente de agua, una caja de herramientas, madera, adobe, dos gallinas, una cabra y un burro. El aire era menos denso.

Miró hacia arriba y, mientras ella caminaba sobre algo que parecía ser el cielo, vio los ríos fluir y los animales andar libres, mientras los edificios vacíos se caían y los carros se volvían chatarra.

- “Hazlo mejor esta vez, por favor”. Escuchó una voz.

No estaba dormida. El mundo había girado 180° para permanecer cabeza abajo.

232. José Gerardo Fallas Solís - Costa Rica:

Amada Ana

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Y mientras le caía el agua en su cabeza, las gotas le golpeaban los recuerdos por esos días tan difíciles que pasó, esas gotas eran como si le estuvieran taladrando los pensamientos y con mucho dolor recordaba, mientras el agua se mezclaba con sus lágrimas.

Qué triste pensar que por esa situación ya no tenía a su lado personas que amaba, recordaba a su amada Ana; tantas ilusiones y proyectos que tenían juntos, la boda que no se realizó, los hijos que nunca llegaron, la casa que nunca se construyó, estudios que quedaron abandonados. Jamás imaginó que la vida le arrebataría a su amor, con la que vivió tan bellos momentos y que cuando todo estaba muy mal en el tiempo de crisis se motivaban el uno al otro diciendo vamos a salir de esto, todo va a estar bien.

Ahora que el tiempo ha pasado y ella no está, me doy cuenta, así como llegó en una tarde a mi vida así se fue, como una estrella fugaz la cual da luz por un momento al firmamento y da ilusión a la noche, pero pasa tan rápido que no hay tiempo soñar, de esa manera fuiste tú, mi querida Ana.

Pero como te prometí, lucharé para ser feliz, aunque no estés conmigo, porque aun sigues aquí mi amada, en mi corazón por siempre.

233. Luna Diaz - Argentina:

Resiliente

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Pero debíamos continuar.

La mujer esperaba que el agua tibia remojara sus raíces, para que junto al sol volviera a florecer eso que llevaba muerto en su interior.

No todas las casas son hogares. Y ese lugar, ya no olía a café y pan tostado por las mañanas.

Es sorprendente, cómo aún en silencio uno escucha el espantoso sonido de un corazón roto, como el sol ya no se filtra por la ventana y el aire se vuelve pesado.

Es aterrador, como el dolor de un alma cruje hasta los huesos.

Como un cuerpo tiritita por recuerdos e inundan unos ojos grises, con el polvo del ayer.
No habría agua que se filtrase entre sus grietas y limpiase la nostalgia de su pecho.
Esa tarde tenía turno con el médico.
No le gustaba volver al lugar en donde conoció al amor de su vida, donde todos la veían con ojos de pena y respeto.
De camino a casa, se atrevió a aceptar que después de una primavera helada, volvería a florecer su jardín.
Que, como el girasol, su vientre crecería con el ritmo del sol.
Y lentamente sus miedos bailarían lejos.
Que sentiría el viento y el sol volvería a entibiar su frío cuerpo.
Que la lluvia regaría su alma.
Esta guerra le quitaría un poquito de magia, pero también le devolvería (su) vida.

234. Martín Rigoberto Hernández Jiménez - Colombia:

La toalla

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual, cerró los ojos, el agua corría fría por su cuerpo, al pasar las manos sentía en su piel las cicatrices que le dejaron tantos pinchazos en el hospital.

Le extrañaba que ya no sintiera ese pánico sorpresivo al cerrar los ojos en la ducha, en esos momentos sentía caer sobre las oscuras sombras que lo empujaban a una absurda espiral de miedo. Tenía que abrir los ojos para no perder el equilibrio.

Ahora al cerrar los ojos podía experimentar tranquilidad, centímetro a centímetro el agua fría lo iba refrescando. de pies a cabeza lo cobijaba una sensación reveladora, respiraba profundo, se elevaba por encima de sus trágicos recuerdos. Con liviandad flotaba en una atmósfera llena de luz.

La cuarentena al parecer lo había liberado de miedos que lo acompañaban desde la niñez, se decía -ni libro de superación, terapeuta, religión o brujo ha servido, pero sí un letal virus de mis miedos me curó.

Cerró el grifo de la ducha, salto un poco para calentarse y ponerse activo, luego estiró la mano queriendo coger la toalla, no la encontró, miró y no estaba.

Su calma fue arrebatada en milésimas de segundo, lo invadió la ira y de una elevada

meditación cayó en una cruda realidad... - *hijueputaaa*, otra vez olvidé la toalla.

235. Mili Godoy - Chile:

Indeleble

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena.

Ya nada era igual para Martha, en el transcurrir de los días, su vida había pasado de estar a un salto del abismo, a devolver nuevamente sus pies sobre la tierra y con pisada firme para ser más precisos.

El tiempo fue inequívoco. La justa dosis de encuentro con su ser, le permitió darse cuenta de que la oscuridad no estaba allá fuera, sino dentro sí misma.

Tomó lo que el tiempo pudo darle; entre risas y tristezas, claros y oscuros, junto todo un arsenal de emociones con el que dibujó un mapa,

que solo la llevo a donde la vida quería llevarla, se dio cuenta que la pared blanca era más grande que el punto negro en el que ella se enfocaba siempre.

¡Vibro Alto! ¡Vibro Fuerte!

236. Laura Valentina Parra Ibañez - Colombia:

La misma fachada

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual, durante su última ducha comprendió que no solo su vida se había detenido. Ella observaba la misma fachada del mundo desde la ventana y durante el tiempo de la cuarentena solamente le permitían salir al jardín, se sentaba en la banca de madera vieja rodeada de bellas margaritas, tocaba los mismos 5 acordes de la guitarra mientras el sol le generaba calor en sus heladas manos. Ella pudo notar que las personas cancelaban sus viajes y el exceso de tiempo impedía excusas para posponer desde un beso hasta una vida entera de amor. Pasaron esos 4 meses y ella había recapitado en esa habitación con barrotes en las ventanas, lazos en las patas de la cama y la camisa de fuerza que le amarraban cuando perdía el orden de la realidad. Me enseñó sin darse cuenta que en unos días de encierro se puede encontrar o perder el sentido que creemos tenerle a la vida. Yo era un paciente

depresivo y podía entender que ella no estaba loca, solamente quería encontrar respuestas y yo pude haber contestado todas sus preguntas. Si tan solo no se hubiera asfixiado con una bolsa de basura y en esa caída resultará en un trauma craneo encefálico, me hubiese visto en diagonal de la misma fachada del edificio, le habría recordado que ella fue mi primer y único amor.

237. Mirta Noemi Bisio - Argentina:

El pacto

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día desde que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Mientras observaba como caían las gotas de agua sobre la bañera su mente trajo a la memoria aquel día en que su increíble aventura en la montaña comenzara. Por la peste debió permanecer dentro de una cueva.

Cuando, de pronto, se le apareció él iluminando la morada. El ser que le hablaba parecía de otro mundo. Su estupor no le permitía pensar. Sintió miedo, pánico, horror. Hasta que la invitó a comer y beber señalándole un plato y un cuenco. Al hambre se le sumó la desconfianza. Bebió y comió. El ser se presentó cómo El Maestro y le reveló que la ayudaría, si firmaba el pacto. Aceptó. Cuarenta días y cuarenta noches con su guía debió trepar por las paredes ásperas y frías, sentir su cuerpo dolorido y cansado, esconderse del ataque de las águilas, reconocer raíces, hierbas, plantas y nuevos métodos de supervivencia. Sintió frío hambre, sed, angustia, dolor y que esa realidad la conducía por los oscuros laberintos de la locura.

Había observado el mar, pero su cuerpo no estaba preparado para nadar horas interminables. Escuchó uno a uno los consejos del Maestro. Una barca la llevó hasta el yate que permanecía inerte.

Volvió a su país. Allí cumpliría el pacto. Después de.

238. Sol Garbini - Argentina:

Sin Aliento

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Durante esos meses habían llamado del hospital para avisarle que su madre se encontraba en terapia intensiva. Su padre había muerto durante el traslado. Desesperado, llamó a su hermana para ponerla al tanto y estuvo a punto de preguntarle si podría encargarse ella, pero se contuvo. Le debía al menos eso.

Últimamente su vida era una caída en picada.

Su padre había perdido el empleo y estaban endeudados hasta el cuello. Bueno, desde ahora su padre tenía saldada la deuda. En cambio, su madre pagaría hasta el último aliento.

En cuanto a su hermana, había optado por trabajar desde casa cuando nació el primero de sus hijos; ahora cuidaba de ellos a tiempo completo, mientras su marido hacía malabares entre el trabajo y la familia. Cada vez tenía menos tiempo para estar en casa, y la angustia no le dejaba dormir. Cuando ya no pudo soportarlo condujo directo hacia lo de su cuñado. No podía ir a casa y no tenía a nadie más.

Nada de lo que pasó esa noche estaba planeado, y no podría volver a suceder. Pero su hermana era más lista que eso y pronto se dio cuenta de lo que pasaba.

Una vez dentro de la ducha, el agua caliente le lamió el cuerpo hasta que no fue capaz de distinguir las lágrimas que le quemaban el rostro.

239. Robert Ramos - Ecuador:

Ese día llovió

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Esperó, pero ninguna gota cayó. Sonó el teléfono, él sabía, arrastró sus pies, exhaló y levantó la bocina.

-Hola.

¿Estás afónico?

- ¿Por qué llamas?

Quiero saber cómo andas.

-Debiste preguntar antes.

No empieces.

- Estoy mejor que Gloria.

¿Por qué haces esto? Siempre tan distante.

-Distante.

Sí.

Carraspea un poco. -No eres el indicado para hablar de distanciamiento Miguel.

Solo quería saber...

-Gloria murió.

Sí, me dijiste...

Silencio

- ¿Sabes? Ese día llovió, aquí que nunca llueve...La enterré en el patio.

¡¿Cómo que en el patio?!

- ¿Qué querías? ¿Qué la tenga pudriéndose hasta que la funeraria me dé respuesta? ¿O que la tire como basura en la calle como hacen en Guayaquil?

¡Pudiste haberme avisado!

-Pudiste llevarla contigo, pero parece que no había espacio para ella en tu ¡Maldita casa de campo!

Carraspea con fuerza, toce.

Te oyes terrible, ¿Has sentido los síntomas? ¿Te duele algo?

-Me duele todo...

Te haré llegar unas pastillas que...

-No, no, gracias.

¡Maldita sea! ¡Déjame ayudarte!

Silencio.

¿Papá?

Sus ojos se cristalizaron. -Bien... cuando todo esto pase, entiérrame en el patio junto a tu madre, claro, si te sobra tiempo.

Desenchufó el teléfono. Salió al patio, se sentó junto al bulto de tierra. Una gota cayó en su calva, miró al cielo, las nubes estaban grises, esbozó una sonrisa leve. Ese día no paró de llover.

240. Ryan Bladimir Santos Roque - República Dominicana:

Pérdida de un amor en cuarentena

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. “ya nada era igual”. -El Mundo había dado un brusco cambio!

Era allí en la casa número veinte del longitudinal y agrícola pueblillo llamado "la plata", dónde se incrustaba la humilde pareja.

-Estamos pasando por una infame situación, -un infierno que está castigando a su merced a la humanidad, le dijo Magdalena a Bruno luego de que éste último salía de ducharse. Su esposa se encontraba sentada leyendo los noticieros y hablando con su marido, luego prosiguió:

-Los contagiados por la feroz pandemia del COVID-19 se incrementan progresivamente, trayendo consigo miles de fallecidos, está sirviendo el Coronavirus cómo esbirro para causar catástrofes estragadas.

- Luego de estas palabras, Bruno comenzó a entrar en cólera, se quedó perplejo por un tiempo, sentía quemarse sus intestinos, sabía que algo andaba mal, pero se resistía ante la situación. Al pasar a su habitación, sus fuerzas se le desvanecieron totalmente y cayó sorprendentemente en un rincón de la cama, boca arriba.

-Bruno había muerto a causa de la terrible pandemia. Magdalena se precipitó con lágrimas en sus azulados ojos, lo movía, pero nada. Ya su esposo había partido de la faz de la tierra y, contenía una carta en un bolsillo que decía:

"Gracias por ser tan excelente esposa, no quería que sufieras al decírtelo, desde el cielo te cuidaré amada mía"

- Magdalena comenzó a sollozar

241. Melissa Herrera Rodríguez - España:

Reset, nuevo inicio

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Tres meses de confinamiento sin recibir una llamada de aliento o preocupación de sus amigas ni compañeros de clase. Las noches de fiesta eran una cosa, y la verdadera amistad otra. Fue buen momento para saberlo. Sus padres llegaron a tiempo para rescatarla de aquella ola de infravaloración y soledad.

Durante el confinamiento Carina descubrió que tardes enteras de películas, juegos de mesa e inventos culinarios junto a sus padres eran más divertidas que todas las noches fuera de casa fumando y bebiendo como si no hubiera un mañana.

Logró hacer de sí misma una versión mejorada y optimista ante las circunstancias, pues encontró en su familia un amor valioso, sincero y fiel del que no había sido consciente de tener hasta entonces. Tras el fin de la cuarentena puso fin a todos los lazos podridos que la unían a aquellas personas tóxicas. Cuatro meses post cuarentena en los que volvió a sonreír al mundo conociendo nuevas personas, valorándose más a sí misma y sobretodo, valorando cada día con su familia, dando besos y abrazos sin reparo, atesorando cada momento de calidad que ahora se le hacía imprescindible.

Al salir de la ducha se puso un vestido rojo, se pintó los labios y sonriendo ante el espejo se soltó el cabello. El fin del confinamiento había sido el inicio de su nueva vida.

242. Romina Sobrán - Argentina:

La adversidad te obliga a ser fuerte

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual, la sonrisa de la gente al saludar, aquellas mañanas que iniciaban con la dulce voz de Lucía que entonaba su canción favorita, los paseos en el parque llevándola en esa silla de ruedas que ahora estorbaba en la sala, la oficina sin Clara, su cómplice de aventuras, ese lugar vacío en el ordenador de al lado. De dónde sacaría fuerzas para seguir adelante sin su otra mitad, sin su mejor amiga ...

La soledad invadía su alma, tantos meses reprimiendo dolor e impotencia, ya no soportaba más.

Salió de la ducha, se vistió corriendo a toda velocidad, llegó al parque, se tiró de rodillas al suelo y por primera vez sacó todo eso que guardaba gritó tan fuerte como pudo firmando un charco de lágrimas cuando se quedó sin aire recordó que debía Seguir adelante, que sus sobrinos la necesitaban.

243. Rhogers Ameryco Venero Irrarazabal - Perú:

Paseos de cuarentena

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Al menos eso es lo que parecía desde fuera. Empecé mi rutina diaria, pero rutina que inició en la cuarentena.

Al salir busco bancas en el próximo parque al que voy después de desayunar y en ocasiones encuentro a alguien para compartir mi almuerzo, normalmente son animales. Solo una vez compartí almuerzo con una persona, con mi abuela. Estuvo en silencio todo el almuerzo, hasta que me dijo: es hora de regresar a casa. Ya estaba oscureciendo, así que tuve que hacerle caso. Con calma, empecé a caminar de regreso.

Al llegar a mi puerta y antes de entrar a casa mire las estrellas, no sabía si iba a ser la última vez que las vería. En mi mente pensé, para cualquier dios que anduviese por ahí, "que esta sea la última vez que vea las estrellas y que piense en ti."

Cuando entre a mi casa mi papá estaba en la mesa dormido y el periódico a un lado. Fui a mi cuarto y ahí estaba yo viendo por la ventana, no sabía si estaba imaginando, alucinando, o si mi alma estaba en pena. En realidad, no sabía si siquiera había entrado a la ducha. Nada fue igual desde la cuarentena y nada fue igual desde que me contagie de la enfermedad, pero en definitiva todo fue mejor. Me siento mejor.

244. Cristina Sacaquirin Rivadeneira - Ecuador:

Sarita y el mundo

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Sarita de 18 años se recordaba aislada en una habitación de hospital, en donde además de convivir con la idea de la muerte, había aprendido a abrazarse muy fuerte todas las noches. Había aprendido a ver el mundo entrar por su ventana y refugiarse, justo antes del toque de queda (2pm; hora ecuatoriana). Fueron muchas las lecciones aprendidas en esas cuatro paredes. Pero aún quedaban muchas más.

Cada mañana, desde hace cuatro meses Sarita se levanta muy temprano. Abre su ventana. Desayuna. Se mira al espejo, pero no se reconoce. Entonces, sale al mundo a curarse las heridas, esas que, aunque no se ven, son compartidas. Para Sarita, las calles son el único lugar en donde las lágrimas salen sin pedir permiso. Reclaman miles de pasos ausentes. Se sienten aún temerosas. Arden en los filos de sus veredas los sueños huérfanos, que reclaman un lugar en donde ser sepultados. El aire aún se siente ajeno. El silencio clama que no le suelten. El sol aún se oculta temprano. Y no sé cómo, pero Sarita termina regresado a su casa un poco menos rota.

Cada mañana, desde hace cuatro meses, el mundo (ese que lleva 4467 millones tragedias) se asoma por la ventana de Sarita y le susurra que cada vez que sale a la calle, ella y el mundo, juntos, se cuidan las heridas.

245. Christopher Solórzano - Ecuador:

Dos disparos

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Recordaba lo sencillo que era ir al cine, conversar en un bar, abrazar a tu pareja, respirar... Abrió los ojos y volvió a la realidad, se vistió rápidamente, tomó su mascarilla y dejó el apartamento. Se encontró con un escenario digno de una película distópica, avanzó kilómetros, todo estaba cerrado; casas, hoteles, tiendas, todo... Detectó algo moverse con el rabillo del ojo. Reaccionó alertado, su ritmo cardiaco se normalizó al verlo, sonrió.

-Hola pequeñín. ¿Explorando la ciudad?

Encontró un mapache que lo miraba desinteresado. Intentó acariciarlo, pero el sonido de dos disparos hizo que se perdiera en el monte. El sonido se produjo cerca. Mientras corría al lugar, pensó, "Por favor no otro más" Cinco minutos más tarde su miedo se materializó. Afuera de una humilde casa yacían dos ancianos, un mar de sangre brotaba de sus sienes, uno tenía una carta adherida a su camisa. Decía,

"Dos cargas menos para usted señor presidente, esperando su supuesta ayuda contrajimos el virus, por favor entiérrenos juntos, no nos arrumen en la calle como perros sarnosos". Contemplando los cuerpos, supuso que no habían comido en días. Su pesar, su impotencia, se manifestó todo en un grito desgarrador.

-¿Qué haces fuera de tu puta casa?... Estás contagiado.

Exclamó un oficial que observaba la escena.

-Quiero ayudar, general.

-¡Enciérrate! ¡Así ayudas! Descansa, soldado y que Dios te ayude...

246. Vanessa Barrozo Fortes - Chile:

Invisibilidad social

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Dejó el agua caer sobre mi cuerpo, recuerdo la cara de desespero de mis pacientes al saber el diagnóstico, ese maldito coronavirus tenía a todos preocupados, la vacuna era algo improbable, a pesar de los mejores panoramas. Muchas veces el pesimismo tomaba cuenta de todo mi ser, fueran meses de arduo trabajo en el hospital, día tras día llegando más infectados.

En uno de esos turnos conocí una chica, que se aferraba con todo a la vida, fue uno de mis peores casos, Teresa así se llamaba, vivía debajo de un puente en condiciones deshumanas, por situaciones de la vida ya no tenía un hogar, me contó como una sucesión de malas elecciones llevo ella hasta ese lugar. No podía dejar de sentir una profunda pena por ella, ni podía abrazarla en ese momento para darle algo de conforto.

Al Gobierno no le importa esas personas en condiciones extremas, lo que es una lástima teniendo en cuenta que ese factor ayudó en parte que el nuevo virus circulara por la ciudad.

Sin casa, sin comida, sin protección por parte del Estado que serían de ellos. Todo eso me hizo darme cuenta de algo que antes no entendía, solamente amor a las personas necesitadas no bastaba, deberíamos desde entonces ser la voz de los que no pueden hablar, luchar por defender sus derechos, nuestros derechos.

247. Marta María Quintana Álvarez - España:

A veces te paran

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual, el fin del confinamiento había arrastrado varias cosas. La primera de ellas, las duchas cortas y apresuradas de antes. Cuando salió de las cuatro paredes del baño, escuchó rápidamente la segunda. No estabas. Ningún grito contando los minutos de agua caliente gastados, ningún reproche acerca de las canciones tarareadas y los vecinos molestos. El silencio. No estabas. A veces paraban el mundo y te bajabas un instante. Al volver a subir tú definitivamente no estabas. Me contaron que creías que me había vuelto loca y que solo estabas esperando mi llamada, tranquilamente, acodado en algún bar que ahora permitían abrir unas horas al día. ¿Llamada? Miré mientras me secaba con la toalla mi móvil sobre la cama. Lleno y pletórico. De mensajes de varios amigos. Alegres y con promesas de vida. Me vestí como ya podía hacer, con cualquier cosa, escote, falda, pantalón, nada me sentaba mal, nada me hacía parecer nada y desde luego nada me hacía gorda, porque no lo

estaba. Era absurdo realmente creer durante años en estar gorda pesando apenas 50 kilos. Me vi estupenda cuando terminé. En media hora conocería a otro de aquellos amigos. Quizás me durara la ilusión un día, quizás más... pero era feliz. A veces te paran y deshaces la vida para escribir una definitivamente mejor.

248. Tania Guadalupe Enríquez Allaica - España:

El quinto golpe

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Podemos remontarnos a cuando esto comenzó, tenía una casa, pareja y trabajo estable, un proyecto de vida sólido, sin embargo, lo "bueno" cambia de un momento a otro sin dejar espacio entre golpe y golpe.

El primer golpe, una cuarentena, a decir verdad, no le dio importancia. Segundo golpe el despido de su pareja (daños colaterales de esta pandemia), y al mes el tercer golpe, las deudas, ya que este carecía de algún tipo de ayuda, por parte del estado. Cuarto golpe, en sí sabía que era bueno, pero a ella le dejó KO, era una oferta de trabajo a su pareja que aceptó a 13 horas de donde vivían. El era una persona que no le gustaba cargar con su pasado.

Nada más habían pasado dos meses, y se veía en una casa que le recordaba a él, y con un trabajo que odiaba y sobre todo nuevamente sola con una increíble dependencia a él, algo desconcertante para ella. En los dos meses siguientes, llenos de meditación y cuestionándose por qué todas sus relaciones acababan igual, y por que a pesar de estar con alguien se sentía tan desorientada, lo comprendió todo y dio ella el quinto golpe, renunció a su trabajo, y aceptó su verdad, que sabía que su entorno no lo aceptaría, no le terminaban de satisfacer los hombres.

249. Rebeca Vidal - España:

Invierno

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Recibí una llamada...

Era ella, siempre sacando el lado positivo. Todo. Ella, mi luz en aquellos momentos y toda mi vida.

Cenamos. Con voz tensa me dijo que iba a hacer un largo... Viaje.
Tendríamos que estar alejados un tiempo.
Necesitaba hacerlo, y asentí.

Por la mañana la noté distante, el espejo acobardaba, su reflejo la acomplejaba.
Vi su cara...No era ella, ¡No era su mirada!
Me fui, quería estar sola.

Aquella noche, tuve un escalofrío, una señal...
Fui a su casa, entré, dirigí mi mirada a aquel cuaderno... Lo abrí.
Ojalá mis pies nunca hubiesen cruzado esa puerta.

Estremecimiento, palpitaciones...
Está...
¡Muerta! Sugirió la tormenta.

Piel erizada, lágrimas que no controlaba. ¡Se fue! ... Nunca estuvo.

Ella, la luz que me mantenía vivo, el ojo del huracán, el oasis, el eslabón perdido.
Ahora... Sé, que hace ya 5 meses que emprendió su verdadero viaje, se marchó, me entregó su vida, me salvó, y no me enteré. Quiero correr... perderme... no volver.

Ella, conciencia amplificada en aire suspirada ¡Regresa! ¡Grita!

Tal vez ya solo seas aire, el aire que respiro.
Extraño... Te extraño.
Y ya no tengo miedo.

Como dijiste en aquella carta
Me iré contigo, vendrás conmigo.
Has venido, te sentí, aunque no fueras de carne y hueso seguiste por mí.
Cuando ya no espero nada, apareces.

Luz y sombra, vida y muerte.

250. Silvia Díaz Sánchez - España:

El despertar del corazón

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. No le fue fácil aceptar que aquello que llamábamos normalidad no volviera, pero al mismo tiempo - y a pesar de lo duro que sigue siendo todo - sentía un extraño pero profundo agradecimiento por la nueva oportunidad que la vida le había dado.

Al entrar en la habitación, sintió una gran nostalgia al ver la foto de dos personas muy importantes en su vida... a las que tuvo que decir adiós sin poderse despedir. Cogió un buen puñado de aire y fue directa a darle un cariñoso beso a su gran amigo del alma de cuatro patas. Una lágrima recorrió su mejilla, y un «gracias» acompañó al suspiro.

Desayunó y se vistió para la ocasión. La verdad es que ni ella sabía muy bien qué iba a decir exactamente en la inauguración de su nuevo proyecto “Cuidado Universal”. La posibilidad de la muerte - y toda la situación de aquellos meses - hicieron que su corazón reviviera; confiaba en que fuera él quien tomara la palabra.

Sólo desde el corazón se puede promover una nueva forma de vivir en la que gobierne la compasión, el respeto y el cuidado de todos los seres vivos que compartimos este planeta. De todos y cada uno, incluida la naturaleza.

No sabía si serviría de algo, pero sí; que no se iba a quedar quieta.

Tenía claro que cada acción cuenta.

251. María Sol Pelli Bisio - Argentina:

Lo real es otra cosa

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Su interior había dado un vuelco rotundo, el aislamiento y la angustia la habían llevado al extremo de su ser; recordó cuando fue espectadora de cómo la inestabilidad económica, uno de los tantos abrigos en la valija del virus, se llevó sus sueños de crecimiento en la empresa, el consuelo virtual de sus afectos. Nuevamente tuvo ese escalofrío que recorrió su cuerpo. Sonrió. El primer abrazo a sus padres luego de tantas semanas lo llevaba tatuado esa era su fortuna, la tenía, aun podía tomar la mano de su compañero de vida, entendió que ella lo tenía todo. Acostumbrada a planificar todo, el Covid-19 le enseñó a que el futuro es dentro de un minuto.

252. Gabriela Alejandra Castilla Ayala - México:

Antes de esto era feliz

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual, ahora nadie quería salir de casa por temor a un nuevo brote y que no encontraban la cura. Al salir de la ducha Andrea debía volver de su descanso de cuatro meses al hospital en el que trabajaba, sin embargo, tenía miedo pues esos meses en el hospital estuvieron llenos de malos momentos. Durante ese tiempo aprendió que hasta la más mínima caricia y contacto con alguien debía ser con precaución. Ella estaba desesperada por querer ayudar a todos en el hospital y en ocasiones abrazar a los familiares afectados como lo hacía antes, pero sabía que no podía hacerlo y eso la llenaba de impotencia por no poder brindar consuelo.

En ese momento corrió por calle y observo lo que la pandemia había traído; todo era silencio pues mucha gente había muerto unos por la enfermedad, falta de comida, otros se suicidaron pues no aguantaron estar en casa y otros más por salir a buscar comida y trabajo para sobrevivir.

Los jardines florecían alcanzando su máximo esplendor, pero las personas no lo apreciaban pues ahora dependían de la tecnología. Ya nada era como antes los médicos como Andrea durante la pandemia fueron sacados de sus casas y alejados de sus familias por temor a que alguno de ellos les llevase el virus.

Ya nadie era completamente feliz, no podían demostrarse afecto como antes.

253. Julia Chamochín de Haz - España:

Buena gente

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Aquel día que permitieron salir a la calle, imposible olvidar la sensación, que aún hoy no sabría definir. Confinados durante sesenta y cinco días, con incredulidad primero, incertidumbre después, algo de miedo, y tantos sentimientos que fueron desfilando conforme pasaba el tiempo. Cada uno de los que estábamos en casa reaccionó como se esperaba...¿se esperaba? ¿Alguien podía prevenir reacciones ante una situación extraordinaria? Porque de eso se trataba, algo jamás imaginado que nos podría pasar al primer mundo. ¿Por cuánto tiempo?

Creo que la situación, sobre todo, nos producía incredulidad, cualquier actividad sin trascendencia se convertía en incertidumbre. Recuerdo la solidaridad, los voluntarios que se jugaban la vida, capellanes recorriendo camas de moribundos...solos...totalmente solos... ¡Cuánta gente tan buena dándose a los demás! Me quedo con eso, otros recuerdos prefiero olvidarlos. Porque, desgraciadamente, no todos trataban de alegrar, animar, apoyar...

Después de cuatro meses de libertad, no soy la misma, ni los que me rodean. Todos hemos mejorado como personas, como padres o como hijos, como vecinos... Nos hemos desnudado de frivolidades y caprichos y nos hemos convertido en buena gente.

254. Daniela Lozano Niño - España:

Entre nosotros

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Miró sus pies, frotándolos entre ellos para quitar los restos de jabón, y recogiendo el pelo se envolvió con la toalla. Secándose recordaba, hacía cuatro meses que se levantó la cuarentena. Ahora todo estaba regulado, hacía falta tiempo. Se secaba el agua de las orejas mientras recordaba las veces que le habían susurrado al oído, a tan poca distancia. Y al recorrer los dedos de sus manos, tan finos, revivía las caricias de mamá. Acabándose de cambiar, se puso los calcetines, y le vino a la cabeza como papá se los ponía cada mañana. Ahora eso era lo que tenía por ahora, los recuerdos que le venían a la cabeza al salir de la ducha. La distancia entre nosotros estaba impuesta desde hacía cuatro meses. Lo que hacía falta era tiempo decían, pero quizá hacía falta algo más. Llamó a mamá y

rió con papá. Las conversaciones solían ser desde una punta del salón a la otra, y en ese espacio entre ellos había una presencia curiosa. De vez en cuando se rozaban las manos, o un fugitivo beso en la frente sucedía, todo condensándose en el centro de ese salón. El amor está en el equilibrio. Un poco de todo, sin cantidad exigida ni palpable, sino su presencia y ánimo, en ese espacio entre nosotros. Hoy veo ese amor, sé que está hay.

255. Jorge Lilao Arnau - España:

Quería darte las gracias

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual que antes de la pandemia, todo había cambiado la gente ya no se abrazaba, ya no se besaban parejas en los parques, no se ven parejas paseando cogidos de la mano.

La gente está más distante. Él saluda a los vecinos de los que no sabe ni los nombres sólo sabe que salían a aplaudir cada día a las ocho de la tarde igual que él para dar las gracias a los sanitarios y un poco de ánimo para el resto de los vecinos así conoció a Ana, la vecina de enfrente de la que se enamoró a la segunda semana.

Buscaba la manera de encontrarse con ella cada día ya que de ella sabía muy poco solo que trabajaba en un supermercado por el uniforme que veía tendido en el tendedero.

Cada día iba a un supermercado de la misma cadena para ver si en ese trabajaba Ana, hasta que al final ayer se encontraron en el supermercado donde ella trabaja:

- ¿Qué haces por aquí? estamos bastante lejos del barrio donde vivimos. -pregunto ella.

- Te estaba buscando para darte las gracias y decirte que verte cada día es lo mejor que me ha pasado en estos últimos meses. -contestó él.

256. Tohm Dhallane - Argentina:

Calidez del agua

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Se desvistió y dejó que el agua caliente su cuerpo en ese frío día. La calidez que lo envolvió en ese momento lo hizo temblar. Sintió, por primera vez en mucho tiempo. Las lágrimas se le comenzaron a escapar y se confundían en sus

mejillas con el agua que sobre ellas había. No sabía si estaba feliz o triste. Solamente podía entender que su sangre parecía estar fluyendo de vuelta. Se sintió vivo por fin. Todas las emociones que había estado reprimiendo se liberaron. Un festival tuvo lugar en sus pensamientos. Pasaron los minutos más largos de los últimos meses, y salió de la ducha. Le faltaba el aire. Podría decirse que había perdido la cordura momentáneamente, pero sería subestimar lo que sucedió en él. Comenzó a sonreír como delirante. Euforia fue lo siguiente. El dolor que había tenido lugar en su persona desaparecía sin dejar rastro, al igual que los agonizantes días de soledad. Estaba listo para salir a enfrentar a esa vida que lo esperaba más allá. Se vistió y sin pensarlo abrió la puerta y dió su primer paso en la calle, dejando atrás lo que significó la cuarentena y el cuarto de año padecido. Su mundo volvía a cambiar.

257. Olaya Cusí Corroto - España:

La ventana de los sueños

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Recordó que el primer día, aquel 15 de marzo, en lo único que podía pensar era en él y el escalofrío que recorrió cada centímetro del mapa de su cuerpo. ¿Estará bien? ¿Contestará el mensaje? Qué ridícula se sintió... Después de tanto tiempo aparecer en el peor momento posible.

¿Qué puedo perder? - Se dijo a sí misma - Si no lo hago perderé mucho más.

Nunca pensó que iba a ser la mejor decisión que había podido tomar en mucho tiempo. La magia que alberga su sonrisa no la defraudó y la sorpresa embriagó por completo aquellos momentos tan amargos. Los días iban pasando y cada vez que tintineaba el teléfono ella desesperaba.

- ¿Será él?. - Cada mensaje era más delicioso que el anterior y escuchar su voz se había convertido en su pasatiempo favorito. A día de hoy, se le eriza la piel cada vez que él pronuncia su nombre.

Y ahí estaba ella, llenando la bañera (de pura felicidad más que de agua) y descorchando en silencio todos sus pensamientos, deleitándose en las ganas que tuvo durante todo el confinamiento de retomar aquella historia para narrarla mejor.

Acarició el agua con las yemas de los dedos, prendió las velas y fue a buscar las notas de piano perfectas para la ocasión.

- Ya nada es igual porque con su sonrisa todo es mejor.- Concluyó.

258. Patricia Dominguez - España:

24 semanas después

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. El volumen de su bombo era el testigo fiel de cada uno de esos 168 días.

Cuando tomó la decisión de hacerlo pensó, no es tan malo, es un ciclo, como el del árbol que había visto crecer a través de esa ventana preciosa del salón de la casa de sus padres. Esa higuera vivía ciclos anuales que pasaban del vacío a la plenitud a través de las cuatro estaciones del año. Mizca pasaría un ciclo, lo haría rodeada de otras chicas en su situación, entregaría aquella vida y asumiría el vacío, la herida cicatrizaría y su vida seguiría tan pronto como volviera a su casa, como si nada hubiera pasado.

Pero aquel confinamiento lo cambió todo, no pudo refugiarse según lo previsto, la cuarentena sorprendió a Mizca en su casa y ese vientre no creció aislado de su vida habitual, sino que se hizo parte de ella, lo acarició, lo habló, lo hizo suyo.

Ahora a falta de tres meses para el parto, pensar en la entrega abría una herida que ya hoy sabía que nunca cicatrizaría.

259. Lucía Segura Rodríguez - España:

Alas

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Los días habían pasado y todos habíamos cambiado. Mientras sentía cómo sus poros se dilataban, conforme el agua penetraba por su cuerpo, miraba por la ventana. Ahora, los paseos, al atardecer, no iban acompañados de besos,

ni de abrazos. Parecía que la palabra tocar, se había convertido en sinónimo de temer. Entonces, recordó el dicho: “Bicho malo, nunca muere” y seguía viviendo, de otra manera, pero dentro de nosotros. Ella, se había convertido en su mejor compañía. Pero ahora, ahora que las calles no estaban vacías, no iba a permitir que su corazón lo estuviera.

- ¡Ya no había motivos para refugiarnos en nosotros mismos! – pensó-. La cuarentena se levantó hace cuatro meses y seguimos dormidos. Las horas pasan y no queremos enfrentarnos a la realidad. Nuestras alas están cansadas de esperar y poco a poco, dejarán de volar. Soy consciente de ello, y no voy a permitir que esto me suceda, ni tampoco a ti. Somos prisioneros de nuestra propia libertad, nos creamos rejas con los rayos del sol y la luna ya no nos convierte en lobos. -se dijo a ella misma mientras cerraba el grifo de la ducha.

Ya nada era igual. Así que, decidida, se vistió y sacó del armario su mejor complemento: sus alas, llenas de sueños que compartir.

260. María Colorado Porras - España:

Agorafobia

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Sí, la actividad en el exterior había vuelto a restaurarse con una facilidad casi mágica. Tal y como le había dicho su padre antes de marcharse al extranjero: la gente siempre olvida lo necesario como para no cuestionarse demasiado sus decisiones o el sistema en el que vive.

En su caso, todo lo que había sido, hecho o vivido, había sido arrancado de la libreta de su existencia. Empezaba de cero. Ahora, el agua caliente era lo único que calmaba su mente cuando le asaltaba la idea de salir de casa.

Fuera, donde el sol ardía y el aire era frío.

Fuera, donde los extraños se empujaban unos a otros al caminar por la misma calle.

Fuera, donde el trabajo le había absorbido hasta olvidar quién era.

Sí, el mundo exterior era hostil. Sus habitantes peligrosos. Y su mente solitaria y soñadora, una fuente infinita de entretenimiento e ideas. Sus propios pensamientos, sus compañeros. Su casa, su palacio.

Dentro, donde su alma era libre.

Dentro, donde todo su tiempo era suyo.

Dentro, donde no temía nada y a nadie.

“¿Agorafobia?”, se preguntó a sí mismo cerrando el grifo de la ducha. En la distancia, la duodécima llamada perdida del trabajo interrumpió su razonamiento. Aguardó un instante antes de responderse a sí mismo con absoluta certeza:

“Esto es felicidad”

261. Paco Escalante - España:

Ciento veinte días

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

La paz que había inundado los primeros momentos iba poco a poco desapareciendo. Tenía la nitidez de la cercanía de los hechos, pero lo inundaba la sensación de verlo todo a modo de tercera persona.

Antes de que todo esto ocurriese deseó que ocurriese en multitud de ocasiones y en multitud de sitios. Se sentía desbordado por la multitud de situaciones habituales en una persona normal: trabajo, familia, relaciones... Llegaba a la cama y deambulaba ante el sueño y el descanso. Su cabeza “iba a mil”, decía. Abrumado por todo y vacío. Ni siquiera estaba seguro de la pureza de sus correspondencias.

Aquella tarde, después de haber escuchado por la tele el anuncio del estado de alarma que nos llevó al confinamiento miró su móvil: contestó algún mensaje, interactuó con algún emoticono y lo dejó encima de la mesita de noche junto a su cama. Tumbado boca arriba volvió al móvil

una vez más para ponerlo en silencio. No quería que nadie lo molestara. Se sentía cansado y ese sería su momento.

Hoy, “cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual”: la ducha ya no le mojaba. Así que, resignado, volvió a su cuerpo que aún yacía en la cama, junto al móvil todavía en silencio.

262. Oriana Salmen - España:

Antes de que la cuarentena acabe

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual... Lo que había empezado siendo un cuento de Hadas poco a poco se fue convirtiendo en una pesadilla, se veía al espejo y no se reconocía, la cuarentena avanzaba y se prolongaba, y con ella se prologaban y se intensificaban los insultos, los gritos; y esos insultos se convirtieron en golpes, con el primer golpe recibió unas disculpas, pero ya con los siguientes solo recibía la frase: “tú te lo buscaste”. Parece que de repente pasó de hacer todo bien a hacer todo mal, sentía que sobraba, que su presencia le irritaba, con eso ella en tres meses había agudizado su sentido del oído para saber cuándo se acercaba a la cocina, lugar donde solía estar para no causar molestias. No tenía más solución que aguantar por vergüenza al qué dirán, además ¿quién le iba a creer? ¿Cómo una persona tan amistosa y servicial pasó a ser lo que es ahora? Aprovechaba las mañanas para pensar, para rogar que no despertará; en su interior sabía que esos deseos no eran buenos, pero ¿qué más podía hacer? solo dejar todo a la esperanza. Acabó su taza de café y escuchó su despertador... Después de haber meditado toda su historia desde que empezó la cuarentena, pensó: ¿y ahora qué me espera? solo espero que antes de que la cuarentena acabe el no haya acabado conmigo.

263. Sheila Pizarro Fuentes - España:

El último respiro

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primero día que se había levantado la cuarentena. Ya nada era igual, la vida tal y como la conocía había cambiado, la humanidad y su instinto de supervivencia había desencadenado una nueva socialización.

Nunca volvió a sentir un abrazo tan profundo, tan cálido, tan rehabilitador, no se atrevían, sólo esperaban la vacuna para quizá volver a ser quienes eran.

Las calles volvieron a llenarse, sí, pero con restricciones. Cada día debía recordarse que el escándalo seguía latiendo en los corazones de los supervivientes y los resignados, que los besos que no dio no regresarían y que, ante la finitud existencial cada día más inefable, nuevos rumbos retomarían sus prioridades. Había que combatir una guerra emocional devastadora, había que tocar a través de palabras, besar con esa mirada nefelibata y velar por sonrisas inmortalizadas todavía latentes e inmortales en las caras de aquellos entusiastas, resilientes y hedonistas que aún tenían esperanza. Ella iba a agradecer cada respiro, cada rayo de sol, cada pétalo, cada vida. Todas las noches se apresuraba a su balcón, agarraba su té y se perdía por unos minutos en la inmensidad de las nubes, las estrellas, la nada y el todo, mientras el aroma silvestre de su té le envolvía, la brisa acariciaba sus mejillas siempre rosadas y sus ojos soñadores vislumbraban nuevos amaneceres, cuando una llamada todo lo perturbó. Era Madeleine, desde el Hospital exhaló su último, te quiero hija.

264. Paco Escalante - España:

Ciento veinte días

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. La paz que había inundado los primeros momentos iba poco a poco desapareciendo. Tenía la nitidez de la cercanía de los hechos, pero lo inundaba la sensación de verlo todo a modo de tercera persona.

Antes de que todo esto ocurriese deseó que ocurriese en multitud de ocasiones y en multitud de sitios. Se sentía desbordado por la multitud de situaciones habituales en una persona normal: trabajo, familia, relaciones... Llegaba a la cama y deambulaba ante el sueño y el descanso. Su cabeza “iba a mil”, decía. Abrumado por todo y vacío. Ni siquiera estaba seguro de la pureza de sus correspondencias.

Aquella tarde, después de haber escuchado por la tele el anuncio del estado de alarma que nos llevó al confinamiento miró su móvil: contestó algún mensaje, interactuó con algún emoticono y lo dejó encima de la mesita de noche junto a su cama. Tumbado boca arriba volvió al móvil

una vez más para ponerlo en silencio. No quería que nadie lo molestara. Se sentía cansado y ese sería su momento.

Hoy, “cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual”: la ducha ya no le mojaba. Así que, resignado, volvió a su cuerpo que aún yacía en la cama, junto al móvil todavía en silencio.

265. Carmen González Bel - España:

El virus del pan

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

¿Qué había pasado en la ciudad? ¿Había cambiado o era ella? ¿Por qué no se acordaba? Entonces lo recordó, alguien le comentó que se había echado tranquilizante en la comida, para no contagiarse y salvarse.

Salió a la calle, no había gente y se sorprendió pues ya no había cuarentena. ¿Dónde estaban sus amigos, sus vecinos? Intentó llamarles con el móvil, pero nadie contestaba. Cada vez la angustia era mayor.

Volvió a su apartamento para descansar y reanudar la búsqueda. Al llegar la noche, oyó voces, sonidos inexplicables, no se atrevió a hacer ningún ruido. Se dispuso a mirar por la ventana y entonces lo comprendió todo.

No eran personas lo que veía sino monstruos enormes en busca de comida. No sabía qué hacer, tenía ganas de llorar. Se encontraba sola. La cuarentena los había transformado en seres sin vida, sin alegría. No tenía que hacer ruido, tenía que descubrir qué pasaba, se encerró en su casa deseando que volviera a salir el sol.

Al amanecer oyó a sus vecinos. ¡Qué alegría!

El virus se transmitía por el pan y todos utilizaban tranquilizantes en su masa. Era muy letal, transformándolos en seres tristes, solitarios. Tenían que alejar a los monstruos de su vida, para vivir tranquilos. ¿Sería una realidad o fantasía? No lo sabían, tenían que intentarlo.

266. Juan Miguel Morralla - Argentina:

Cambio de verdad

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Habían quedado definidas las prioridades y se habían descartado las prisas. Lo importante jamás se volvió a tapar con lo urgente. Dios, familia, amistad, salud, amor, pasión.

Se sentía muy conforme con haber recuperado su forma física y el calor de sus amistades. Había crecido laboralmente y aplicaba sus nuevos conocimientos digitales para promocionar nuevos productos por redes sociales desde la comodidad de su hogar. Agradecía el proceso de cuarentena ya que le había cambiado la vida, no soportaba su situación anterior de ajetreo y tensión. El virus tomó la decisión de cambio que el nunca se atrevió a tomar.

Solo vestirse y encender el ordenador le bastó para empezar a trabajar. Mientras preparaba su café timbró una notificación de correo electrónico y se sobresaltó. Aquello tan esperado estaba a punto de suceder.

Increíblemente y sin moverse de su casa, acababa de ser contratado por aquella gran cadena internacional de marketing digital gracias a sus ocurrentes ideas. Si vida cambiaba nuevamente dadas las nuevas exigencias laborales.

Poco tardó en verse trabajando horario completo, con las prioridades originales y ahogado en las nuevas formas del estrés; con más dinero y menos vida. Nunca cambió por dentro.

267. Antonio Gavilán Torres - España:

La hoguera

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó que habían pasado cuatro meses desde el primero día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual, un peaje en las sombras había cortado el velo a su desgastado espejito de ducha. Por primera vez en mucho tiempo, reflejaba a alguien desnudo que le retornaba una sonrisa.

Esa misma mañana había recibido una carta de su amado, del que no sabía nada desde antes del apocalipsis. El carbón desdibujado del manuscrito escrito desde la otra parte del mundo decía:

<<En lo alto del pueblo donde resido, antes de las extensas montañas, hay un manantial donde subo cada noche. Por el camino veo casitas en ruinas, algunas reformadas con maderas y otras que siguen intactas en el tiempo. Al llegar, se puede oír claramente el transcurso del río bañado en un manto de estrellas; el frío te arropa y el olor silvestre de las hortensias emana una paz que desenmascara todas las debilidades. Dicen que si te quedas callado se puede oír un llanto, creo que ese llanto es parte de la belleza y que es indispensable, pero ¿qué sabré yo? He pensado si no volveré a verte nunca más, pero cada vez que subo allí arriba se me olvida>>.

Una reflexión afloró mientras sentía una extraña serendipia perenne con el distinto trinar de los mirlos tras su ventana. <<¿Por fin se ha extinguido esa acechante hoguera de la cual todos éramos espectadores o ha terminado por derretirnos los ojos?>>

268. Rosa Collado Gómez - España:

Lo que nos esconde el tiempo

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. El tiempo casi había logrado borrar de su memoria aquella última conversación, pero él utilizaba sus duchas diarias para recrear el escenario, fracasando en el intento de acabar de otro modo. Llovía. Las gotas se fundían con las lágrimas de ambos. No era la primera vez que discutían, pero esta vez sintió que se habían arrancado el poco amor que les quedaba. Se trataba de lo mismo de siempre. Tiempo. O mejor dicho la falta de tiempo para dedicarse. Se habían dejado llevar por la rutina.

Se había comportado como un esclavo del tiempo, anclado al pasado y preocupado por el futuro. Ahora, encerrado entre sus recuerdos, solo le quedaba el presente. Arrepentido, fue a buscarla pues se dio cuenta de que no quería un futuro sin ella.

Ella decidió salir a la terraza. Anhelaba sentir cómo la brisa acariciaba sus mejillas y comenzó a añorar cómo lo hacía él. Sonrió. Estaba enjaulada, obligada a hablar con su pasado y enfrentarse al futuro, pero antes era realmente prisionera de sus propios demonios. Le había perdido por anteponer el trabajo a su corazón. Ahora era una reja del silencio, condenada por su orgullo. Decidió romperlo y le buscó.

Coincidieron en el salón. Hablaron tiernamente sin emitir sonido alguno. Tan solo se miraron a los ojos por primera vez en mucho tiempo.

269. Luis Peña Noel - Perú:

Llamada de rutina

Cuando abrió el grifo de ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Fue el verano más frío que había vivido; no lo gozo nada, había decretado la cuarentena casi al inicio de la estación y su estación hedonista por excelencia se fue al diablo; la levantaron empezando el invierno y vio que lo gris no solo poseía a los ponceanos de su jardín; sino también el rostro de la gente, el virus contaminó el color de su corazón y el calor de sus sonrisas; la displicencia se observaba en el ambiente como si Morfeo fuera el coordinador de actividades.

Salió de la ducha, y llamó a su tía Mary:

- Tía, ¿ya apareció? – preguntó resignado.

- Sin novedad, Luis – dijo ella, en tono de contestador automático – te llamaré cualquier cosa.

Lo primero del día era llamar, por su tío no habido. Era el jefe del cuerpo de médicos de su provincia, fue el primero en combatir en esa línea invisible pero mortal de la pandemia, y fue el primer médico contagiado, el primer mártir.

Pero se curó; creían que estaba bien. Pero cayó en otro virus que lo tenía preso más de diez años, el alcohol; pero en este, se confinaba indefinidamente, y solo aparecía cuando ya no había “síntomas”.

Ya nada era igual, Luis lo sabía, la gente lo percibía; lo que sí lo era, era que seguiría llamando por su tío hasta que aparezca.

270. Noelia González Fernández - España:

Sin máscaras

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Al menos no para ella.

Sumergida en sus pensamientos notó la certeza de haber tomado la decisión más liberadora de su vida.

Aquel confinamiento supuso el reflejo de largos años siendo una esclava de las apariencias.

Sin tan siquiera cuestionarse la posibilidad de estar en el mundo de una forma más auténtica y acorde a lo que de verdad siempre había anhelado, permitirse ser ella misma. Sin máscaras. Fue muy doloroso romper con la faceta que tanto esfuerzo le había costado sostener y que lejos de proporcionarle algún tipo de satisfacción la mantenía en un estado de angustia permanente. Todas las vías de escape a las que siempre se aferraba parecían desmoronarse ante sí propiciando un inevitable cara a cara con la gran desconocida que la había acompañado toda su vida.

Ya en la calle, se detuvo a observar; las personas parecían sentirse libres, las mascarillas dejaron de interferir en sus vidas y se preguntó cuántos en realidad se habían recuperado a sí mismos... Cuántos en realidad se habían atrevido a quitarse sus respectivas máscaras, tan sutiles como letales, tan flexibles como asfixiantes. Tan innecesarias, consideró, en una sociedad auténticamente recuperada.

271. Patricia Crespo Ruiz-Cabello - España:

Atrapados

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

El agua estaba fría, helada, y aquello le encantaba. Era la mejor forma de sentirse vivo, de congelar todos los pensamientos negativos que navegaban por su mente sin un rumbo fijo. Subía el volumen del altavoz y se fundía con la melodía de su canción preferida. Y quizá era ese el mejor momento del día, porque cuando salía de la ducha y cubría su piel desnuda con una toalla de color rosa, todo parecía caer de nuevo en una rutina que acabó siendo condena. Entonces corría como si no hubiera un mañana hasta al fin alcanzar el pomo de la puerta del dormitorio principal. Y allí estaba ella, tendida sobre esas sábanas de franela que la hacían sudar cuando caía la noche. Y es que tal vez, ambos olvidaron que ya era verano y que, sin embargo, su vida quedó atrapada en un mes de marzo que parecía eterno.

-Aumenta el número de contagiados.

Eran las noticias, siempre sonaban de fondo, como si estuvieran grabadas a fuego en su cabeza. "Aumenta el número de contagiados" se repitió a sí mismo, y entonces supo que el dolor que sentía en la planta del pie tras haberse clavado un cristal era real. Que por desgracia todo aquello seguía siendo cierto.

272. María Ester Vergara Ternera - Colombia:

Cuatro meses después

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual, el agua caía sobre su cabeza recorriendo todo su cuerpo mientras ella, con sus manos llevando la trayectoria desde la raíz de su pelo hasta el cuello contemplaba la pared sin nada que pensar, solo vivía su momento presente.

Cerró el grifo, seco su cuerpo con la toalla contemplativa, tengo que volver al trabajo. Tomó su uniforme como solía hacer hacía cuatro meses exactos atrás y salió con su maletín a tomar el bus.

Fueron también cuarenta minutos sentada de camino, y aún no era consciente de lo que enfrentaría.

Ahora, se encuentra de pie justo frente a la puerta tomando aire profundo, suspirando y con su tapa bocas bien puesto, entra a lo que es considerado por muchos una cárcel dejando su maletín en la banda transportadora y pasando por los rayos X, tal cual se hace en un aeropuerto.

Con su maletín en brazos y ya pasado los controles de seguridad, hace otro suspiró, se pone totalmente erguida, decide su mejor actitud y entra hasta su lugar de trabajo, saludando radiante a su paso, y manteniendo la distancia por supuesto, a todos aquellos a quienes tenía tiempo de tiempo de no ver. Muy compungida de saber que están bien. Que la cuarentena pasó, que los cuidados se deben seguir teniendo pero aún en medio de todo eso, todos están bien.

Juntos.

Separados.

273. Alejandro Zúñiga Pastrana - México:

Una Ciudad Entre Aplausos

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Las largas duchas con agua caliente se habían convertido en cortos baños ante la impaciencia por salir lo antes posible de su hogar. Las rutinas del café y un desayuno pausado eran ahora cortos periodos de tiempo antes de salir corriendo por aquella puerta que, en tiempos de confinamiento, había deseado cruzar tantas veces. Cruzarla para vivir.

Cuando menos lo pensaba, se encontraba ya caminando en la acera. Sin audífonos claro. Había que absorber todo el sonido del ambiente. Lo había anhelado tanto que, a pesar de que eran ya cuatro meses desde aquel primer suspiro de libertad, aún necesitaba más.

Las largas caminatas habían sustituido los recorridos en auto, metro o autobús. Sus piernas lo pedían a gritos. Como el estómago cuando pide comida; sus piernas pedían pasos. Además, el encierro subterráneo del metro o las puertas del autobús y el carro lo privaban de ese tan ansiado viento en el rostro que, en la cuarentena, tanto había deseado.

Dieron las ocho en punto de la noche. Como de costumbre, se encontraba en la calle para fotografiar aquellos balcones que poco a poco se llenaban de aplausos. Aplausos que rápidamente se habían convertido casi en el nuevo himno.

Aquellas palmas unísonas era la nueva melodía de la ciudad. Los coros eran ahora, expresiones de felicidad y júbilo por los héroes de nuestros tiempos.

274. Francisco José Pozo - España:

Sara

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual, la vuelta a la normalidad estaba siendo complicada, ya que el gobierno implantó una serie de medidas a la que nos imaginábamos en películas, videojuegos o libros.

Hasta que no ocurrió la pandemia, olvidamos que los recursos eran limitados, ya que ni siquiera una simple ducha era lo mismo. Todo se empezó a controlar: las libertades de las que solíamos disfrutar y que muchas veces confundíamos con el libertinaje, se perdieron junto a internet, agua, luz, comida. La sociedad se desmoronaba.

Un cambio social comenzaba a despertar sin patria ni bandera, con el objetivo de despertar a la comunidad y Sara fue la encargada de hacerlo ¿Os preguntareis quien es ella? pues una simple adolescente con una bondad en la que los días que corrían escaseaba por doquier. Sara era una estudiante de instituto, amaba leer e impulsaba a que los demás hiciesen lo mismo, pues creía que era la única forma de no poder ser engañada.

Sara comenzó con un pequeño grupo de amigos del instituto, lo que comenzó como un pequeño sueño, pronto se convirtió en una revolución de tal magnitud que el gobierno empezó a ver en ella un peligro, un peligro que tenía que cortar de raíz, ya que perdería un estado totalitario. Sin preocupación alguna acabaron con Sara, convirtiéndola en una mártir. Es así cómo empezó la lucha.

275. Nerea Garrido Noya - España:

No sólo las personas sueñan fuerte

Cuando abrió el grifo de la ducha, recordó que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Porque en ese tiempo el ser humano volviera a arrasarlo todo pese a las promesas hechas durante el confinamiento, y el agua de aquella ducha ya no era la misma. Se había enturbiado con los restos de jabón propios de cada verano, y este no parecía ser distinto a los anteriores. Fue entonces cuando entendió que no podría beber de ella nunca más y que ya nada volvería a estar a salvo.

Y es que qué feliz había sido aquellos meses disfrutando del mundo en todo su esplendor cuando las personas no podían salir a la calle. Qué poco echó de menos la basura, las migas de pan y los bizcochos abandonados a su suerte en las terrazas de los bares. Porque en ese tiempo había podido disfrutar de un cielo sin contaminación escuchando el sonido real de la naturaleza a todo volumen. Y ya nada podía competir contra eso.

Así que en un intento de abandonar el bullicio y el caos de aquella playa, siguió la luz marcada por el faro, abrió sus alas y, sin mirar atrás, emprendió el vuelo. En ese momento, una estrella

fugaz partió en dos la inmensidad de la noche. Su deseo estaba claro. Ojalá algún día pudiera llegar a cumplirse.

276. Oriol Marcos Figueras - España:

La escisión de la ecuanimidad

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Al menos para los demás. Él aún seguía en cuarentena, aunque su cuerpo no.

Su mente se había encerrado, reclusa en un oscuro rincón del vasto océano que era su subconsciente, se negaba a establecer ningún vínculo con el exterior. Estaba muriendo, sola y lánguidamente, mientras se preguntaba que había sido de Luz, esa fiel acompañante que la había guiado siempre y porque ahora solo Tinieblas ocupaba su lugar.

Y después de tanto tiempo allí seguía, buscando a su amiga en vano, pues había sido engullida por las penumbras, aunque eso aún no lo sabía. Lo que si recordaba era su presencia, ese halo de esperanza con la que le brindaba los buenos días y que le reconfortaba.

Repasó mentalmente como abrazaba a Luz, como eso la hacía sentir plena, como si todo lo de antes no fuera más que el preludio de lo que estaba por llegar. Quizás estaba ante un final, o lo que es lo mismo, un principio visto desde otro punto de vista.

En ese momento, despertó. Miró hacia arriba y allí estaba su amiga, brillando e invitándole a pasar. Alargó la mano y sonrió, mientras Tinieblas huía despavorida. Se sentía completa.

Entonces se alzó, y cuando lo hizo, no estaba sola. Él se levantó también, cerró el grifo de la ducha y decidieron que ya era hora de salir.

277. Laura González Afonso - España:

De las tinieblas a la luz

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Habían sido unos meses muy duros...meses de buscarse, de encontrarse, de redescubrirse en soledad, de saber lo que quería en la vida y descubrir lo que ella le estaba ofreciendo. Fueron meses de miedo, incertidumbre, nostalgia, angustia, soledad...pero nunca pensó que ese tiempo también le iba a devolver la ilusión, la alegría, las ganas de seguir, de luchar, de avanzar, de amar...

Un día empezaron a llegar notas por debajo de la puerta. Al principio eran por si quería algo de la calle y poco a poco cada nota preguntaba algo personal. Sin querer...o queriendo, empezó a conocer a una persona maravillosa que se escondía detrás de un trozo de papel. Sentía que se iba enamorando poco a poco.

Ese día recordó que llevaba cuatro meses sin saber nada. Desde que se había levantado todo, no había vuelto a tener noticias. Había buscado por todo el edificio...esperaba detrás de la puerta por si aparecía. Pero nunca lo hizo. Hoy recordó que habían pasado cuatro meses desde que se había enamorado.

Sin embargo, hoy, cuando volvió a casa, allí estaba. Esperando pacientemente en los escalones. No hubo palabras, ni presentaciones...simplemente metió la llave en la cerradura, abrió con calma y pasaron en silencio.

Ya nada fue igual.

Nunca olvidaría la felicidad que le trajo aquellos días grises.

278. Sergio Montilla Romero - España:

Gracias por acompañarme

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Se peinó de manera sencilla, tal como lo hacía años antes de conocerlo. Ya no tenía más reproches en su corazón, todo lo contrario, solo gratitud.

Antes que todo esto empezara Silvia lo veía con frecuencia, se podía decir que eran pareja. Al empezar el confinamiento la situación les sorprendió cada uno en su casa, por lo que las video llamadas eran más que frecuentes. Incluso había más que palabras, quizás por el deseo reprimido por la imposibilidad del encuentro inminente.

A medida que pasaba el tiempo y los días se confundían Silvia fue fijándose en sí misma, en su potencial. En todo aquello que anhelaba y que era antes de pensar en plural. Entonces el amor propio se convirtió en su confidente, sus metas en sus mejores ideas y su voz en un canto que animaba las mañanas de duchas infinitas.

Finalmente, la última llamada no fue para decirle cuánto deseaba abrazarle ahora que todo había pasado, simplemente dijo: tengo que aprender a darme las gracias por acompañarme.

279. Júlía Sancho Tàpia - España:

Recaída

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Es impresionante la variabilidad de la normalidad, pensó. Nosotros creamos nuestras costumbres, nuestras rutinas, nos adaptamos a las circunstancias más rápido de lo que queremos creer hasta que se convierten en elementos de nuestra cotidianidad.

Sus pensamientos se ahogaban en el constante murmullo del agua.

Ya nada es igual, repitió.

Ahora el cielo ha abandonado su diáfano aspecto para volver a ser un manto negro de contaminación que cubre las ciudades más pobladas. Las calles repletas de personas ansían recuperar la soledad impuesta meses atrás, deseando el monótono silencio del vacío solo interrumpido por el canto de los pájaros.

Al principio, la naturaleza había salido ganando. Recordó cómo los animales habían invadido las calles: los monos se habían colado en locales en busca de comida, los ciervos habían salido de los bosques y los leopardos se habían paseado airoso por las carreteras.

Aunque, realmente, solo los drones habían podido apreciar la armonía del confinamiento del aire, la tranquilidad de un mundo donde se parecían haber extinguido los humanos. Un mundo tranquilo, un mundo que volvía a sentirse vivo con los canales cristalinos, los océanos libres de embarcaciones y el cielo limpio de estelas de aviones.

Así que no, no es que ya nada fuera igual.

Si no que todo había vuelto a ser exactamente igual que antes.

Y ese es, justamente el problema.

280. Rony Edison Valdivia Carrasco - Perú:

Distancia

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual una profunda soledad le invadió, la hoguera con la que se sentía protegido en el crudo frío de invierno, los únicos destellos de luz que alumbran la noche más desolada todo estaba a metros de distancia. Salir a realizar sus actividades como cualquier otro individuo no resultaba muy sencillo y más cuando tocaba ir a la escuela nadie quería hablar con él, sentía un alejamiento de todo el mundo. Solo las manecillas del reloj ayudaban a contar el tiempo que falta en esa habitación del rechazo, la única catarsis que tenía era regresar a casa, tomar todos los baños de ducha que podía y repetir ¡estoy limpio, estoy limpio!

Cubrirse con mantas hacía que el frío este lejos de él, todas las madrugadas (2:10) despertado por un intenso griterío elaborado por su imaginación y empapado de sudor encendía las luces de la habitación para mantener distante a sus extrañas pesadillas, que de la realidad no se alejaban en nada; solo quedaba esperar la salida del sol para dar paso a su reducida libertad. Cada mañana era una batalla una que parecía no tener fin, le recordaba los días que permaneció en el hospital, luchando para no ser uno más en la cifra de muertos.

-Tal vez esa haya sido su única fuente de poder para seguir enfrentando el rechazo por más de 122 días.

281. Almudena Sánchez Madero - España:

Intención

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual”.

Su ansiedad se iba por el desagüe a la velocidad del agua.

Tomo constancia del momento y decidió ponerse una camiseta, unas bermudas, echarse crema, recogerse el pelo y sus chanclas favoritas .

Olvidó el miedo que casi tenía enquistado en sus huesos.

Se disponía a salir, paró en seco, cuerpo erguido y mente dispersa ; era un tsunami de emociones , tenía el pecho agitado, sentía deseo , ilusión , comenzar de nuevo , como un principio de curso , cuando el verano no ha sido tan perfecto como te lo imaginabas en junio.

Su punto y aparte.

Se puso la mascarilla, seguidamente los guantes y como desde hace meses estos momentos previos a salir el pulso se disparaba. Agarró el pomo de la puerta con delicadeza y abrió, poco a poco saco el pie al rellano . Todo era silencio y en ese momento escuchó que aún seguía cayendo el agua. Se dio la vuelta como un tornado, cerró la puerta de un portazo se quitó guantes y la mascarilla con genio y corrió hasta cerrar el grifo .

Todo había vuelto a su lugar, el agua no corría y su miedo lo tenía dentro .

Todo estaba en su sitio.

Hacia 4 meses que la vida volvía a ser igual, bueno intentaba ser igual que antes de que apareciera el bicho. Pero él nunca fue el mismo ...

Respira miedo.

282. Yaiza Vitoria Garcia:

Anécdota

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Aun podía notar la presión de las gafas de protección que tenía que ponerse para entrar a las habitaciones de los enfermos, y de la sensación de tristeza e incertidumbre que se perciba cada vez que se asomaba por la puerta. Pero, sobre todo, nunca iba a olvidarse de ella. Felisa, una mujer extraordinaria de 86 años que en pocos días le había enseñado tanto. Cuando ingreso por neumonía por Covid, nadie creía que pudiese sobrevivir. Pero Felisa supero las expectativas, y se mantuvo con vida. Después de

eso, fue el momento cuando pudo conocer a esa mujer. Ella nació a principios de los años 30, cuando la Guerra Civil Española dio pistoletazo, por lo que desde una temprana edad tuvo que exiliarse a Francia. También, años más tarde, fue testigo de cómo se llevaron al marido de su hermana a un campo de concentración por ser judío. Y qué decir, que cuando un señor con bigote prohibió a su bisabuela Arantzazu a hablar en euskera. Sin duda, Felisa, había pasado por mucho, y este virus solo iba a ser una anécdota más. Pero, lamentablemente, eso no ocurrió. El mismo día que le daban el alta, cuando vio que el cuerpo inmóvil de Felisa sabía que, por una pequeña complicación derivada del virus, todo esto no iba a quedar se en una simple anécdota.

283. Sonia Gil Viartola - España:

Pedazos rotos y el número 47

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó que habían pasado 4 meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Mientras el agua recorría su cuerpo de cabeza a pies, tomó consciencia de dónde estaba: el baño de una habitación inhóspita de un centro psiquiátrico a las afueras de la ciudad. El agua se mezclaba con sus propias lágrimas mientras Carlota recordaba con una punzada de dolor qué pasó el día en que Manuel, con lágrimas en los ojos, la dejaba ingresada en la unidad de agudos del hospital a pesar de sus gritos, golpes y chillidos. “Brote psicótico” fue el diagnóstico que le dieron esa misma noche después de que los primeros antipsicóticos dieran resultado.

Las imágenes de la terraza del vecino del primero se le iban sucediendo mientras se enjabonaba el pelo: macetas rotas en pedazos, cojines ya sin plumaje, ordenadores reducidos a trozos de metal, muñecas sin cabeza y sillas convertidas en madera astillada. Cuarenta días sin salir de casa siquiera a bajar la basura acabaron pasándole factura. Se rompió por dentro el día 47 como nunca había hecho, lanzando desde su balcón todo lo que encontró a su paso durante cinco minutos que se habían convertido en semanas y meses de recuperación.

Salió de la habitación con tejanos y una camiseta blanca básica. Manuel la abrazó fuerte. “Por fin nos vamos a casa” le susurró al oído. Carlota sonrió. Ya nada era igual. Jamás volvería serlo.

284. Leydi Abril - Colombia:

De distopías y otros demonios

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Ella somnolienta por las drogas que aún circulaban por sus venas, intentaba recordar cómo había llegado a aquel nefasto lugar. Miró a su alrededor y observó la habitación de cristal, los moretones en su epidermis, las marcas con sangre de sus muñecas y pies. Sintió como se erizaba cada pelo de su piel. Observó una marca hecha con hierro caliente en sus muñecas que contenían la palabra “criminal” y las lágrimas rebosaron sus mejillas. Oyó una sirena y la habitación se puso de un color rojo escarlata titilante, sintió mucho miedo. Vio venir un ejército de hombres con uniformes blancos, cual trajes espaciales, que la ataron a la camilla bruscamente en posición vertical. Escucho susurros: “Técnica de Ludovico para arrancar sus sentimientos naturales” ... Ella sintió como desgarraban su piel. Abrieron su boca y ojos brutalmente e introdujeron unas pinzas de metal, escocieron su intimidad, subyugaron su libertad, avasallaron su humanidad. Totalmente inmóvil. Las luces de neón carcomían sus ojos y la saliva sucumbía. A lo lejos ellos monitoreaban las imágenes perturbadoras que proyectaban en frente de ella... Bajo la influencia de “Sovente il sole” (Perseo) de Vivaldi. Sintió como flotaba fuera del cuerpo, voló buscando salir. Atravesó la habitación de cristal. Observó con desconcierto la figura de un dado negro, dentro de la circunferencia del lado uno: “Habitación 101” ... Percibió neblina púrpura...

285. María del Rosario Navarro Jiménez - España:

Retazos de humanidad

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena.

Ya nada era igual.

Mentira.

No había algo como un nada.

No podía ser un todo.

Porque era el planeta el que había cambiado, no la persona bajo la ducha.

Aquellas gotas de agua serían distintas, pero se deslizaban por la misma piel llena de inseguridades, aquel cuerpo que a menudo era consumido por los mismos problemas y preocupaciones.

Era distinto a su alrededor, sin embargo.

Porque mientras el ser humano se ahogaba en el confinamiento, el planeta había empezado a respirar.

Las fronteras de una sociedad selectiva se derrumbaban bajo la igualdad de una desgracia que no discriminaba en cuanto a víctimas.

El individualismo se había visto apartado por la necesidad del otro, el poder del conjunto.

Oh sí, vaya que el mundo había cambiado. Pero no aquella silueta empapada. No la raza humana.

No cuando en vez de empatía, comprensión y civismo; era el egoísmo el que nos definía.

Sabía que en cuanto la toalla rodeara su cuerpo, aquellas gotas desaparecerían. Algo parecido ocurriría con las personas; porque, si en algo fuera bueno el hombre, definitivamente sería olvidar.

¿Y qué le espera a una especie que no avanza mientras el mundo cambia?

La respuesta resultaba tan clara para aquella figura que sonreía desesperanzada. Una sonrisa rota. Una sonrisa que aceptaba, juzgaba y condenaba.

¿Qué le quedaba sino a un alma tan corrompida como la del ser humano?

286. Carlos Cabrera Semidey - Venezuela:

La última calada

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual, luego de una taza de café, salió a la calle en busca de unos cigarrillos, lo había dejado hace tiempo, pero el confinamiento cobra factura y su ansiedad esta en su límite antes de llegar a la locura.

Las calles frías y un color opaco creado por las hojas de los árboles, el humo producto de varias quemas por toda la ciudad y los cuerpos tirados por todas partes. Ya van dos meses desde que empezaron a salir algunas personas incrédulas y mira lo que paso, ya ha muerto más de la mitad de la población y todo se viene abajo.

Con la cantidad de muertes que han ocurrido, las comunicaciones están prácticamente desechas, los hospitales abarrotados de enfermos, ya ni los gobiernos tienen el personal para dirigir sus países. Desde hace un mes que nadie utiliza el dinero, los bancos quebraron y los productos que se consiguen estos hechos por las personas que saben hacerlos y que se los piden, nadie está produciendo de mas, solo producen lo necesario.

Con la economía extinta, estamos acostumbrándonos a vivir de una manera totalmente diferente, es armónico. Tarde o temprano llega la muerte y las personas parecen tener bien claro esta realidad, lo único que pueden hacer es vivir lo mejor posible hasta que suceda. Luego de una última calada del cigarrillo, se maravilla del atardecer.

287. Fadoua El Bair El Karraoui - España:

Lejos del amor

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual, su vida había cambiado por completo, separada de su pareja. Mientras el agua despacio bajaba por su cuerpo, imaginaba como lentamente se colaba en mi habitación como un ladrón, entraba en mi cama con cuidado de no despertarme, sus manos rodeaban mi cuerpo mientras me llenaba de besos el cuello, quería que continuara, sentir sus manos en mi cuerpo, sus labios en mi piel, su respiración en mi oído, como me susurraba sus deseos hacia mí... doy media vuelta y le digo ¡Te quiero! ¡Te deseo!

quiero estar siempre así, sintiendo su cuerpo con el mío, sus labios acariciarme, sus manos desearme. No te alejes de mí, le digo, no quiero perder esta sensación de estar en las nubes, esto que me provocas y que con palabras no puedo describir.

Sin pronunciar una palabra, me mira, me besa como si no hubiera un mañana, mientras yo le quito la camisa, quiero acariciar su espalda, su enorme pecho donde a salvo me siento.

Después de hacer el amor me abraza y me dice ¡Te quiero! Siempre estaré junto a ti.

En un momento dado, me doy cuenta de que por el momento en un sueño queda, al final de la ducha veo que a mi lado no está, que un virus llamado Covid-19 nos tiene en cuarentena, separados, sin poder sentirnos ni amarnos, ¡pero pronto terminará!

288. Rubén Rodríguez Cervantes - Colombia:

La soledad

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Era el único sobreviviente hasta donde sabía. Desesperado decidió salir a explorar en busca de otra persona. viajaba en una motocicleta y había recorrido varias ciudades sin éxito.

Saliendo por la carretera principal y tras unos kilómetros a gran velocidad, con horror vio como la llanta delantera estallaba y perdía el control de la motocicleta. Se estrelló de frente contra la pared. Durante el derrape sintió el crujido de sus costillas, la manera en que la piel se levantaba en sus manos y como se doblaba la pierna en un ángulo incorrecto. Cayó junto a las vías y evaluó la fatalidad de su estado, había sobrevivido, pero era imposible moverse sin ayuda. Luego de gritar con la ilusión de que alguien lo escuchara perdió el conocimiento.

Lo despertó el dolor de las costillas y hambre. Intentó arrastrarse, pero la inestabilidad y el dolor de la pierna le impedía moverse. Luego de mucho sufrimiento el cansancio le venció y se desmayó.

Llevaba 12 horas en el suelo, las heridas de las manos ya no sangraban, pero dolían bastante. En su estado onírico temía que llegara un animal que terminara alimentándose con él. El sueño volvió a vencerlo.

Escucho algo que le interrumpió el sueño y con gran sorpresa vio la cara de una mujer hermosa que le decía: “hola, tranquilo, nosotros te vamos a cuidar”

289. Ángela Pérez Torres - España:

Ese amigo traicionero

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Tras escuchar el comunicado del presidente que ponía fin al confinamiento, las calles siguieron vacías. El miedo, ese amigo traicionero, fue el único que se atrevió a salir.

Ahora la gente había aprendido a vivir en la seguridad de las cuatro paredes de su habitación. Ya habían olvidado lo que era sentir el contacto cálido de un abrazo, la brisa del viento jugueteando con los mechones traviesos, el calor del sol en las mejillas, una sonrisa desde el final de la calle al verle aparecer, la ilusión del reencuentro.

Tantos meses confinados, privados de vida social y de contacto humano, privados de vivir, al fin y al cabo, y la gente sólo había aprendido a tener miedo. La frialdad del aislamiento se había convertido en una rutina de la que temían salir, rechazando cualquier estímulo que los alejase de esa monotonía que habían aceptado como vida.

Tras meses encerrados, las calles siguieron vacías, las familias y los amigos separados, y no pasó nada, porque ya nada era igual.

Mientras se envolvía en la toalla, Alicia lloró, intentando recordar la última vez que se había sentido arropada por el calor de un abrazo sincero.

290. Natali Jornet - Argentina:

Epitafio

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Éxodo. La humanidad se había ido a los más recónditos lugares para distanciarse incluso de sí misma.

Esperanza. Como cada cuarto mes desde aquel día que el mundo dejó de girar, terminó de ducharse y caminó hacia donde tanto tiempo había pasado, ansiando cruzarse con otra alma que compartiera sus anhelos: honrar recuerdos de la vida que el virus les había arrebatado.

Confusión. No recordaba un túnel en el camino de siempre. Pero continuó... La oscuridad quedaba atrás... El resplandor, aún lejano pero cegador, se intensificaba el ritmo de sus pasos... El silencio lo ensordecía...

Letargo. Para cuando llegó a destino, sus sentidos habían sido anulados casi completamente. No entendía, pero no dejaría que la incertidumbre y la desesperación le extirparan los últimos vestigios de felicidad que el llegar allí le causaba.

Despedida. Empujó la puerta y se escurrió entre las hojas de metal que el virus y los años habían comenzado a sellar. Lágrimas de luto inundaron sus ojos al vislumbrar las siluetas de los pupitres rodeados de restos de otoño. Tomó el marcador que lo esperaba con las últimas gotas de tinta. Por última vez cambió el año de la fecha escrita en la pizarra: nuevamente habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena ese último año bisiesto. Ya nada era igual... jamás lo sería.

Silencio sepulcral.

291. Yónatan González García - España:

Amor del siglo XXI

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Una pandemia había ocasionado estragos en el mundo entero. Sin embargo, en el cuerpo de Nico recorría otra sensación que le impedía sentir igual. Mientras mojaba su cuerpo, recordaba cómo había imaginado que sería la primera vez con Él. Cuando hicieron match la conversación fue anodina, como todas las que tenía por aquella aplicación. Ninguna palabra le advirtió de su destino.

Le dio charla por aburrimiento. Un entretenimiento para pasar el confinamiento. Hasta que las conversaciones comenzaron a desajustarle el sueño. También, las promesas de lo que se harían cuando se viesen abordaron sonidos de verdad. Empezó a sospechar dónde se estaba

metiendo, cuando los inocentes chats divergieron en videollamadas con orgasmos. Llegó a prometerse que después de la primera paja todo acabaría. Pero ya era tarde, Nico se había enganchado a los adictos «Deseo verte» y «Te quiero» de Él.

Cuando el Presidente del Gobierno decretó suspendido el estado de alarma, Nico no lo dudó un minuto. Esta vez, sí lo era –se dijo-. Lo primero que haría sería ir a verlo. Se vistió para comerse el mundo y salió a ello. Sin embargo, lo único que se echó a la boca fue un puñado de decepciones, cargadas de mentiras por otro más que le rompía en pedazos. Él había desaparecido, dejando en Nico una nueva cicatriz llamada «Amor del siglo XXI».

292. Ada Barrantes Cepas - España:

Aprender

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Se fue a dormir con el remordimiento de aquel pensamiento.

Esa noche soñó con sus amigos de la infancia. Soñó como jugaban descalzos sobre las piedras resbaladizas de un río y, como disfrutaban de la naturaleza viva mientras la escuchaban. Soñó como la profesora le encargaba salir de clase para hacer una tarea importante y lo feliz que era jugando en el patio de la escuela. Soñó con los nervios antes de cada examen. Soñó con esa chica misteriosa. Soñó con esa noche cantando hasta el amanecer. Soñó con el tejado al que recurría para escapar del confinamiento. Soñó con los relatos que escribía, con la belleza de aquella imagen que guardaba, con las noticias atosigantes, con las canciones interminables. No pudo más. Se levantó y cogió pintura.

Sin saber cómo, se tropezó con su guitarra. Se dispuso a subir al tejado con la guitarra colgando y sus mezclas de pintura. La pintó. Pintó todo aquello que había soñado en la guitarra. Pintó sus emociones, sus recuerdos más inocentes. Cuando terminó quiso cantar. Quería cantarle a aquellos días que había deseado aquello que nunca pensó desear. Aquello tan simple, pero a la vez tan vigorizante. Aun así, había aprendido mucho, se había conocido.

Y por un momento, olvidó que era famoso.

293. Raulillo Santillán - Perú:

Humanos siendo humanos

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Se repetía a sí mismo.

-¡A su mare! ¡Pero la grandísima puta que me remil parió!

La duración de la cuarentena era incierta, ya había perdido la noción del tiempo, no recordaba en qué día estaba, se aburrió de los en vivos en Instagram, TikTok le parecía una estupidez y no recibía ningún WhatsApp. Así que, reventó su celular contra la pared en uno de sus ataques de ansiedad frecuente, sacaba la cabeza por la ventana para “conversar” con su vecino, quien también, sufría de claustrofobia. Afortunadamente, tenía un teléfono convencional “antiguo” integrado en el apartamento, así pedía comida a domicilio. No soportaba el calor, entonces sacaba la cabeza como rata por una ventana de 25x25. Escuchó que la ventana del vecino se abrió, no esperó un segundo, corrió cual perro rabioso. Se miraron fijamente.

-Mira nada más- Dijo el vecino.

-Cállate maldito hijo de puta.

-Estás encerrado loco de mierda.

-Tú también lo estás bastardo.

-Pero al menos estoy con mi mujer y tengo algo que tú desconoces.

-¿Qué cosa?

-¡Sexo!

-Te voy a arrancar la cabeza y voy a tener sexo con ella, ¿Qué te parece?

-¡Pues yo te voy a partir el culo!

La cadena de insultos siguió y siguió y siguió... Un perro que pasaba se detuvo a mirarlos un largo rato, pensó.

-Que graciosos son los humanos enjaulados.

294. Álvaro Rodríguez-Martín Talleda - España:

Gota a gota

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Ni volvería a serlo jamás.

Las escuelas como tal habían desaparecido por completo. Se imponía un nuevo modelo educativo basado en la auto enseñanza. Las hemerotecas digitales y los archivos en la red habían suplido la necesidad de profesorado. Y los pocos docentes que continuaron en la

profesión, ejercían su función a través de videoconferencias y aulas virtuales. El mundo había cambiado y las personas con él. Y Lucas era consciente de que los motivos que le quedaban para tomar esa ducha cada mañana eran escasos, aunque se esforzaba en recordarlos, gota a gota. Se había levantado la cuarentena, pero al tiempo que se dinamitaba la sociedad. Y las personas ya no se miraban como antes... Ya no se buscaban como antes...

El aislamiento las había vuelto desconfiadas y la amenaza latente de un nuevo brote era más poderosa que el anhelo de contacto humano. El resto ni tan siquiera lo echaba en falta. El virus había segado numerosas vidas a su paso. Pero el legado más desolador fue el miedo. El miedo a un contagio que no entendía de poblaciones de riesgo ni de pacientes críticos. La enfermedad se había convertido en un juego de ruleta rusa: cuatro huecos, una bala; y un gatillazo inmisericorde. Y Lucas empezaba a sentirse ahogado con todo el vapor que se había formado...

295. Andrés Benítez Cosano - España:

El peso de la soledad

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Aunque se lavaba con el mismo jabón, ponía el agua a la misma temperatura y se secaba delante del mismo espejo, sabía que eso distaba mucho de representar la normalidad. A pesar de que se esforzaba en aparentar tranquilidad mientras viajaba a través de su rutina diaria, cuando llegaba a casa después del trabajo, las paredes parecían encogerse. Vivía en un piso de buen tamaño que pudo permitirse tras años de ahorro y sacrificios, pero el espacio parecía un enorme agujero negro que no hacía sino atraerle violentamente con su gravedad. Y una breve reflexión cayó con el peso de una columna salomónica sobre él. Ya hacía cuatro meses en los que supuestamente todo era como antes, y sin embargo, nada lo parecía. La gente parecía caminar de un modo distinto por la calle; ir a hacer la compra o pasear por el centro de la ciudad se habían convertido en actividades que le hacían sentir como un alienígena. Ahora no podía evitar analizar si el contacto con una persona u objeto desconocido podría provocar consecuencias fatales para su salud. Su mente siempre le hacía preguntarse si era realmente necesario salir. En ocasiones dudaba si aceptar invitaciones para salir a bares de copa con sus amistades, ir a conciertos o visitar museos. Estar alrededor de mucha gente ahora le producía pánico.

296. Ana Albela Chulián - España:

Limpiar la muerte

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Las gotas de agua corrían más rápidas que el tiempo. Este parecía haberse congelado desde el momento en el que apareció el primer enfermo en el hospital. Nunca pensó que esa epidemia que parecía tan lejana traspasaría las fronteras de China. Mucho menos imaginó que pudiera pasar las puertas del hospital en el que trabajaba. Catalina contempló la escena desde lejos con la boca tan abierta que parecía que iba a caer. Se limitó a respirar hondo y a seguir fregando. No había motivo alguno por el que alarmarse. Todo iba a salir bien. Aquel enfermo sería el primero y el último.

Sin embargo, solo bastó un día para que la limpiadora se diera cuenta de que no tenía razón. El número de pacientes crecía a un ritmo vertiginoso. Su hospital jamás había visto tantos muertos.

Entonces, sonaron los aplausos. Catalina cerró el grifo. El sonido agua corriendo se confundía con sus sollozos. Solo esperaba que su familia no la escuchara desde fuera, seguramente estarían en la ventana como el resto de los vecinos. Esos que habían querido dejarlos sin casa debido a su trabajo.

Cuando salió de la ducha, el uniforme azul la esperaba sobre la cama. Se secó las lágrimas. Debía volver y limpiar todo rastro que la muerte pudiera dejar. En la rendición estaba la derrota.

Esbozó una sonrisa. Todo iba a salir bien

297. Ana de Vicente Sánchez - España:

Las acrobacias de una tórtola

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Se embutió en el uniforme de punta en blanco rutinario. Las piernas, doloridas de estar de pie, le pidieron sentarse unos segundos tras el mostrador, pero la mirada severa del jefe hizo lo propio.

Buscó consuelo en un compañero, quien al sentirla cerca se giró de tal forma que resultara imposible ver cómo doblaba las camisas, ésas que daba gusto ver dobladas y sólo él conseguía. Sus talones necesitaban tiritas. Ella, María del rosal, bajó de esos tacones, los dejó junto a la puerta del local y se fue.

Al escuchar un fuerte chorro de agua sus ojos se abrieron de par en par.

Los sudores y las sábanas deshechas fueron abandonadas de un salto y la puerta se abrió. Aún descalza, corrió hasta el jardín para que el calor del sol de abril le invadiera por completo. Las hierbas masajaban sus pies, la brisa hacía bailar sus pelillos sueltos. Entonces, las acrobacias de una tórtola le sacaron una cálida sonrisa. Aún continuaba en cuarentena hasta próximo aviso, abrazó su libro de emprendimiento y se permitió contemplar los vuelos y aleteos de su fauna vecina, porque ahora el tiempo era algo que le sobraba.

298. Sebastian Caverro Berrospi - Perú:

Después de la cuarentena

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual. Los primeros días, salimos a las calles con mucha curiosidad y los que vimos nos dejó perplejos, el cielo era tan azul acompañado de las blancas y esponjosas nubes, el aire era tan fresco como los lugares lejanos de la ciudad, los cantos de los pájaros resonaban en todas partes y los jardines estaban ornamentados de las más bellas flores. Corrí a mi auto y fui a la playa. en cuanto llegue me saque los zapatos y camine por la suave y caliente arena. el mar era tan cristalino, nunca había visto tanta belleza en la ciudad, era como los sueños más hermosos.

Hoy, es una pesadilla, los cielos estaban negros, los animales que veíamos estaban muertos a en medio de las calles, las flores no volvieron a crecer, los mares estaban totalmente contaminados y nosotros teníamos q usar máscaras especiales para salir, pasó semanas después que salimos, las industrias vinieron con más fuerza , las protestas eran muy frecuentes, todo regreso con más fuerza algunas organizaciones trataron de detenerlos , pero en los más poderosos, esa idea no estaba dentro de sus sistema. El mundo se había jodido, nada era igual.

299. Carlos Román Cuéllar - Argentina:

Un mundo nuevo

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual, el encierro lo volvió a convertir en ese chico solitario que tanto le costó dejar de ser. Ya pasaron cuatro meses, pero el aun seguía encerrado en su cuarto, alejado de todos, pero sumergido en su propio mundo. Cada noche su imaginación volaba, su habitación se transformaba en su mundo preferido donde viajaba en busca de su princesa ideal, recorrió muchos lugares que de niño no conoció. Lucha contra monstruos marinos cuando una isla visitó, fue ahí donde encontró a su joven princesa, era la mas bella, que solo una mirada bastó para que se enamorara. El la quiso sacar de aquella isla para que conociera el mundo que había creado para ella, pero la mañana volvió a llegar y con la llegada del nuevo día, las malas noticias no paraban de llegar, porque después de que se terminara la cuarentena, las guerras volvieron a comenzar. Aquel día fue muy largo, pero por fin la noche llegó y su imaginación volvió a despegar, pero esta vez no podría regresar, porque una pastilla de a poco con su vida terminaba, pero estaba feliz porque sabía que viviría eternamente en aquel mundo perfecto, acompañado de su pequeña princesa llamada Sasa.

300. Fátima Dahl - Países Bajos:

Supervivencia

"Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual"

Recordó una charla con su marido, previa a ducharse también, aquel día que no sabía sería el último de la cuarentena.

-"Chau día, otra vez a bajar las persianas, otra vez igual, aburrido"- dijo ella.

-"¿Otra vez igual? ¿No te parece una forma de pensar pesimista?"- le dijo él desde su adaptado cuarto-oficina.

-"Mmm, un tanto sí. Pero es real, hacemos algunas cosas de la misma manera siempre, todos los días, y aburre, como esta cuarentena"

-"No me parece bien pensar así, es pesimista, ¿cómo quisieras que sean?"-

-"Bueno, no sé, pero no es pesimista, es real. ¿De cuántas maneras vos subís y bajás las persianas? Todos los días se hace igual. Tranquilo, sólo era una observación de aquello que, en la falta de libertad, prevalece."

Volvió en sí parada frente al vapor, pensó, la pandemia causó un gran vacío disfrazado de una lista sinfín de actividades, frenó en seco el sentido de vivir de varias personas. Pausados en

tiempo y espacio, esperando resurgir y abrazar la libertad. Pero aquellas pequeñas, pequeñísimas acciones hechas una y otra vez, sistemáticamente silenciosas, habían sido la base de la supervivencia, ya nada era igual, la forma en la que abrió el grifo se lo recordó, ingresó lentamente bajo el agua y sonrió. Ya estaba casi lista para salir por vez primera en cuatro meses, libre, otra vez.

301. Luciana Vilano - Argentina:

Fragmentos del ayer

Cuando abrió el grifo de la ducha recordó, que habían pasado cuatro meses desde el primer día que se levantó la cuarentena. Ya nada era igual.

Fue un largo año encerrado donde la única diversión que pudo gozar fue un mazo de cartas y pilares de libros que repetía sin parar. Conseguir alimento y con qué abastecerse fue complicado. Los grandes supermercados estaban vacíos por el egoísmo de quienes tenían el dinero para llevarse todo. No quería ver las noticias y el registro de muertos y contagiados, eso aumentaría su ansiedad. Ni mirar las calles deshabitadas y ver pasar algún irresponsable que ignoraba las órdenes gubernamentales de quedarse en casa.

Ya había arreglado unas pequeñas vacaciones para escapar del bullicio de la ciudad, pero la cuarentena arruinó sus planes. La pandemia impactó fuerte a todos y nadie salió ileso. La secuencia de desastres se repitió a nivel mundial. Hay quienes pudieron seguir adelante a pesar de todo, a otros se les dificultó más. Las ciudades se volvieron vacías, la vida rutinaria retomó su lugar, pero pocas personas transitan las calles, los grandes mercados se vieron afectados y algunos regresaron a la olvidada vida de campo.

Escuchó la pava pitar y eso lo trajo a la realidad. Inhaló profundo, retuvo sus recuerdos y exhaló todo el dolor que quedaba en su interior. Muchas fueron las pérdidas, pero veía esta catástrofe con una mirada positiva. Era como una segunda oportunidad para la humanidad de cambiar las cosas y comenzar todo de cero.